Renzo
De Felice

Rojo y negro

Ariel Historia

Renzo
De Felice

Rojo y negro

Editorial Ariel, S.A.
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

Título original:
Rosso e Nero

Traducción de
JUANA BIGNOZZI

1.ª edición: septiembre 1996

© 1995: Baldini & Castoldi
© 1995: Baldini & Castoldi International

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para España
y propiedad de la traducción:
© 1996: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-6585-X

Depósito legal: B. 33.083 - 1996

Impreso en España

1996. – Talleres LIBERDUPLEX, S. L
Constitución, 19 - 08014 Barcelona

CREATIVE COMMONS

ÍNDICE

Nota liminar 5

Introducción, de RENZO DE FELICE 17

Todos a casa 33
Hacer balance de la historia 45
Una gran zona gris 53
Reconstruyamos la historia de la resistencia . . . 63
En ayuda de los vencedores 71
¿Quién era Pizzoni? 79
¿Por qué no nos podemos llamar patriotas? . . . 87
¿Una república necesaria? 95
El filósofo y el soldado 105
La novela de Mussolini 115
La vergüenza de la raza 127

Nota, de PASQUALE CHESSA 139

NOTA LIMINAR

Si alguna característica puede permitirnos situar la obra de Renzo De Felice (Rieti, 1929-Roma, 1996) en el contexto de la cultura política italiana y del panorama historiográfico de las últimas décadas, ésta es su incontestable poder desmitificador; es decir, su poderoso efecto revisionista con respecto a la historiografía oficial y oficiosa, vigente desde la fundación de la República al final de la segunda guerra mundial, y que en Italia ha tenido un peso que ha traspasado la frontera de lo académico para conectar de forma cotidiana con la cultura y la praxis políticas.

Por lo tanto, entender cabalmente la dimensión y el sentido de su obra significa repasar cómo se fue gestando, deslindar y situar en el tiempo y el espacio las preocupaciones que la motivaron y alimentaron, así como su relación con las diversas culturas políticas vigentes y beligerantes en su entorno concreto, con las que en todo momento quiso contrastarse. Pero, al contrario de los que vivieron de la militancia cultural-política en los tiempos de la guerra fría, cabe destacar que la trayectoria intelectual de Renzo De Felice destaca aún más por el hecho de que sus investigaciones no partieron de un determinado apriorismo que tuviera que ser ilustrado y confirmado posteriormente por la investigación, sino que fue la propia sustancia de la que se nutrían sus argumentos la que constituyó el punto de llegada de su trayectoria historiográfica global.

Puede decirse, por lo tanto, que Renzo De Felice vivió en diálogo constante con sus propios supuestos de partida, que no fueron otros que los de su propia generación intelectual, heredera directa de la gran crisis de pensamiento que preside los primeros pasos de la Italia y de la Europa de inicios del siglo XX. Pero, además, la «confrontación vital» se convirtió en su característica permanente —hecho que le acarreó muchas enemistades e incluso agresiones físicas—, por cuanto convivió de forma incómoda con una situación progresivamente esclerotizada, que él mismo veía muy condicionada por la prolongada inmovilidad política de la posguerra en Italia.

Cabe destacar su militancia juvenil en las filas del Partido Comunista Italiano, pero también su abandono tras la invasión soviética de Hungría en 1956. Renzo De Felice fue uno de los intelectuales que firmó la *Carta de los 101* dirigida a la dirección del Partido y que condenaba la postura oficial de apoyo a la invasión y pedía su revisión.

La obra que el lector está iniciando, con toda una vida intelectual de por medio respecto a aquella inquietud intelectual de juventud, es una buena muestra de lo que venimos diciendo; constituye un reflejo de la profunda preocupación del autor por estos temas de fondo y por su necesaria y constante revisión, y evidencia su convicción profunda de que debía abordarlos desde su trabajo específico como historiador. Ciertamente, la solidez de su convicción en la probidad y valor de este trabajo de historiador, y la ingente labor de investigación con que siempre pretendió contrastarlo, le llevó en muchas ocasiones a llevar la polémica académica hasta el umbral de la provocación intelectual.

Así pues, no ha de extrañarnos que con la muerte de Renzo De Felice se haya desencadenado un debate, a veces hasta virulento, en los medios culturales y políticos de su país, y que, en el fondo, se haya discutido menos el valor de su obra que el de su significado, y, sobre todo, el posicionamiento, la exclusión y el sentido de los constantes ataques sufridos por De Felice por parte de las ortodoxias historiográficas, tanto de derechas como de izquierdas.

De Felice se graduó en Letras en la Universidad de Roma y orientó sus primeros pasos, bajo la dirección de Federico Chabod, hacia la investigación del jacobinismo italiano.[1] Fruto de estos primeros estudios, publicará en 1960 (fecha del fallecimiento de su primer maestro), en Edizioni di storia e letteratura: *Note e ricerche sugli «illuminatti»* y *Il misticismo rivoluzionario (1789-1800)*, así como *La vendita dei beni nazionali nella repubblica romana del 1798-1799*. En 1962 publicará una antología en la milanesa editorial Feltrinelli, *I giornali giacobini italiani*. Debe destacarse que esta inicial preocupación por el jabonismo, De Felice no la va a abandonar cuando, posteriormente, emprenda sus estudios sobre el fascismo. Cabe mencionar, además, la publicación de *Aspetti e momenti della vita economica di Roma e del Lazio nei secoli XVIII e XIX*, en Edizioni di storia e letteratura, Roma, 1965. Todavía en fecha reciente volvió al tema original al publicar, con un prólogo del destacado especialista en la historia del nacionalismo italiano, Francesco Perfetti, *Il triennio giacobino in Italia (1796-1799)* (Roma, Bonacci, 1990).

El magisterio de Chabod no se detuvo en la elección de un tema. Del que sería considerado el más relevante historiador italiano del primer novecientos, a Renzo De Felice le interesaron su faceta profesional y ética: la defensa que Federico Chabod realizó en todo momento de la figura del historiador, y el empeño que siempre manifestó por salvaguardar su labor de la contaminación de lo político. De Felice tomó buena nota de los cursos universitarios donde Chabod, a través del tema concreto de las lecciones, en el fondo estaba denunciando las intromisiones en lo histórico provenientes de la izquierda (curso de 1952 en que comenta la figura del Croce historiador) o de la derecha (curso dedicado a la «idea de Europa», en 1943 y, sobre todo, en 1947-1948). Del maestro recogió, además, la tendencia a analizar los problemas concretos en el interior y en total interconexión con su «mundo espiritual de referencia», as-

1. Agradecemos los valiosos materiales y sugestivas notas que sobre la obra de R. De Felice nos ha proporcionado Piero Neglie, profesor de la Universidad de Roma.

pecto que le relacionaba con uno de los grandes nódulos de discusión en el seno de las ciencias sociales a finales de los años cuarenta.

Si el magisterio de Chabod le orientó, a través de los estudios sobre el jacobinismo, a centrar sus preocupaciones en el desarrollo y los problemas suscitados por la implantación del Estado liberal en Italia, las enseñanzas del gran historiador Delio Cantimori, el otro de sus grandes valedores iniciales, le empujaron hacia el estudio del fascismo.

Como primer resultado del mismo publicará *Storia degli ebrei italiani soto il fascismo*, en Einaudi, el año 1961.

Pero cabe insistir, antes de pasar a exponer algunas de las líneas principales de la argumentación y análisis que Renzo De Felice realizará sobre el fascismo, en algunos de sus grandes presupuestos, que podríamos considerar como metodológicos. El magisterio de Cantimori se hará evidente, en este punto, desde el primer momento. Como recordaba E. Garin, en un conocido ensayo sobre la figura de Cantimori,[2] la trayectoria intelectual de este historiador se centraba en la revisión de los grandes mitos e ideas preconcebidas que, según él, nutren la inercia del propio discurso historiográfico.

Para Cantimori, buena parte de la tarea del historiador debía consistir en depurar el discurso a partir de un riguroso trabajo con el instrumental archivístico que le es propio. Puso en todo momento un gran énfasis en la necesidad de que el historiador considerase detenidamente qué era lo que se proponía entender, hacer comprensible a los demás y, por consiguiente, narrar. Avanzándose a preocupaciones epistemológicas y metodológicas vigentes en los años ochenta, Cantimori se rebeló contra los que se escudan en la utilización de lenguajes (jergas) crípticos o identificables con el de una determinada familia política, cultural, ideológica, etc., para esconder su falta de sensibilidad para entender la profunda complejidad del hecho histórico y su incapacidad para narrarlo de forma comprensible.

2. Garin, Eugenio, *Intelletuali italiani del xx secolo*, Editori Reuniti, Roma, 1974, pp. 171-239.

Renzo De Felice se mantuvo siempre fiel a esta doble influencia inicial. Cantimori le consideró en seguida un investigador sólido, con una preparación muy respetable, gran cultura, inquietud y predisposición para la investigación histórica (el respeto total por la hermenéutica que le acompañaría durante los años centrales de trabajo sobre el fascismo y la vida de Benito Mussolini). Destacó del alumno, además, su valentía al abordar temas controvertidos y de gran actualidad sin perder en ningún momento el respeto por los hechos concretos. Y destacó, finalmente, el criterio con el que trató el género biográfico.

Las historiografías del sur de Europa, y entre ellas la italiana, no habían destacado por su interés para con este género, el biográfico. Por esta razón, Cantimori comentará de forma muy elogiosa la perspectiva adoptada por De Felice en su monumental biografía de Mussolini. Influido por las reflexiones del grupo de Felice Balbo, y profundo conocedor de la gran tradición biográfica del ochocientos (se destaca a Burckhardt, a Emerson o a Carlyle), Renzo De Felice superará desde el principio los planteamientos más tradicionales, que Cantimori identifica con «el personaje y su época». La biografía de Mussolini incorporará la perspectiva político-sociológica así como la psicológica; asimismo, será su profundización en la biografía interna lo que le permitirá introducir las generalizaciones sociológicas sobre las que descansan sus juicios históricos, siempre justificados por su escrupulosa contextualización.

El primer volumen ve la luz en 1966 con un significativo prólogo de Cantimori. Con el título de *Mussolini, il rivoluzionario*, aborda el estudio del carismático padre del fascismo italiano desde su infancia hasta la creación de los *fasci de combattimenti*, en la coyuntura inmediata al final de la primera guerra mundial. Más allá de la prolija reconstrucción biográfica, quedan apuntadas en este volumen algunas tesis que ocuparán un lugar destacado en la reinterpretación global del fascismo.

En primer lugar, restituye la dimensión política al Mussolini prefascista. El período de militante y dirigente obrero del futuro *duce* quedaba ensombrecido por cierto me-

noscabo, que contrasta con el relieve posterior, y se le tiende a otorgar más un valor anecdótico que una singularidad relevante en sí misma para explicar el origen de la experiencia fascista.

En contraste con ello, De Felice redimensiona la experiencia como dirigente obrero y hasta como ideólogo socialista. Pone en evidencia cómo las preocupaciones y el debate ideológico de un sector del socialismo revolucionario en torno a temas como el mito de la huelga general revolucionaria les lleva a confluir, alrededor de 1914, con sectores provenientes del mundo cultural y político del nacionalismo italiano y de la pequeña burguesía artística, como el grupo futurista que orientaba Marinetti. De todo ello extrae dos conclusiones: el origen del fascismo está perfectamente enraizado en la crisis del Estado liberal italiano (el último capítulo del primer libro de la biografía contrasta significativamente la relación de Mussolini con la del gran político liberal Giolitti); en segundo lugar, la primera guerra mundial es el gran crisol en que se unen las tendencias que desembocan en el fascismo.

Esta insistencia en la importancia de la Gran Guerra para entender la posterior irrupción fascista se concreta en algunas aportaciones originales del gran historiador italiano en torno a la conexión de personajes del mundo ideológico-político del fin de siglo, como el poeta D'Annunzio, los jóvenes futuristas, el sindicalismo radical de inspiración soreliana, los nacionalistas, etc. Así ven la luz estudios como: *Sindicalismo rivoluzzionario e fiumanesimo nel Carteggio D'Ambris-D'Annunzio* (Morcelliana, Brescia, 1966), *Carteggio D'Annunzio-Mussolinni*, R. De Felice y E. Mariano (eds.) (Mondadori, Milán, 1971), *La Carta del Carnaro*. (Il Mulino, Bolonia, 1973).

Pero los argumentos de mayor envergadura polémica vertebran los volúmenes siguientes, *Mussolinni il fascista*. I. *La conquista del potere, 1921-1925* (Turín, 1966); II. *L'organizzazione dello stato fascista, 1925-1929* (Turín, 1968), *Mussolinni il Duce*. I. *Gli anni del consenso, 1929-1936* (Turín, 1974); II. *Lo Stato Totalitario, 1936-1940* (Turín, 1981). El apoyo interesado de los empresarios no puede

ocultar, a su entender, el eco que encuentra en amplios sectores de la pequeña burguesía universitaria, e incluso en los sectores populares. La gran tarea que emprende el fascismo es la de consolidar la organización del estado italiano intentando cerrar las heridas y las temáticas que quedaron abiertas por la inoperancia de la experiencia liberal decimonónica. De ahí que no pueda hablarse de la veintena fascista sin señalar etapas y orientaciones diversas. La tarea organizativa de los años veinte está lejos del tópico propagandístico difundido después de la segunda guerra mundial. Con un componente fuertemente antiparlamentarista, son los cuadros provenientes de diversos sectores sociales y políticos, con una significativa participación de los del nacionalismo italiano, como Alfredo Rocco o Prezzolinni, los inspiradores de la copiosa legislación que intenta organizar el dispositivo estatal. Este proceso se hace claramente visible a partir de 1926 con la promulgación de las «leyes fascistísimas». En tanto, el Estado propiamente fascista no aparece hasta el final de la década de los treinta, un vez en marcha la experiencia alemana. Asimismo, el sentido de la políticas intervencionistas concretas, sobre todo en materia de creación de infraestructuras y consolidación del aparato productivo agrícola e industrial, obra en un sentido modernizador sin el cual se hace difícil entender la historia posterior de Italia. Por último, el fascismo mussoliniano cierra el gran tema pendiente de la unificación, el conflicto Iglesia-Estado, con el Pacto de Letrán.

Con el reinicio de la política colonial durante los años treinta y con la posterior concreción de los pactos con Alemania, el fascismo entra en una senda que conducirá al país a la crisis de 1943.

La fascistización real del régimen se produce entonces. Pero pese a que la dinámica exterior en este proceso es importante, De Felice insiste en que las explicaciones hay que buscarlas en opciones internas que implican a círculos de poder y de opinión que van más allá de los estrictamente vinculados al Partido Nacional Fascista.

Llegados a este punto, el análisis de las posturas adoptadas por Mussolini y por la opinión pública italiana ante

la entrada en la guerra conduce a los argumentos que el historiador italiano expone en el volumen *Mussolini l'alleato*. I. *L'Italia in guerra* (Turín, 1990). La argumentación fundamental de un último volumen entronca plenamente con el severo juicio que De Felice emite sobre la crisis que supuso para la conciencia pública italiana la guerra civil 1943-1944.

Recapitulando, podrían señalarse algunas conclusiones genéricas, de gran carga polémica, que se desprenden de los extensos volúmenes que hemos reseñado. El historiador de Rieti los resume, primero, en *Interpretazioni del fascismo* (Laterza, 1979) y en la polémica entrevista, efectuada por M. Leeden y publicada en 1975 con el título de *Intrevista sul fascismo*.

En la *Interpretazione...*, De Felice insiste en la idea, hoy ampliamente aceptada, de que el fascismo no debe entenderse como un bloque monolítico, ya que se trató de un fenómeno, ante todo, histórico y, por lo tanto, sujeto a matices, que recibió apoyos diversos e inestables. Este argumento entraba en contradicción con la forma unitaria de abordar el fascismo por parte de la historiografía de matriz crociana, la cual lo consideraba un paréntesis en el desarrollo de la historia italiana.

También la interpretación marxista, al insistir en el carácter de reacción antiobrera ante la ola revolucionaria desencadenada por la Revolución de Octubre, dibujaba una visión simplista y unilateral, que negaba a De Felice la complejidad necesaria para aproximarse a la comprensión del fascismo; sobre todo cuando puede hablarse de apoyos sociales diversos y de un complejo entramado cultural previo.

En este sentido, De Felice insistía, como primer gran argumento general en la *Intrevista...*, que: 1) Cabía distinguir entre el fascismo como movimiento y el fascismo como régimen. En tanto el primero tenía una alma revolucionaria, el segundo se aletargaba por los compromisos adquiridos con los sectores dirigentes de la economía, la burocracia o la Iglesia. 2) El fascismo no debe interpretarse como un dócil instrumento del gran capital, sino como expresión de sectores sociales diversos, emergentes de la cri-

sis de fin de siglo y eclécticos herederos del espíritu combativo de las diversas tradiciones del siglo XIX. Entre ellas cabe mencionar el romanticismo, el liberalismo, e incluso diversos aspectos del socialismo que la nueva ideología es capaz de asimilar. 3) El régimen fascista gozó, por un tiempo prolongado, de un vasto consenso popular. 4) Es necesario distinguir los elementos diferenciales entre fascismo y nazismo; corrientes políticas que De Felice considera completamente distintas, si bien reconoce que han de explicarse los elementos de atracción mutua, que no considera puramente incidentales.

Estos grandes argumentos constituyen, en síntesis, el núcleo de la tarea revisionista emprendida por De Felice. Hay que insistir en que De Felice se distancia expresamente de las corrientes revisionistas que, sobre todo en Alemania, han pretendido restar importancia —o, directamente, negar— al Holocausto.

La exigencia de una permanente tarea de revisión historiográfica le vincula a la obra de un grupo de historiadores que han intentado aportar nuevas perpectivas a la evaluación del fascismo. Entre ellos cita expresamente el esfuerzo de Juan Linz y de G. Germani por establecer categorías que, desde el respeto al método histórico, pudiesen aportar elementos para distinguir las diversas dinámicas que pueden ser asimilables al fascismo: el autoritarismo militarista, los llamados fascismos agrarios, el populismo en algunos países sudamericanos, como Brasil y Argentina, etc.

También cabe citar la obra de Z. Sternhell por lo que se refiere al estudio de la formación de una cultura y una ética prefascista en la Francia anterior a la primera guerra mundial. Pero, como insiste reiteradamente De Felice, estas culturas previas han de referenciarse forzosamente en el período de entreguerras. Justamente, la importancia de la guerra en la activación del fénomeno fascista en Europa le lleva a insistir en su coincidencia con los argumentos esgrimidos por George L. Mosse al valorar, como un elemento clave en la génesis de los fascismos, la aclimatación de las culturas políticas del siglo XIX por la ideología nacionalista, que produce la brusca irrupción en la vida polí-

tica y cultural de las masas a comienzos del siglo XX. La guerra es, en este sentido, tanto en Italia como en Alemania, un poderoso crisol en que se funde la experiencia colectiva y la gestión moderna del mito nacional; la experiencia de las masas y la búsqueda autoafirmativa de nuevas pautas de conducta de los mediadores culturales, ya sean intelectuales, propagandistas o artistas.

Esta visión compleja y rica del fénomeno distancia, a su vez, a De Felice del historiador británico especialista en la historia contemporánea de Italia, E. Mark Smith, con quien mantuvo una larga polémica hasta poco antes de su fallecimiento. El italianólogo inglés sostiene una interpretación del fascismo como «enfermedad» inherente al sistema político italiano, fundamentada en su evolución desde el mismo inicio del proceso unificador.

El presente libro, sin que podamos llegar a considerarlo un testamento, constituye una muestra breve —desgraciadamente de última hora—, y, al mismo tiempo, una especie de resumen de lo que ha pretendido ser la aportación de Renzo De Felice a la historiografía en general, y especialmente a la italiana. Tras la forma más ágil y libre del reportaje-entrevista periodístico se esconde el ensayo histórico escrupulosamente referido a los hechos, hasta con aportaciones inéditas (recientemente algunos habían criticado un cierto debilitamiento en el rigor con que De Felice aceptaba y valoraba las fuentes). Los materiales usados son, en parte, la base de un volumen final de la biografía de Mussolini que todavía permanece inédito.

El autor consigue aportar una reconstrucción crítica de una coyuntura histórica concreta, 1943-1945, que incide directamente en la comprensión de la Italia actual y que permite valorar la raíz de su profunda crisis política e institucional. El historiador riguroso se alía, por tanto, con el agitador cultural y con el intelectual crítico para abordar temas de una rigurosa actualidad y para imponer la necesidad de lo que él denomina «revisionismo historiográfico».

En intervenciones recientes, como «Democracia y Estado nacional» (en *Nación y nacionalidad en Italia de la Pri-*

mera Guerra Mundial a nuestros días, Trieste, septiembre de 1993), ha incidido en temas generales de una naturaleza parecida, como puede ser la percepción que tras la caída del muro en 1989 pueda tenerse de la crisis del Estado nacional. Tema capital para la Italia actual, De Felice va a preguntarse con un cierto pesimismo si acaso, en su perspectiva histórica más concreta, no se trata de la crisis de la idea de nación, sino de la relación que con el paso del tiempo se ha establecido entre las ideas de nación y democracia.

Con el contenido concreto del libro de Renzo De Felice, *Rojo y Negro*, se puede estar más o menos de acuerdo, pero estamos convencidos de que el lector que lo encare con un espíritu abiertamente «revisionista» en seguida va a darse cuenta de que la posible identificación no es su valor mayor. El libro ofrece una lección práctica de hasta qué punto es necesario alejar la reflexión histórica de la estricta y cerrada ideología, e incluso de la fe. Ideología y fe son dos vehículos para exponer desideratas, pero no realidades; constituyen a menudo soportes culturales para las vocaciones de hegemonía y, por ello, representan el antídoto más claro frente a la crítica.

Los retos del fin de siglo, las incertidumbres cotidianas que nos asaltan, obligan a prestar atención a textos como *Rojo y Negro*, de Renzo De Felice. Puede que, por añadidura, inciten a que aparezcan actitudes revisionistas en nuestro medio político e historiográfico. Y lo cierto es que, tarde o temprano, deberá adoptarse esta posición para afrontar episodios cruciales y de gran alcance de la compleja historia contemporánea española.

ÒSCAR COSTA / JORDI CASASSAS

Universidad de Barcelona, junio de 1996

INTRODUCCIÓN

de Renzo De Felice

La ocasión o, si se prefiere, el antecedente de este libro-entrevista lo constituyen una serie de artículos que en los dos últimos años he ido entregando a *La Stampa*, *Il Corriere della Sera* y *Panorama*, así como el interés suscitado por los temas tratados (que, más o menos, giran todos en torno al significado que, en nuestra vicisitud nacional, han tenido la crisis del 8 de septiembre y la guerra de Liberación) y las polémicas que provocaron, tanto en la izquierda como en la derecha.

Por eso, Baldini & Castoldi me han pedido que volviera, de manera menos episódica, a abordar esos problemas, ampliando el tratamiento —apenas aludido en las diferentes entrevistas— a la situación político-cultural determinada por la caída del muro de Berlín y por su influencia sobre los temas que acabo de recordar. He aceptado su propuesta a pesar de tener muy clara conciencia de que, al ampliarlo y darle un desarrollo más sistemático (algo muy difícil, por no decir imposible, en un espacio limitado y sólo con los instrumentos del periodismo), el razonamiento resultaría, de manera inevitable, fragmentado y, para quien está acostumbrado a cierta visión de los últimos cincuenta años de nuestra historia nacional, no adecuadamente argumentado y sustentado desde el perfil documentario.

Si, pese a todo, he aceptado fue, en primer lugar, porque estoy convencido de que, fundamentado o no, mi trabajo será cuestionado y refutado por aquellos para los cuales, en la reconstrucción histórica, cuentan sobre todo las consecuencias políticas e ideológicas que puedan extraerse; en segundo lugar, porque la articulación y la documentación de lo que afirmo estará pronto a disposición de los estudiosos y de un más vasto público de lectores, y tengo la presunción de que éstos —al darse cuenta de la relevancia de los temas que planteo con el fin de iniciar una clarificación de la condición moral en que se encuentra Italia— me darán crédito, en espera de disponer de las «piezas de apoyo»; en tercer lugar (no por importancia, pues para mí es primordial), porque tengo la convicción de que no es posible dar tiempo al tiempo: en Italia, el espacio para una definitiva clarificación histórica, abierto por los acontecimientos internacionales y nacionales de estos últimos años, se está cerrando.

Está muriendo una *vulgata*, con el asentimiento de sus valedores supervivientes y epígonos, pero está siendo reemplazada día a día por otra, en parte diferente, pero tan refractaria como ella a la verdad histórica, y es probable que igualmente perniciosa. Si la vieja tendía a descalificar e invalidar algunas verdades para favorecer la exaltación y la legitimización de una *vulgata* política cómoda, la nueva por comprender puede tender a legitimar unas y otras en función de un inmovilismo político y cultural que —como en el pasado— ignore las exigencias de una sociedad verdaderamente moderna y a excluir una efectiva participación de amplísimos sectores de la población, no mediada por lo «viejo» sólo formalmente renovado. Con el resultado de difundir desconfianza, lacerar mucho más lo que queda del tejido nacional y, por lo tanto, hacer perder, a un número cada vez mayor de italia-

nos, cualquier punto de referencia nacional y de orientación ética.

Hace veinte años, Rosario Romeo advertía que:

> [...] un país idealmente separado de su propio pasado es un país con crisis de identidad y, por lo tanto, potencialmente manipulable, sin valores en los que inspirarse y sin ese sentimiento de confianza en sí mismo que nace de la consciencia de un desarrollo coherente en el cual el pasado se constituye en premisa y garantía del futuro.

Romeo, aunque no minimiza el peso de la conciencia nacional sobre la crisis, todavía acusaba el «trauma de la segunda guerra mundial», y no ocultaba su convicción: que no era ajena al incremento de la crisis de identidad y la potencial disponibilidad de los italianos una especie de «operación político-cultural», impulsada por una parte de los católicos y de los comunistas, para contraponer «a la historia que realmente sucedió» una «historia alternativa, no realizada en el pasado, pero realizable en el futuro» por ellos mismos.[1]

Varios síntomas hacen pensar que en la actualidad se intenta sustituir esta operación político-cultural por otra, aparentemente más «moderna», cuyos patrocinadores son diversos y no sólo políticos. Una operación que no difiere, en los objetivos y peligros, del perfil de un ulterior debilitamiento ético-político de la nación italiana y de su sentirse —para decirlo una vez más con palabras de Romeo— «un país irremediablemente equivocado». Con las consecuencias que esto implica.

La crisis que siguió a la caída del muro de Berlín afectó, en mayor o menor medida, a todos los países

1. R. Romeo, *Scritti politici* 1953-1987, Milán, 1940, p. 40.

europeos. A primera vista, el hecho de haber determinado las premisas para que sustancialmente cayesen, tanto la primera República como los partidos que durante medio siglo ejercieron su hegemonía político-cultural sobre la misma, podría hacer pensar que afectó a Italia en mayor medida.

Contrariamente a las apariencias, las cosas sucedieron de otra manera. Para limitarnos al aspecto que más nos interesa —el cultural— es imposible no darse cuenta de lo mucho que se habla de la necesidad de repensar críticamente nuestra historia nacional, de los males que la han afligido y la afligen, de lo inadecuado y, directamente, de la eficacia de los remedios aplicados para curarlos; más que rendir cuentas con nuestro pasado, todo ello sirve para introducir, más o menos subrepticiamente, problemas de política contingente.

En este contexto debe leerse toda una serie de temas, desde el «nacional» al «antifascismo», del «comunista» al «democrático» (como problema general, pero también en particular en la Resistencia), etc., aspecto que no aporta una novedad, porque —aunque sea de forma menos exacerbada— las mismas ideas fueron pensadas y expresadas en otros momentos de crisis, por ejemplo, en la década de 1960. Y todavía sirven para tratar de dar a su argumentación (de corto alcance) un valor histórico, cuando no directamente ético, o de levantar una gran polvareda «a lo gattopardo» destinada a perpetuar el predominio de la política y de la ideología sobre la cultura, con pocas rectificaciones de tiro y concesiones verbales, a veces hábiles (como en el caso del ensayo de Claudio Pavone), otras ingenuas hasta la autolesión.[2] Hasta el

2. Véase el caso del estudioso Lutz Klinkhammer, que cuando le preguntaron por qué el estudio de la RSI fue, durante años, patrimonio casi exclusivo de la derecha, condicionada por el ambiente, respondió como un «peregrino» de la década de 1930 y 1940 de visita en la Unión Soviética y por lo tanto consideró

punto de no tener escrúpulos en recurrir, para sostener argumentaciones y tácticas exquisitamente políticas, a verdaderas parodias risibles de la cultura.

Al respecto son elocuentes los recientes cambios de enfoque de Alianza Nacional con respecto al antifascismo y del Partido Democrático de la Izquierda respecto del anticomunismo. Dos «giros» que tienen en común la ausencia de cualquier justificación histórica y racional y el deseo de apoyarse instrumentalmente en una especie de emotividad política, determinada por las vicisitudes posteriores a la caída del muro, que, al carecer de cualquier justificación crítica, no superan el *kitsch político*. Hacen recordar lo que Milan Kundera escribió, refiriéndose a los modernos partidos, hace una decena de años, sobre la importancia que ya entonces había asumido ese particular tipo de emotividad.[3]

Transcurridos cincuenta años, en este momento la Resistencia constituye algo lejano, más de lo que pueden justificar cinco décadas, y sustancialmente mal conocido. Arrancados de su contexto natural, los perfiles de la Resistencia se desvanecen en la vaguedad. Así, fascistas, alemanes y aliados la mayoría de las veces devienen partiquinos sin rostro, que hacen pensar en el coro de ciertas tragedias clásicas, y los partisanos con las masas —no mejor identificadas— que habrían estado detrás de ellos (pero en cuya verdadera actitud y motivaciones la historiografía de la Resistencia casi nunca profundiza) se convierten en los únicos protagonistas. En efecto, a pesar de lo mu-

---

que «durante cierto tiempo [...] fue necesario denigrar la República de Saló [...] porque de otra manera el antifascismo se habría impuesto culturalmente». (Cf. *Ricerche storiche*, Reggio Emilia, diciembre 1994, p. 17.)

3. M. Kundera, *L'insostenibile leggerezza dell'essere*, Milán, 1985, pp. 262-263. (Hay traducción castellana: *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, Barcelona, 1987.)

cho que se habló y escribió al respecto, son numerosas las páginas de su historia que todavía permanecen en blanco o reticentes y sobre todo tratadas con un *animus* más ideológico-político que histórico, y que claramente dependen del cambio de las circunstancias y de las estrategias políticas.

Es característico el juicio sobre la presencia católica, primero minimizada al máximo, luego acusada de escaso compromiso y de anticomunismo prejuicioso, y finalmente valorizada más allá de lo justo, amoldándose todo ello de manera puntual a la evolución de las relaciones PCI-DC (Partido Comunista Italiano-Democracia Cristiana). Por eso la Resistencia ha ido convirtiéndose a los ojos de la mayoría, y en especial de los jóvenes que ignoran sus dimensiones existenciales, en una especie de mito que no suscita otros efectos que no sean el aburrimiento y el desinterés o bien el deseo de oír otras voces.

De hecho, en esta situación no faltaron —sobre todo en la década de 1960— tentativas de reaccionar ampliando y profundizando la investigación sobre, al menos, algunas de las «zonas de sombra» que la historiografía de la Resistencia oficial hasta entonces no había tomado en consideración o no había considerado oportuno afrontar, un poco para no perturbar la armonía del cuadro que en un cuarto de siglo había dibujado y acreditado en todos los niveles, un poco porque ella misma estaba prisionera de la *vulgata* a la que había dado vida. Por otra parte, los resultados fueron escasos, fuera porque en el origen de tales tentativas todavía existían, más que motivaciones de naturaleza científica, razones ideológico-políticas fruto de las contraposiciones internas de la izquierda determinadas por el 68, o porque la temática de la Resistencia seguía siendo una prerrogativa de investigadores y periodistas, aún valiosa, pero que continuaban

concibiendo su estudio desde una perspectiva política y sin salir de los esquemas tradicionales.

Se llegó a un principio de «giro» sólo como consecuencia de la caída del muro y del derrumbe del régimen soviético, cuando muchas certezas ideológicas se resquebrajaron y los archivos rusos empezaron a poner a disposición de los investigadores una documentación hasta ese momento bloqueada que, aunque indirectamente, incidió también en la *vulgata* de la Resistencia. Es ejemplar el caso de la génesis soviética y no togliattiana del «giro de Salerno» y del «nuevo partido» y de la lógica con la que fueron pensados. Tanto más porque al derrumbe del régimen soviético y la crisis de los partidos comunistas que provocó, le siguió —entre nosotros—, la crisis de la primera República y de los partidos sobre los que ésta, aunque con altibajos, se había basado desde la Liberación en adelante. Así, la impetuosa aparición en la escena política del MSI-AN (Movimiento Social Italiano-Acción Nacional) si bien no está en condiciones de contribuir de manera original y con altura científica al estudio de la realidad en la que se manifestó la Resistencia, al menos ha hecho emerger una vasta memoria «de la otra parte» que contribuyó a enriquecer la perspectiva desde la que hasta ese momento se había analizado el período 1943-1945. Y, finalmente, algo aún más importante, un impulso casi general a reconsiderar las vicisitudes de estos cincuenta años ya en su crepúsculo, en busca de las razones de fondo de los males de nuestro país.

A pesar de este impulso, resulta difícil hablar del comienzo de un «giro».[4] No está claro que este co-

4. La obra más significativa, aunque circunscrita al estudio de las elites partisanas y (mucho menos en profundidad) de Saló, es, por cierto, la de C. Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità della Resistenza*, Turín, 1991.

mienzo no pueda quedar en una mera pompa de jabón o en un compromiso en que sobre las razones de la historia acaben por prevalecer los intereses de la política.

Las celebraciones del quincuagésimo aniversario de la guerra de Liberación y las pocas (y, salvo poquísimas excepciones, de modesta solidez) intervenciones más propiamente histórico-culturales que las han marcado,[5] sacaron a la luz el papel central de la Resistencia en todos los sucesivos avatares político-culturales, pero también, como en la actualidad, la gran mayoría de los políticos y de los intelectuales activos en el clima de la primera República la ve desde un punto de vista tal vez más político que en el pasado. En medio del derrumbamiento de las ideologías en general, y en especial de tantos valores considerados hasta ayer «fuertes», la Resistencia sigue siendo uno de los poquísimos asideros para intentar encontrar la razón de ser, la legitimización del poder y de la participación en un sistema que, de otra manera, es indefendible política y éticamente.

De manera que se generaron dos enfoques contrapuestos sobre la Resistencia. Por una parte, los nuevos protagonistas de la política —que aparecieron en la ola de la crisis de la primera República— la consideran un tema, en general, superado y, por lo tanto, que no merece mayor atención; incluso los de la AN —condicionados por el clima en el que vivieron durante años— no ven, de hecho, en el debate sobre el

5. Cf., sobre todo, S. Cotta, *La Resistenza come e perché*, Roma, 1994 (nueva ed. aumentada); E. Sogno, *Il falso storico dell'antifascismo comunista*, Bolonia, 1994; F. Colombo y V. Feltri, *Fascismo/Antifascismo*, Milán, 1994; E. Galli della Loggia, «La crisi dell'idea di nazione dopo la seconda guerra mondiale», en G. Spadolini (coord.), *Nazione e nazionalità in Italia. Dell'alba del secolo ai nostri giorni*, Bari, 1994, pp. 125-161; G. E. Rusconi, *Resistenza e postfascismo*, Bolonia, 1995; P. Scoppola, *25 aprile. Liberazione*, Turín, 1995; G. De Luna y M. Revelli, *Fascismo-Antifascismo. Le idee, le identità*, Florencia, 1995.

período 1943-1945 nada más que la «rehabilitación» de la RSI (República Social Italiana), ya que son incapaces de darse cuenta de que la Resistencia y la RSI fueron las dos caras, en gran parte iguales y contrarias, de una misma realidad más vasta y profunda que siguió manifestándose mucho más allá de 1945. Por otra parte, para los primeros es todavía más esencial que en el pasado negar cualquier validez a las tentativas de comprender y explicar la realidad del período 1943-1945, de cualquier tipo y origen, llegando hasta a tacharlas de revisionismo. Por un lado, apoyándose en la acepción negativa que Lenín y luego Stalin dieron a ese término y que, más recientemente, ha sido asumida de manera impropia en el debate sobre el holocausto y el racismo, en el que cada vez es más usado (a veces también a propósito) como sinónimo de «actitud de negación» o, en el mejor de los casos, de «relativismo» y de «justificacionismo»,[6] y por otro lado recurriendo al argumento de que «criticar a la Resistencia» equivaldría a «hacerles el juego a los fascistas».

Por su naturaleza, el historiador sólo puede ser revisionista, dado que su trabajo parte de lo que ha sido recogido por sus predecesores y tiende a profundizar, corregir y aclarar su reconstrucción de los hechos.

Así pues, no debe asombrarnos que —contrariamente a lo sucedido en otros países, y en especial en Francia— entre nosotros el quincuagésimo aniversario de la Resistencia (y de la RSI) no haya dado lugar (al menos hasta ahora) a un verdadero debate historiográfico. Y no sorprende que las pocas tomas de

6. Cf., al respecto, M. Sarfatti, *Mussolini contro gli ebrei. Crònaca dell'elaborazione delle leggi razziali del 1938*, Turín, 1994; F. M. Feltri, *Il nazionalsocialismo e lo sterminio degli ebrei*, Florencia, 1985..

posición que se han producido hayan sido casi todas de tipo tradicional o bien dirigidas a desplazar el discurso a terrenos diferentes del de la realidad del período 1943-1945: el del antifascismo, el de la (presunta) identidad entre fascismo y nazismo, el de la Resistencia como guerra civil y de su carácter, el de la actitud de los comunistas con respecto a la democracia y sobre todo el del «nexo irrenunciable» entre Resistencia y Constitución republicana y de la «nueva forma de patriotismo» (no ya «de la Nación» sino «de la Constitución») que se desprendería de él. Es sintomática la expeditiva suficiencia con que se liquidaron investigaciones como *Il passato di una illusione* de François Furet, que más que cualquier otro análisis revela la funcionalidad de esos temas en la lucha política.

Todos son temas importantes y merecedores de profundización, pero respecto del problema de la Resistencia y, más en general, del bienio 1943-1945, o constituyen «fuor d'opera» ideológicos, o son en suma marginales, o se sitúan «por debajo», respecto del que es el verdadero tema en concreto nunca afrontado por la Resistencia: el de su legitimización popular o bien, en otros términos, el de su relación con la población civil.

Después de todo, se trata de un problema que no sólo concierne a la historia de la Resistencia. En efecto, es necesario arrancar desde aquí para comprender tanto la crisis de la identidad colectiva que vive Italia después del 8 de septiembre, como las razones profundas del éxito electoral de la DC —incluso en muchas zonas del Norte, donde la presencia católica en la Resistencia fue bastante menos importante que la de las izquierdas y los comunistas en especial—, ya en 1945-1946, o sea antes de que entrase en juego el factor guerra fría y el «compromiso constitucional»

que ha dominado durante casi medio siglo la vida política italiana.

En efecto, circunscribir los acontecimientos del bienio 1943-1945 a la contraposición antifascismo-fascismo y a la lucha armada entre la Resistencia y la RSI no es suficiente para la historia. No basta para explicar cumplidamente las relaciones internas de la Resistencia y de ésta con los aliados, con el reino del Sur y con la Resistencia yugoslava, ni los de la RSI con Alemania. Y hace difícil comprender algunas iniciativas maduradas en los dos campos. Y mucho menos ayuda a comprender cómo vivió tales acontecimientos la mayoría de la población comprometida de diferente manera y medida en la lucha, y las reacciones que ésta suscitó.

El único investigador que —aunque se le escapan una serie de circunstancias y de manifestaciones que le hubiesen permitido ampliar el espectro de sus consideraciones— se dio cuenta claramente de esto fue Gian Enrico Rusconi.[7] Rusconi, aunque no se ocupa de la historia de la Resistencia en sentido estricto, sino del sistema político «nacido de la Resistencia» y de las tensiones disgregadoras que recorren la sociedad italiana y amenazan su supervivencia como nación en sentido ético-político, al interrogarse desde esta óptica sobre la validez «actual» de los valores morales y de los proyectos políticos de la Resistencia, no por casualidad sintió la necesidad de afrontar el problema que la influencia que la Resistencia en especial, y las situaciones de 1943-1945 en general, tuvieron en el nacimiento y la evolución del sistema político republicano.

7. Además del ya citado *Resistenza e postfascismo*, de G. E. Rusconi, *vid.* los ensayos sobre el problema de la Resistencia aparecidos entre 1991-1992 en Micromega y en Il Mulino, así como *Se cessiamo di essere una nazione*, Bolonia, 1993.

De ahí parte la idea de realizar un primer acercamiento, basado en una lectura «auténtica» de la realidad de la Resistencia (no en clave «de moralidad y cultura», sino teniendo en cuenta la «crudeza y contradicción de sus motivos éticos y políticos») tanto en relación con los comportamientos colectivos y las múltiples opciones y «conversiones» que la distinguieron concretamente y que fueron la raíz de las opciones políticas y electorales de la posliberación, como con respecto a la crisis colectiva en cuyo contexto se originó.

En efecto, gracias a su capacidad de no dejarse condicionar por la «autoridad» de las teorías claramente inadecuadas para explicar un fenómeno de tanta complejidad e importancia, Rusconi se ha dado cuenta de la necesidad de dejar a un lado esquematizaciones. Por ejemplo, la común a toda la izquierda político-cultural —pero también a gran parte de la derecha—, según la cual el antifascismo constituiría el único referente para comprender la Resistencia; o la otra esquematización (de cuño más propiamente comunista), que considera que si la Resistencia no dio sus frutos se debió, primero, a la presencia y, luego, a las ingerencias extranjeras. En efecto, así no se daba por descontada la necesidad de reconducir el complejo fenómeno de la Resistencia al más amplio cauce de la multiforme crisis colectiva —«ambigua e irreversible» al mismo tiempo— que caracterizó todo el período de 1943 y, en particular, desde el 8 de septiembre (crisis de la que, bajo este perfil —señala con justeza— el 25 de julio sólo fue su «expresión "palaciega"») hasta 1948 y de la cual la crisis del consenso en torno al régimen (que se consumó después del anuncio del armisticio) fue sólo un aspecto.

En cuanto a las investigaciones, se sabe mucho (y está documentado) sobre la Resistencia y, aunque en

menor medida, sobre la RSI. La verdadera y decisiva laguna se debe a la falta de un marco general de referencia de motivaciones de los acontecimientos de 1943-1945 en el que poder situar tanto la Resistencia como la República Social Italiana (RSI) —que, en sí y por sí, involucraron a una minoría de la población de las regiones en las que estuvieron presentes— y en el que también encuentre su lugar la «condición humana» de esos años, con sus múltiples estados de ánimo, problemas morales o de vida material, esperanzas, desilusiones... Una «condición humana» en cuya determinación concurrieron pesadamente una secuencia de acontecimientos y estados de ánimo.

En primer lugar hay que tener en cuenta el desarrollo general de las operaciones bélicas, y especialmente la guerra civil. O sea, en un sentido profundo, para comprender de verdad la Resistencia, la RSI y la experiencia italiana en su conjunto y la influencia que tuvo sobre los acontecimientos posteriores, en absoluto se puede infravalorar, como a menudo ha sucedido, que Italia en el período 1943-1945 vivió una guerra civil de dimensiones y dramatismo ignoradas en otros países.

En segundo lugar, el tipo y grado de consenso de que gozó el régimen fascista y cuyo derrumbe no se tradujo en un mero regreso —mayor o menor— a los comportamientos y valores prefascistas, sino en un enfoque psicológico-cultural en el que los viejos comportamientos y valores sólo en parte encontraban su sitio, mientras que otros, establecidos en los años del régimen, en alguna medida continuaban inconscientemente presentes.

Y en tercer lugar, sobre todo, la crisis moral causada por el trauma del 8 de septiembre y que pesó en la mayoría de la gente, o sea, en todos aquellos que optaron conscientemente a favor o en contra de la

RSI. Una «condición humana», pues, que es algo muy diferente de la «vivencia política» de los italianos durante la Resistencia, que —según Pietro Scoppola— habría sido el elemento ético que más habría contribuido a mantener unido el país, entonces y después, en el período de la guerra fría. Sea porque la «vivencia política» de la que habla Scoppola (pensando más como político de hoy que como historiador que mira hacia atrás) constituyó un hecho sólo de elite, o porque, considerándolo bien, en ella debe buscarse, en gran parte, el origen de la crisis de la consciencia unitaria de los italianos.

Si se prescinde de la contribución de Rusconi, que ha permanecido envuelta en el silencio —por una parte embarazoso, por otra fruto de una opción política—, el aniversario de la Liberación no dio lugar a ningún verdadero debate historiográfico. Incluso sobre mí mismo: mientras algunos —no sabría decir si carentes o residuos de un bienaventurado (para ellos) pasado en el que llamarse antifascistas y demócratas les ayudaba a tachar de fascistas y antidemócratas a quien no coincidía con ellos— me atribuyeron una especie de paternidad cultural de las tesis —aunque repetidamente criticadas por mí— de Gianfranco Fini, la mayoría construyó un muro de silencio alrededor de lo que expuse en las entrevistas que dieron origen a este libro.

O sea, la pregunta obligada es: ¿por qué, después de cincuenta años, la cultura de este país no logra y, en suma, no quiere, salvo en contadas excepciones, rendir cuentas con la historia de su propio pasado? Ha creado una serie de coartadas que asumen la forma de autoconmiseración y denigración de un pueblo al que la capa intelectual no conoce o al que atribuye los rasgos más adecuados para marcar su propia diferencia.

A una pregunta, una respuesta: falta el *habitus* científico, faltan los verdaderos investigadores, falta una visión del mundo que permita mirar más allá del pragmatismo político. La crisis de las ideologías es todavía algo externo y repentino. Tanto es así que a menudo en los cerebros todavía anida, para volver a remitirnos a Kundera, el «pequeño núcleo» del autoritarismo cultural del socialismo real. La explicación del hecho de que los temas fundamentales que permitirían rendir cuentas con la propia historia —como el del 8 de septiembre, la Resistencia, la RSI, y como el otro, estrechamente relacionado, sobre las tensiones desintegradoras que atraviesan la sociedad italiana actual— no despeguen y sean vividos por la comunidad intelectual como un indisociable y desagradable rumor de fondo, reside en las carencias citadas.

El antifascismo no puede constituir el único elemento discriminador para comprender el significado histórico de la Resistencia. De esto se desprende que la «patente» antifascista no puede reemplazar a la «patente» democrática; que el bienio 1943-1945 debe reinterpretarse en la más vasta corriente de la crisis colectiva que condicionó los hechos de entonces y que influye en los de hoy; que la jerarquía de valores de la pureza antifascista, cuya cumbre rápidamente se insertó en el PCI, ya no encuentra correspondencia —si alguna vez de verdad la encontró— en la mayoría de los italianos.

Ni fascistas, ni antifascistas, ni comunistas, ni anticomunistas están legitimados para explicar a la gente lo que sucedió en ese bienio y cuán importante y decisivo fue para la historia de la Italia actual. Y, por otra parte, la gente ya no tiene confianza en ellos y los considera vendedores de mitos en los que ya no cree y a los que atribuye buena parte de las respon-

sabilidades por la situación en la que se encuentra Italia y —lo que es más grave— extiende este juicio negativo a su reconstrucción de la historia, a su historia *tout court*. Como consecuencia, se incrementa esa crisis de identidad que, en un contexto general menos degradado, ya hace veinte años —como se ha dicho—, justamente temía Romeo. Hoy dicha crisis es cada vez más difícil de frenar.

TODOS A CASA

De la primacía de la política a la primacía de la historia: ¿cuál es el nexo que relaciona el malestar moral, cultural y político de hoy con los nudos de la historia de ayer? ¿Por qué el final del fascismo y el nacimiento de la República, la Resistencia y la República Social de Saló se viven como «acto fallido» de la investigación historiográfica? La derrota del 8 de septiembre, fecha trágica de la Italia contemporánea a la que se atribuyen los males morales actuales, ¿fue inevitable? ¿Cómo pudo deshacerse todo un país, disgregarse un ejército como la nieve al sol y una nación perder su identidad? ¿Por qué sentimos todavía esa «caída ético-política» como una especie de pecado original de la República Italiana? ¿Quién tuvo la culpa política? ¿Quién la culpa moral? ¿Quién la militar? En definitiva: ¿cuál es la verdad histórica?

Una debilidad ético-política

«Abajo todos» estaba escrito en un parapeto del Lungotevere. El 8 de septiembre de 1943, día del armisticio, los periódicos italianos salieron con una franja de luto. De ese modo empieza el vaciamiento del sentido nacional que hace de ese día la fecha sím-

bolo del mal italiano. Lo que se discute es el carácter de todo un pueblo.

Para comprender el clima, la invención narrativa nos revela mejor el espíritu de la época que los documentos históricos. Desde este punto de vista, tanto vale el cine como la literatura. Tiene tanto valor *Todos a casa* de Luigi Comencini, con Alberto Sordi, que *El sendero de los nidos de araña* de Italo Calvino. Aunque, entre tantas páginas trágicas, yo prefiero la cínica y sufrida representación de Curzio Malaparte en *La piel*, donde describe de esta manera el 8 de septiembre:

> Un magnífico día [...] Todos nosotros, oficiales y soldados, competíamos por ver quién echaba más «heroicamente» las armas y las banderas al fango [...] Terminada la fiesta, nos organizamos en columnas y así, sin armas, sin banderas, nos encaminamos hacia los nuevos campos de batalla, para ir a ganar con los aliados esa guerra que ya habíamos perdido con los alemanes... Por cierto, es bastante más difícil perder una guerra que ganarla. Para ganar una guerra sirven todos, pero no todos son capaces de perderla.

Fue Rosario Romeo, el gran historiador de la Italia liberal, el primero en intuir que con la segunda guerra mundial se manifiesta la debilidad «ético-política» del sentimiento nacional todavía ligado a las raíces culturales, pero también psicológicas y caracteriales, del pasado preunitario. La burguesía italiana falla en su tarea histórica, al optar por no alinearse en ninguno de los bandos, a la espera —aunque en el marco de una aversión general ante la ocupación alemana— del desarrollo de los acontecimientos.

La huida de Víctor Manuel y de su primer ministro Pietro Badoglio, de su jefe de Estado mayor Vit-

torio Ambrosio y de buena parte de la cúpula militar, el abandono a merced del enemigo (viejo y nuevo) de las tropas en los territorios ocupados y la inmediata disolución del ejército en Italia después del armisticio, han marcado y minado para siempre la memoria colectiva nacional. El término *disolución* nos da sólo una muy pálida idea de la realidad de esos días: «Las fuerzas armadas italianas ya no existen» —era la cruda comprobación, el 10 de septiembre, del alto mando alemán—.

En octubre de 1917, después de la derrota de Caporetto, los hechos se habían sucedido de manera diferente. Cuando la burguesía italiana logró reunir las fuerzas para conjurar la catástrofe de la patria, nadie puso en duda el resultado final de la guerra y, gracias a Piave, a Caporetto siguió Vittorio Veneto.

Todo había empezado mal, en 1940. La burguesía italiana que, de grado o por fuerza, había terminado por identificarse con el fascismo, veía con buenos ojos el final de la «no beligerancia», imaginando que combatiría en una «guerra breve». El sentimiento general era que, después de la fulminante caída de Francia, un puñado de muertos y pocas semanas de combates bastarían para ganarse el derecho a sentarse a la mesa de la paz del lado de los vencedores. Con este espíritu, los mismos hijos de la burguesía fascista se plantearon la guerra como una molestia que debía soportarse, un fastidio a evitar, una carga que costear. Pero cuando, gracias a la firmeza de Winston Churchill, de «breve» se hizo «larga» y, de repente, dura (las primeras derrotas en Grecia, África septentrional, Tarento), para los burgueses fascistas como para los antifascistas, pero sobre todo para los afascistas, la guerra de Mussolini se convirtió en una «guerra impuesta». Se generó un clima político-cultural «a la italiana», más pícaro que cínico, un poco

oportunista, origen de la falla moral del 8 de septiembre.

¿8 de septiembre o 10 de junio?

En un pequeño libro de 1945, *Quasi una vita* (Casi una vida), Corrado Alvaro traza un cuadro lúcido y trágico de ese estado de ánimo:

> Gran parte de Italia pronosticó [...] la derrota. Los italianos creyeron en Radio Londres, esperaron cada vez más ardientemente la derrota, la impulsaron, la anunciaron: aunque tenían a sus hijos en África, los Balcanes, Rusia. [...] La solidaridad, el patriotismo y el sentido de la responsabilidad individual habían sido disgregados y eliminados.

Cincuenta años después, en la revista liberal-comunista *Reset*, Norberto Bobbio confirma: «Habíamos perdido tan radicalmente la idea de nación que deseábamos que Italia perdiese la guerra.» Para Bobbio la «fecha trágica» de la Nación es el 10 de junio de 1940, día de la declaración de guerra a Francia e Inglaterra. Lo discutimos con ocasión del cincuentenario del 25 de abril en *Panorama* y *L'Unità*. Dice Bobbio: «Querido De Felice, ésta es la evaluación en que disentimos: para mí la gran mayoría de los italianos no fue favorable a la entrada en guerra.» Bobbio se equivoca: el sentimiento general de los italianos, a finales de la década de 1930, era de plena confianza en Mussolini; si se estudian bien las cifras, se descubre que la participación voluntaria en la segunda guerra mundial fue mayor que en la Gran Guerra. Los datos publicados en el penúltimo volumen de la biografía *Mussolini. El aliado* deben corregirse. En

efecto, he podido establecer que los militares trataban de minimizar el fenómeno haciendo pasar a muchos voluntarios por enrolados.

Después de las dolorosas derrotas en África y en Rusia, también la cúspide fascista y el propio Mussolini se habían convencido de que era necesario encontrar una nueva vía de salida. Pero no era fácil. En efecto, en la búsqueda de estas soluciones es donde aparece toda la superficialidad de la clase política y militar, fascista y monárquica, que en toda esa maniobra sólo se guió por las ambiciones de carrera y por las posibilidades de ascender. Se empieza con los esfuerzos por convencer a Hitler de la conveniencia de llegar a un acuerdo con Stalin o al menos de una estabilización del frente oriental, a fin de desplazar el centro de gravedad del poderío alemán al Mediterráneo, contra los aliados; también se pretende que los alemanes acepten una salida unilateral de los italianos de la guerra; y se acaba con la absurda idea de Dino Grandi (que, sin embargo, era un hombre con muchas cualidades) de un vuelco en el frente, con el inmediato paso de Italia al lado de los aliados. Hecho que se revelaba tan increíble entonces, como imposible después. Con las consecuencias que todavía pagamos.

Un fragmento de Rosario Romeo aporta un juicio definitivo sobre las autoridades militares y políticas del fascismo:

> Después de haber corrido la aventura al lado de Alemania hasta que el éxito pareció al alcance de la mano, se descubrieron antifascistas y antialemanes en la hora veinticinco, y en esa ocasión mostraron que no estaban, no sólo técnica sino tampoco moral e intelectualmente, a la altura de las exigencias de un conflicto que comprometía el destino de pueblos enteros y que no podía ser clausurado mediante maniobras inspiradas al estilo de la dieciochesca política de gabinete.

Estoy de acuerdo. De esto debe deducirse que ni siquiera al final, cuando todo estaba perdido, se había comprendido la verdadera naturaleza de esta guerra. Los únicos que tenían ideas algo más realistas eran los comunistas, debido a sus estrechas y privilegiadas relaciones con Moscú.

¿Culpa del rey y de Badoglio, o de quién?

Las dramáticas experiencias de la «guerra larga» tuvieron un efecto paralizante, como confirmación de la «debilidad ético-política» del país, que no puede explicarse sólo con los resultados negativos del régimen fascista. La guerra sacudió profundamente los cimientos de la Nación, material y moralmente: actuó como espoleta del conjunto de intereses y compromisos que mantenían al régimen en pie. Sin la catástrofe, la clase dirigente italiana, la burguesía fascista e incluso las capas populares no hubieran tenido ni el interés ni la fuerza de sacudirse de encima el fascismo. Y menos a Mussolini. El trauma del 8 de septiembre madura en este clima.

«La guerra continúa»: el 25 de julio, con esa desgraciada apostilla a la caída del régimen, Pietro Badoglio, primer ministro, había sentado las bases de la crisis moral e institucional, individual y colectiva, que llegaría 45 días después. Con profunda desconfianza en sí mismos y en el Estado, la mayoría de los italianos —aun en su general distanciamiento del fascismo, acompañado por una radical hostilidad hacia los alemanes— no tenía otro anhelo que esperar el final de la guerra, tratando de escapar de ella, casi esperando desaparecer con tal de salvarse.

Parecía la solución más fácil, más sagaz, más al alcance de la mano. Como si eso, en esa situación, no

implicase también gravísimos peligros, una fuerte tensión ético-política y los costes morales y materiales que había que pagar. Un peligro que parecía atemperado por la ilusión de que los aliados optasen por desembarcar al Norte en vez de al Sur, en Génova en vez de en Salerno, en el Lacio como en Cerdeña. Una esperanza acompañada por la suposición de que los alemanes se habrían retirado de gran parte del país, como creía poder deducirse de sus primeros movimientos.

La hermosa fábula no duró más de diez días. Para Italia el armisticio había puesto fin a la época de la guerra entre Estados (librada, salvo en Sicilia, más allá de las fronteras), pero de hecho había abierto una fase aún más dramática: la guerra de Liberación del suelo nacional (contra el ocupante ex aliado, convertido en nuevo enemigo) y la guerra civil (por definición, en el interior de la patria). La «fuga de Pescara» y la «fallida defensa de Roma» son dos puntos de partida de la construcción simbólica que explica y consiente en justificar la falta de «reacción moral» de todo un pueblo, pero son también la principal acta de acusación contra la monarquía, su clase dirigente y su ejército.

Nunca se demostró que luego el rey se hubiese puesto de acuerdo con el mariscal de campo Albert Kesselring para escapar de Roma, o más bien que Kesselring, con los problemas que tenía ese día, hubiera preferido dejar pasar el cortejo fugitivo, preocupado ante la idea de provocar una explosiva reacción en favor del rey prisionero. Y poco importa. La falta de defensa de Roma terminó por arrogarse un valor emblemático en el imaginario colectivo. Una reacción italiana habría alterado el significado histórico de la fuga del rey, pero no habría modificado el curso de los acontecimientos.

El acontecimiento fue turbio. Y reprobable el comportamiento de los que tomaron parte en él. Visto con posterioridad, es de lamentar que en Italia haya faltado un antifascista de las cualidades de De Gaulle, un soldado con la autoridad necesaria para convocar a los italianos en defensa de la patria. Destaca el hecho de que no se diera la orden de reaccionar y que los alemanes le dieran la vuelta a la situación de desventaja númerica en que se encontraban. Alrededor de Roma había seis divisiones italianas contra dos alemanas. Hubo combates, pero el grueso de las fuerzas italianas no entraron en acción, y al carecer de órdenes muy pronto se disolvieron. Para los alemanes fue fácil lograr la rendición. De esta manera, la capital de Italia se convirtió en ciudad abierta al mando del general Calvi di Bergolo, que debía garantizar el llamado, no sin pompa, Pacto de Roma.

De ahí a sostener que la defensa de Roma habría cambiado el curso de la guerra y obligado a los angloestadounidenses a entrar en combate para respaldar al ejército italiano contra los alemanes, hay un largo trecho... La Operación Avalanche, el desembarco en Salerno el 9 de septiembre, decidido inmediatamente después de la caída de Mussolini —por lo tanto antes del armisticio—, había acabado en un desastre estratégico. No sólo no había cortado el paso a las tropas alemanas que se retiraban del Sur, sino que había dado tiempo a Kesselring para poner las bases de la línea Gustav, que bloquearía durante meses y meses a los angloestadounidenses: Roma ocupada servía para garantizar las vías de comunicación hacia el norte.

El armisticio también fue una verdadera chapuza, entre seudomaquiavelismos de los italianos, *bluff* de los estadounidenses y resentimientos de los ingleses. Una parte (el general Giuseppe Castellano) se inclina-

ba por la cooperación italiana con un cambio inmediato de frente, mientras que la otra (Badoglio y Víctor Manuel) intentaba postergar el anuncio con mil excusas, como si su máximo temor fuese el de escapar a la reacción de los alemanes. Y éstos, en un principio, no se enteraron de nada. En efecto, el anuncio lo hizo Eisenhower. Al general estadounidense le importaba, sobre todo, hacer público el pacto antes de que Italia fuese ocupada por los alemanes. Fue una sucesión de mentiras. Un juego de facciones entre mariscales, generales y almirantes, entre Badoglio y Castellano, Roatta y Ambrosio, Sorice y De Courten, Caviglia y Carboni...

Hay que reconocer que Víctor Manuel III, aun en trances tan contradictorios, logró obtener resultados decisivos para la supervivencia del Estado italiano. Ejerció una función de garantía respecto de los aliados: era el legítimo garante de las firmas que el general Castellano había puesto en el «armisticio breve» en Cassibile y Pietro Badoglio en el «armisticio largo» en Malta. Garantizó, pues, esa continuidad de gobierno que, de otra manera, al final de la guerra civil, hubiera sido moralmente reivindicada por la RSI. Le sirvió de poco. La condena histórica no tuvo paliativos: el final de la institución monárquica por voluntad del pueblo soberano expresada en el primer referéndum de Italia en 1946.

¿Fue una huelga moral?

¿Vale la pena preguntarse qué habría sucedido si Badoglio hubiese dado la orden de combatir contra los alemanes?

No lo creo: si hacemos cuentas, fue precisamente el modo como se logró el armisticio lo que hizo ine-

vitable la disolución de las fuerzas armadas. ¿Por qué esa atmósfera de desconfianza que atenazaba a la Nación —por el agotamiento de tres años de guerra, por las frustraciones del fallido final después del 25 de julio— no iba a manifestarse también en el ejército?

Con la certeza de que las primeras víctimas —los primeros en pagar— hubieran sido los militares, a falta de órdenes, en ausencia de objetivos claros y rendidas las armas, no pensaron más que en conseguir ropa de civil, evitar caer prisioneros y llegar por cualquier medio a sus lugares de origen. La reacción alemana, tal vez minorizada por los aliados, tuvo el lógico efecto disuasorio en la tropa italiana. La aceptación de la proverbial disciplina, unida a la crueldad, confirmó la idea de la fuerza germánica y justificó el destierro de la Nación, con la aceptación de su propia debilidad. Las consecuencias fueron catastróficas: al final de la guerra, el número de militares deportados a Alemania rondará el millón.

A las culpas de la tropa correspondían, elevadas a la potencia, las culpas de los oficiales. Donde existieron órdenes precisas, tanto por sentido del honor como por odio antialemán, la Resistencia fue eficaz y el proceso de disolución más contenido y digno. En su gran mayoría los oficiales no cumplieron con su deber. El mal ejemplo cundió hacia abajo por orden jerárquico... Los que prestaban servicio en el mando supremo y en el Estado Mayor dejaron sin órdenes a los mandos locales y se esfumaron. Fueron pocos los que se enfrentaron al drama del 8 de septiembre sin pisotear el patriotismo y la dignidad nacional, la ética militar y la solidaridad civil. Resulta difícil encontrar una justificación ideológico-política a comportamientos tan generalizados. La explicación se halla en la condición cultural y moral de la

Italia del momento: el 8 de septiembre se produjo una «huelga moral».

«No es una novedad el hecho de que los pueblos no se comporten heroicamente ante la desventura...», ha dicho el historiador francés François Furet a propósito de la Francia fulminada por la derrota de junio de 1940. La observación es justa, pero el caso italiano es único en la historia mundial por su dimensión y peculiaridad. Podemos contestar a Furet esgrimiendo una cita de un maestro de la historia italiana, Vittorio De Caprariis:

> Entre 1943 y 1944 no existía, por cierto, nostalgia por el régimen disuelto sino algo más grave: atónito pavor y sentido estupor por la derrota, cansancio por un conflicto enorme y rendición psicológica frente a la ruina extrema; como aquel que, después de haber combatido en vano contra fuerzas superiores, al final se desanima y se retira de la lucha para dejarse morir.

HACER BALANCE DE LA HISTORIA

Hay una «cuestión matemática» demasiado a menudo descuidada por la investigación histórica: ¿cuántos fueron los que eligieron luchar en la guerra civil entre fascistas y partisanos? ¿Cuántos fueron los verdaderos soldados de la Resistencia? ¿Cuántos se echaron al monte? ¿Cuántos simpatizaron con ella desde su casa? Pero, también, ¿cuántos empuñaron las armas por Saló? ¿Cuántos desertaron? ¿Por qué la vulgata *de la Resistencia nunca rindió cuentas, en cifras, de la historia de Italia entre 1943 y 1945?*

La suma ideológica

La Resistencia fue un gran acontecimiento histórico. Ningún «revisionismo» podrá negarlo. Pero la historia, al contrario que la ideología y la fe, se basa en la verdad de los hechos más que en sus certezas absolutas. Describe el mundo como fue, no como se hubiera deseado que fuera En cambio, una *vulgata* historiográfica agresivamente hegemónica, construida por razones ideológicas (legitimar la nueva democracia con el antifascismo), pero a menudo usada con fines políticos (legitimar la izquierda comunista con la democracia), ha creado una serie de estereoti-

pos que nos han impedido desenredar esa intrincada madeja enmarañada por los nudos sin deshacer de los últimos cincuenta años: la derrota de Italia y la crisis de la identidad nacional, el papel decisivo en la victoria de los ejércitos inglés y estadounidense y las frustraciones del antifascismo, los límites militares de la Resistencia y la *realpolitik* del Partido Comunista y del partido católico, la inconsistencia histórica de la monarquía y la inadecuación ético-política de la burguesía...

Por eso se trató de reemplazar estas deficiencias construyendo un tejido de certezas ideológicas que sacaran a todo un pueblo de la crisis. No se trata de destruir la esencia y la razón de la *vulgata* histórica filorresistente: el esfuerzo debe encaminarse a emancipar la historia de la ideología, a separar las razones de la verdad histórica de las exigencias de la razón política. ¿Cómo? Al respecto, existe una pregunta que el historiador no puede soslayar: ¿cuántos fueron los verdaderos combatientes de la Resistencia? Es sumamente difícil hacer un cómputo realista. Durante la guerra civil cada uno de los contendientes tiende a sobredimensionar su propia fuerza, para enfatizar el consenso popular a su causa, fuese fascista o antifascista, al igual que magnifica la potencia del adversario, aumentando las cifras de los combatientes enemigos para acrecer su propio valor y justificar sus fracasos. Después de la Liberación, ese vicio nacional —estigmatizado por los aforismos de Leo Longanesi y Ennio Flaiano— que contempla la actitud de los italianos que corren en busca del auxilio de los vencedores, ha barajado todos los números en favor de los partisanos. Pero no por esto debe tomarse la «cuestión matemática» como un maligno silogismo construido con el fin de menoscabar el carácter popular de la guerra partisana. Hacer cuentas, con los

documentos en la mano, es la *conditio sine qua non* para rehacer, desde el principio, la investigación histórica.

Las primeras cifras

> La asociación, en el número actual de sus inscritos, fue definida por el honorable Parri como una falsificación, dado que hoy se habla de unos 280.000 partisanos, cuando resulta que en el período de la Resistencia los verdaderos partisanos no eran más de 200.000.

Recojo estas palabras de un informe de la policía de Roma, sobre el discurso de Ferruccio Parri en el Congreso Nacional de la Resistencia en diciembre de 1947. Impresiona la preocupación del jefe de la Resistencia, dos años después de los combates, al ver crecer las cifras de los combatientes partisanos más allá de toda lógica, tanto como para sentirse obligado a invitar a la ANPI (por entonces la Asociación Nacional de los Partisanos todavía era unitaria) a moderar sus recuentos.

Por cierto, los partisanos fueron menos de los 280.000 que la ANPI declaraba que reunía en sus filas y a los cuales, si se aceptase como correcta esta cifra, se agregarían todos aquellos que —y no fueron pocos—, cumplido con su deber (sin albergar ningún espíritu reductor), volvieron a sus viejas actividades, y por eso no se adhirieron a la ANPI. Es necesario distinguir, discriminando los números, entre quien de veras se echó al monte y quien, en cambio, colaboró desde el calor de su propia casa entre quien fue de veras combatiente y quien actuó de soporte entre quien fue partisano durante meses enteros y quien sólo lo fue durante unas semanas. Y más aún: entre

los combatientes de los meses sombríos y los que se descubrieron partisanos en la víspera inmediata del 25 de abril, o en los días siguientes.

«En febrero de 1944 podemos contar aproximadamente nueve mil hombres reunidos en formaciones —por decirlo de alguna manera— regulares»: es la cifra mínima, de la que debe partir cualquier razonamiento no mitificador, certificada por Ferruccio Parri después de la Liberación, en mayo de 1945. Quince años después, en un artículo, aunque la cifra parece ser la misma, de hecho ha sido exagerada, porque se refiere sólo a Italia septentrional y está fechada en diciembre de 1943.

El esquema con el que Parri resuelve el «problema de los efectivos» de la Resistencia permanece inalterable en el tiempo: 80.000 partisanos reagrupados en las bandas de montaña en el verano de 1944 (a las que se unían las «formaciones territoriales» del llano y de la ciudad, que permiten contar por lo menos 200.000 «movilizados») se reducen notablemente en el invierno, después de los rastreos de Kesselring y la proclama del general Harold Rupert Alexander (la incauta invitación a la desmovilización del movimiento partisano en el otoño de 1944), para luego llegar, en marzo-abril de 1945, antes de la insurrección, hasta los 200.000 y duplicarse inmediatamente después del 25 de abril.

Luigi Longo, en su libro *Un popolo alla macchia*, aparecido en 1964, casi veinte años después de la Liberación, acredita en 1945 un total de 235.000 combatientes y 117.000 patriotas civiles, según los datos recogidos por la comisión para el reconocimiento de la clasificación de partisano. Virgilio Ilri parte de las mismas fuentes que Longo, actualizadas al alza por el continuo crecimiento de las afiliaciones, y en su *Storia del servizio militare in Italia*, de 1991, calcula

que los partisanos, en el Norte, fueron 174.685, a los que agrega 83.868 patriotas, mientras que en el Centro y Sur hubo 60.750, más 52.830 patriotas.

Bandidos y antibandidos

Pero la fuente más importante para una evaluación histórico-cuantitativa del movimiento partisano y de las acciones de contraguerrilla, todavía permanece inédita: la documentación, reunida para uso interno, de la Oficina de Operaciones y Servicios del Estado Mayor de la RSI, con el título *Relaciones globales sobre la fuerza de los bandidos. Actividades de bandidos y antibandidos de septiembre de 1943 a noviembre de 1944*, nos permite recorrer paso a paso la historia de la Resistencia. Impresiona la exactitud con que se han recogido y presentado las cifras, la agudeza de las treinta páginas de notas, la precisión de los nueve gráficos anexos, sobre todo si se piensa en la fecha de su redacción: diciembre de 1944.

La prosa de los burócratas del ejército de Saló, aunque no tiene la calidad del relato de Tácito, tiene el don de la síntesis histórica:

> [...] resulta que la fuerza numérica de los bandidos, un mínimo de 4.000-5.000 antes del 8 de septiembre de 1943 [el dato se refiere a los eslavos que operaban en Venecia Giulia], fue aumentando cada vez más en los meses siguientes, hasta alcanzar un máximo de 110.000 en octubre de 1944,

puede leerse en el primer párrafo. Gracias a la habilidad técnica de los anónimos redactores, que cumplen con gran celo la tarea de representar al enemigo partisano, idealmente podemos entrar en relación di-

recta con el desarrollo de los acontecimientos. Sigámoslo:

> En los meses de noviembre y diciembre de 1943 y en enero de 1944 el número de bandidos se incrementó en aproximadamente 19.000 hombres debido a las llamadas a que las clases se armaran, efectuadas por el resurgido ejército republicano. [...] En los meses de febrero, marzo y abril, el fenómeno del aumento del número de bandidos se acentuó [...] debido a las llamadas a que las clases se armaran, al envío a Alemania de contingentes del ejército y la constitución y adiestramiento de las conocidas GU [Grandes Unidades] [...] Al comienzo de mayo la situación se presentó favorable para una medida de clemencia que permitiese a un gran número de italianos que se habían situado fuera de la ley, por rebeldía o deserción, volver a la normalidad. En efecto, entre las filas de los bandidos aparecían manifiestos signos de cansancio y desilusión por la demora de los angloestadounidenses y por la larga inmovilidad del frente meridional en Cassino. Así, el 9 de mayo se promulgó el primer bando de perdón del Duce. Ese bando dio óptimos resultados, en especial en algunas regiones como Umbría [...] y hubieran sido mejores si no se hubiese producido la nueva ofensiva angloestadounidense, que sirvió para hacer renacer las esperanzas de los que se adherían al bandidismo. [...] En total, a finales de mayo los bandidos ascendían a 68.000 hombres, con una disminución de 7.000 con respecto al 30 de abril. A fines de octubre y comienzo de noviembre el endurecimiento de la resistencia alemana en el Apenino toscoemiliano, la proximidad de la estación invernal, la declaración del general Alexander, que advertía a los bandidos que no esperaran acontecimientos decisivos durante el invierno, y la interrupción de los aprovisionamientos aéreos angloestadounidenses, así como las graves pérdidas sufridas por los bandidos como consecuencia de la decena de ac-

ciones de contraguerrilla efectuadas en los meses precedentes, crearon el ambiente favorable para una nueva provisión de clemencia. El 28 se promulgó el segundo bando de amnistía del Duce. Dicho bando dio óptimos resultados, que repercutieron en una disminución del número de bandidos en aproximadamente 30.000.

Los números, al margen de las opiniones

¿Qué relación hay entre los efectivos partisanos y la opinión de la población? Razonar sobre los números tiene sentido si sirve para comprender la relación entre partisanos y población civil. Porque, para la historia, reducir los acontecimientos del trágico bienio 1943-1945 al enfrentamiento armado entre fascismo y antifascismo, partisanos contra los de Saló, ya no basta. Hacer bien las cuentas permite comprender la naturaleza de la guerra civil, las razones políticas del enfrentamiento, su incidencia en la realidad humana de la época. Todavía falta el marco general —cuya ausencia debe sonar a juicio negativo sobre toda la historiografía italiana de la posguerra— que permita situar la Resistencia y la RSI en una única historia de Italia.

Por otra parte, frente a los partisanos, ¿cuántos eran los combatientes de Saló? La propaganda nostálgica infla los números desmesuradamente: para Giorgio Pisanò los de Saló eran, por lo menos, 850.000. Según un prospecto redactado para Mussolini por la OKW (Comando supremo de la Wehrmacht), en septiembre de 1944 las fuerzas republicanas contaban con 780.000 hombres, de los cuales 520.000 eran militares y 260.000 trabajadores militarizados. Según los datos de Virgilio Ilari, las fuerzas armadas republica-

nas contaban con 573.000 soldados enrolados por leva, reclutamiento o voluntarios.

En conclusión: tras hacer un cálculo, aproximativo pero significativo, para intentar delimitar el número de los individuos involucrados en una u otra parte, contabilicé 3.500.000-4.000.000, sumando familiares cercanos o parientes lejanos, amigos y vecinos. Pocos son si consideramos que en ese momento Italia estaba habitada por 44.000.000 de personas. No se puede seguir estudiando la Resistencia sólo desde el punto de vista de los combatientes: una reconstrucción histórica que quiera acercarse a la verdad debe adoptar un punto de vista global, reconstruir los acontecimientos con los ojos de entonces, para narrar los hechos tal y como sucedieron. Ésta es la tarea de la historia. Una vez comprobados los hechos se pueden formular juicios morales, opiniones políticas, evaluaciones éticas. Para moderar las inevitables polémicas, anticipo los títulos de los dos capítulos centrales del último volumen —en preparación— de mi biografía de Mussolini: «La catástrofe nacional del 8 de septiembre» y «El drama del pueblo italiano entre fascistas y partisanos».

UNA GRAN ZONA GRIS

¿Cómo estalló la guerra civil? ¿Qué sentimientos encontrados guiaron las opciones de quien se alineó con el movimiento partisano y de quien se puso de parte del fascismo republicano? ¿Puede juzgarse históricamente, y cómo, la actitud de trastornado extrañamiento de una mayoría aterrorizada respecto a una decidida minoría que empuñó las armas? ¿Por qué la historiografía italiana nunca ha estudiado a fondo el estado de ánimo colectivo de los italianos durante el bienio trágico 1943-1945? ¿De dónde nace el juicio histórico negativo de la llamada «política de espera» civil? ¿Por qué razón se afirmó, después de la Liberación, la vulgata *histórica de la Resistencia como un movimiento popular de masas?*

Una idea fija: *Primum vivere*

Contrariamente a lo que siempre ha sostenido la *vulgata* valedora de la Resistencia —sobre todo comunista—, no es posible considerar la Resistencia como un movimiento popular de masas: el movimiento partisano se hizo multitudinario pocos días antes de la capitulación alemana, cuando bastaba con lucir un pañuelo rojo al cuello para sentirse combatiente y desfilar con los vencedores.

Al día siguiente del 8 de septiembre hubo, entre la mayoría de los italianos, una actitud de sustancial extrañamiento, si no de rechazo, tanto respecto de la RSI como de la Resistencia. A pesar del alejamiento del fascismo, la hostilidad e incluso el odio ante el nazi invasor no desencadenaron la opción alternativa de alinearse con el movimiento partisano. La razón última es que no se trató de una actitud política: *primum vivere* fue el código íntimo de la gente. Desaparecer, encerrarse en su cascarón, no comprometerse con ninguno de los bandos en lucha y esperar un rápido final de la guerra, fueron los principios seguidos por la mayoría para intentar capear el drama en curso con el mínimo de daños y sacrificios.

El campesinado, por ejemplo, que en un principio se había prodigado en la ayuda a los militares en desbandada, a los soldados huidos, a los prisioneros aliados evadidos, que muy pronto se había vuelto avaro y desconfiado aunque humanamente solidario, elaboró una verdadera «estrategia de supervivencia». Durante el bienio 1943-1945 aplicó una forma de «resistente espera», sin tomar partido ni por los fascistas, ni por los alemanes, ni por los partisanos: tres realidades ajenas a la cultura campesina y a sus seculares raíces. Ser amigo de todos sin ayudar a ninguno era el mejor modo de defenderse, aprovechando las contingencias más dispares. Fue frecuente el caso de grandes familias campesinas que, para protegerse mejor, habían decidido, sensatamente, que uno de sus hijos se alistara con los partisanos y otro con los fascistas. De maneras diferentes la misma actitud prevaleció en las ciudades.

En la documentación recogida por las oficinas para la censura postal del SID —el servicio de informaciones de Saló— se encuentran las huellas del estado de ánimo colectivo: un generalizado sentimiento

de genuina aversión hacia los fascistas y los alemanes, pero también de miedo por el desarrollo sangriento de la lucha armada y por el recrudecimiento de la guerra civil. Una clasificación de las preocupaciones sitúa como primer valor la supervivencia. Especulativamente, entre las expectativas, el deseo de paz ocupa la cima. ¡Cualquier paz! Preocupa la situación económica, el desequilibrio entre salario y coste de la vida, la carencia de productos alimenticios y medicinas. Ante los apuros cotidianos, el resto de valores —para vergüenza de los más elementales valores civiles y políticos, que constituyeron la base de la Resistencia— pasa a un segundo plano.

Se había creado un círculo vicioso: todos deseaban el final de la guerra, todos se mostraban hostiles a los fascistas y a los alemanes que se obstinaban en continuarla, pero nadie, para no empeorar su situación personal, sentía que debiera ponerse abiertamente en contra de ellos para acelerar su derrota. Puede comprenderse en seguida cuán angustioso era el clima de la época: la extremada lentitud del avance angloestadounidense, la cruel violencia de las primeras bandas fascistas en las grandes ciudades, de Pietro Koch a Mario Caritià, las correrías de las primeras formaciones de Saló por el campo contra los antifascistas más notorios, la acción de los primeros núcleos partidarios de Badoglio, la aparición de las bandas de «bandidos» y «rebeldes» (para usar la terminología de los documentos internos de Saló), aclararon cuán vanas eran las esperanzas iniciales en un final próximo.

El estado de ánimo colectivo reescribe la historia.

Las contrapuestas *vulgatas*, la de la Resistencia y la neofascista, impidieron hasta hoy, por su naturaleza esencialmente ideológica, el análisis de la evolución del estado de ánimo colectivo. Tanto más por

cuanto fue bastante mutable en el curso del tiempo y asumió caracteres particulares en función de la geografía, de la cultura y de las tradiciones locales, políticas y religiosas: en el Norte fue diferente que en el Sur, para los ricos fue diferente que para los pobres, para los obreros diferente que para los empleados...

La gran masa de los italianos, ya que fueron pocos los que lograron no verse implicados, no sólo evitó tomar partido claramente por la Resistencia, sino que se cuidó muy mucho de alinearse con la RSI. Y al hacer esto aportó al movimiento partisano, además de un buen número de combatientes, también el contexto favorable para vivir y desarrollarse: una gran *zona gris* compuesta por todos los que lograron sobrevivir entre dos fuegos, imposible de clasificar socialmente, que se expresa transversalmente a través de todas las capas, desde la burguesía a la clase obrera. No creo que sea justo hablar de *oportunismo*. Prefiero el concepto de *oportunidad*: cada opción fue vivida como mera necesidad, como mal menor para alejarse de situaciones demasiado peligrosas o, por lo menos, postergarlas.

El famoso «bando Graziani» del 19 de febrero de 1944 cayó como una maldición sobre la zona gris de la política de espera civil. El alistamiento y la llamada a las armas decretado por la RSI fue la gran encrucijada ético-política. Un drama para quien la vivió; un agujero histórico para quien no se contenta con las contrastantes y aproximativas versiones y evaluaciones de la *vulgata* fascista y antifascista. Hay una cuestión indiscutible: la tasa de rebeldía, casi del 41 %, y de deserciones, el 12 %, fue bastante elevada. Un sonado fracaso para la RSI y, al mismo tiempo, un gran éxito político-propagandístico para la Resistencia. El movimiento partisano, justamente en los meses en que la resistencia fue mayor, entre noviem-

bre de 1943 y abril de 1944, encontró nueva savia vital y aumentó el número de combatientes y la medida de los consensos.

Para comprender la actitud de tantos jóvenes, no puede generalizarse la elección del bando antifascista, que concernió sólo a una minoría y estuvo determinada por la concreta perspectiva de que, en cualquier caso, debían enrolarse. No es una casualidad que en las regiones más meridionales de la RSI, Abruzos, Lacio y Las Marcas —las más cercanas al frente y a la «liberación»— el enrolamiento fuera mínimo. Roma fue la ciudad con mayor número de insumisos: en parte por su configuración sociológica, en parte por haber sido la única ciudad en la que se había intentado la resistencia armada contra los alemanes después del armisticio, en parte por la presencia del Vaticano y por el gran número de lugares y edificios donde los insumisos podían esconderse. Primó la «defensa de uno mismo» tanto entre los que respondieron al bando como entre los que lograron esconderse o se vieron obligados a echarse al monte. Muchos de ellos se convirtieron en valientes partisanos. En muchos otros pesó siempre el pecado original de una elección oportunista.

En los relatos de los protagonistas, el drama vivido por los italianos entre el 8 de septiembre de 1943 y el 25 de abril de 1945, fue desfigurado por una historiografía que redujo la Resistencia a objeto de culto. Ésta, en cambio, fue una página fundamental de la historia de Italia que es necesario estudiar, con la ética de la ciencia, para comprender el daño a la moralidad nacional consumado en ese bienio, y las razones de la fallida reconstitución de ese tejido moral perdido.

Los procedimientos mitificadores fueron dos. Uno, el primero, amplificó el apoyo obtenido por la

Resistencia entre la población, transformando la zona gris en un «gran movimiento popular». El segundo, fruto de la incapacidad católica y marxista para interpretar los sedimentos profundos del sentimiento nacional, cargó el 25 de abril de expectativas mesiánicas, con el fin de condenar a quien había elegido no elegir, hasta el punto de preferir, por moralismo, a quien se había encuadrado en las filas del enemigo fascista.

Pongo como ejemplo a Ermanno Gorrieri, porque es el autor de una de las obras más logradas de la memoria de la Resistencia, *La repubblica di Montefiorino*, publicada en 1966. Gorrieri habla de «egoísmo y miedo» que llevan a la gente a «aceptar el hecho consumado del dominio alemán y nazi», se lamenta del «estar en la ventana» de las masas, estigmatiza «la teoría del "que te lo hace hacer"» y finalmente condena: «[...] la decisión personal de los que se adhirieron al fascismo republicano [...] en el fondo, merece más respeto que la inercia y el egoísmo de tantos.»

¿Quién teme a la política de espera?

En el lenguaje político a menudo las palabras adquieren significados diferentes en función de los fines de quien las usa. Es el caso de la política de espera (*attendismo*), o sea, de la actitud política que pensaba que se podían restablecer las libertades civiles y democráticas sin pasar a la acción armada. Es sintomático el uso que hicieron los comunistas de la «geometría variable»: contra los «falsos resistentes» y los «oportunistas conscientes», contra los grupos católicos que teorizaban la «resistencia pasiva», y también contra las fuerzas activas de la Resistencia, desde las formaciones militares autónomas a los

católicos de las Llamas verdes. Por su consistencia, por su carácter apolítico, representaban un punto de referencia alternativo y proponían una concepción «nacional-patriótica», en lugar de una concepción «popular-patriótica», de la Resistencia.

La polémica contra la política de espera permitía a las formaciones comunistas reunir a su alrededor a esos «impacientes puros» que, aunque no tenían fe política alguna, sentían la exigencia moral de combatir sin vacilaciones al enemigo nazifascista y, por lo tanto, estaban dispuestos a alinearse con los que demostraban compartir su activismo: veían en Stalin y en el ejército rojo a los artífices de la esperada victoria, y pensaban que la nueva Italia no debía tener nada en común con la del rey y Badoglio. La acusación de *attendismo*, por parte de las formaciones comunistas, asumía un valor negativo, al igual que el adjetivo *badogliano*, nacido para designar a las formaciones militares filogubernativas y muy pronto semánticamente desplazado al terreno de la ofensa política y el insulto ideológico. En última instancia, se estableció un nexo ideológico entre el hecho de luchar contra la política de espera y la idea de pasar a la lucha revolucionaria —finalizado el avance estadounidense—, para no dejar campo libre a Badoglio, para impedir que las masas fuesen excluidas del proceso de liberación nacional - lucha de liberación, para afirmar su propia hegemonía política sobre la Resistencia e inducir a los del Partido de Acción y a los socialistas a hacer un frente común.

¿Mussolini quería un ejército voluntario?

Las interpretaciones partidistas han ensombrecido el cuadro de conjunto. La historiografía de la Re-

sistencia transmitió una lección totalmente política con el fin de confirmar la teoría de la hostilidad popular contra la RSI. Las reconstrucciones históricas del neofascismo han puesto en danza, alternativamente, causas técnicas y hundimientos psicológicos atribuidos a los efectos nocivos de la propaganda enemiga y al hecho de que los alemanes, habiendo vaciado los almacenes militares, dieron la sensación a los reclutas de que se encontraban frente a un ejército Brancaleone, lo que los indujo a desertar. En realidad, como bien se comprende al consultar la documentación alemana y los mapas del Estado mayor de la RSI, Mussolini hubiera deseado un ejército voluntario. Se daba cuenta del estado de ánimo dominante y de la impopularidad que había provocado el reclutamiento. Pero muy poco podía hacer: los alemanes preferían enrolarse en la Wehrmacht y los combatientes más válidos en las diferentes formaciones auxiliares, o bien tenían libertad para aceptar forzosamente la condición de mano de obra para expedir a Alemania o utilizarla en directa dependencia de ellos.

El movimiento partisano y el fascismo republicano surgieron espontáneamente, impulsados por núcleos políticamente motivados y recíprocamente independientes. Para otros la elección fue casual: sobre la base de relaciones personales, en función de estados de ánimo elementales, a causa de situaciones familiares, como reacción a frustraciones personales, en medio de una gran confusión de ideas... Nacieron, vale la pena insistir en ello, entre la desconfianza general, entre gente que diferenciaba poco entre el *rojo* y el *negro*, que en la práctica no distinguía mucho entre alemanes y angloestadounidenses, que sobre todo no lograba comprender cómo todavía alguien podía obstinarse en seguir combatiendo. Gente atemorizada por la consciencia de tener que pagar el precio de

una lucha que sentía profundamente ajena, dispuesta a cualquier conversión, a menudo tan sincera como oportunista, dispuesta a cambiar de chaqueta en función de quien cada vez parecía más fuerte y, por lo tanto, más peligroso.

RECONSTRUYAMOS LA HISTORIA DE LA RESISTENCIA

¿Cómo puede rehacerse la historia de la Resistencia sin deshacer la historia de la democracia italiana? ¿Dónde nace el mito de la «Resistencia traicionada»? ¿En Italia se puede ser democrático sin ser antifascista? ¿Por qué la democracia italiana necesita, todavía hoy, pensar «anti»? ¿Cómo es que, cincuenta años después de la guerra civil, la historia no logra emanciparse de la ideología? ¿Cómo es que, después de la Resistencia, vencen los partidos-ideología, PCI y DC, mientras que los partidos liberaldemocráticos son derrotados? ¿Es verdad que toda la culpa la tuvo el Partido de Acción de Parri?

Algo en que soñar

La caída del gobierno Parri, el 10 de diciembre de 1945, puso fin al sueño de la «Resistencia al poder». Precisamente, pocos meses después del 25 de abril, se jugaron los destinos políticos de la futura Italia. En efecto, serían dos partidos «nuevos», la Democracia Cristiana y el Partido Comunista los que conquistaran el consenso de las masas. Detrás, dos grandes potencias: la Rusia de Stalin y el Vaticano de Pío XII.

Palmiro Togliatti y Alcide De Gasperi habían visto de lejos la Resistencia, pero representaban, respectivamente, al pueblo católico del Papa que había salvado Roma —por lo tanto, a Italia y al mundo—, y al pueblo comunista del partido que nunca se había comprometido con el fascismo. Por esta estrecha abertura vuelve la democracia a Italia.

No diré que la Italia prefascista fuese una democracia cabal, pero tampoco que la democracia llegó en 1945, hermosa y pronta, compatible con el desarrollo histórico del país. La polémica de Benedetto Croce con Ferruccio Parri es indicativa de la radical contraposición entre las ideas de democracia que existían en ese período. Parri, frente a la Consulta se había metido en un avispero al decir que antes de 1945, antes de la Liberación, Italia no había conocido un régimen democrático, ni siquiera liberal, sino un Estado paternalista al que habían seguido los veinte años fascistas.

Ferruccio Parri siempre había pensado y perseguido la idea de que en Italia se produjese una revolución política, social y moral. Sólo la unión de las energías más activas de la Resistencia (o sea el PCI y el PA) se la habrían podido dar, de modo que las fuerzas conservadoras, más o menos conscientemente fascistas, fuesen derrotadas. Parri fue una persona honestísima: no regresaba a su casa ni para dormir, tenía tanto trabajo que se había hecho instalar un catre en su oficina en el Viminale. Durante la guerra partisana acabó sacrificando un partido, su Partido de Acción, en el altar de la «unidad» antifascista. Con la llegada de la victoria, la argamasa de la unidad fue el reparto de los nuevos poderes («el síndico para ti, el prefecto para mí, el jefe de policía para ellos») a medida que liberaban Bolonia, Génova y luego Turín, Milán... Pero no bastaba. Para controlar la situación se habría necesitado otro temple político.

En cambio, el saldo histórico fue activo para Togliatti, y no para De Gasperi: a través del paradigma del Partido de Acción, el vino comunista logró el marchamo de democrático. El PCI, con la seguridad de este sello de calidad democrática pudo exhibir, desde la posguerra hasta ahora, una especie de primacía sobre la tradición moral, política y cultural construida en torno a la fecha emblemática del 25 de abril.

¿Doble juego o doble ánimo?

En realidad, los combatientes comunistas (al final de 1944 eran aproximadamente 30.000-35.000) nunca aceptaron la idea de que la lucha partisana debiese librarse sólo para volver a la «democracia parlamentaria burguesa» prefascista. El objetivo último del PCI, hasta el final, siguió siendo la «democracia popular» o, como se prefería llamarla en la versión italiana, la «democracia progresiva», basada en la unidad de la Resistencia entendida como fase de tránsito hacia el mito irrenunciable de la dictadura del proletariado. En esta óptica encajan muchas piezas del rompecabezas estratégico del PCI. Para buena parte de los comunistas —no sólo de base— la democracia progresiva era el «caballo de Troya» que llevaba en sí, antes, durante y después de la Resistencia, en nombre de la lucha contra el fascismo, también la lucha contra el capitalismo, el liberalismo y la burguesía, para hacer de Togliatti el nuevo jefe del gobierno italiano.

¿Doble juego comunista? «No. Doble ánimo», explica Giancarlo Pajetta con feliz síntesis y punzante ironía a Giorgio Bocca, por costumbre bastante dispuesto, en su *Storia dell'Italia partigiana* de 1966, a dar crédito a la buena fe comunista. Las memorias

de la Resistencia estrictamente comunistas, de Pietro Secchia a Luigi Longo, sostienen y aportan argumentos en favor de la imagen de Pajetta. El resto era política o —según la visión leninista— pura táctica. Para decirlo malamente: un truco para tranquilizar a los bienpensantes. La ilusión de la palingenesia revolucionaria siguió ardiendo bajo las cenizas de la legalidad democrática que debía conquistarse en un contexto de amplias alianzas. Un mecanismo que funcionó de maravillas y logró perfectamente su fin: hacer aceptar, hasta por las facciones más extremas del comunismo italiano (eventualmente escondiendo las mejores armas, las lanzadas por avión por los anglo-estadounidenses, para después), el nuevo derrotero togliattiano. ¡Habría que decir «el nuevo curso estalinista»! Contrariamente a lo que siempre sostuvo Togliatti y la *vulgata* comunista trasmitió, el «giro de Salerno», que llevó al PCI al gobierno Badoglio, fue deseado y querido por Stalin en persona.

De Rusia con Togliatti

En un largo ensayo (en *Storia contemporanea* de diciembre de 1994), basado en documentos inéditos de los archivos soviéticos, Elena Aga Rossi y Viktor Zaslavsky desmantelan el dogma sobre el que Togliatti basó la idea del «partido nuevo»: un PCI nacional, que habría hecho la revolución ganando las elecciones, sin usar la fuerza.

Contrario inicialmente a la monarquía y al gobierno Badoglio, Togliatti aplicó una línea política dictada palabra por palabra (como la de Maurice Thorez para el PCF en Francia) por Stalin, en un encuentro secreto en la noche del 3 al 4 de marzo. Atención al baile de fechas: en los libros de historia se dice que

Togliatti salió de Moscú el 18 de febrero. En cambio, partió en avión hacia Italia la mañana del 4, después del encuentro con Stalin. El regreso se hizo larguísimo: Bakú, Teherán, El Cairo, Argelia. De Argelia, Eisenhower prefirió que continuara por mar, en el *Tuscania*, y desembarcó en Nápoles el 27 de marzo. Mientras tanto, el 14, la URSS reconoció al gobierno Badoglio. Togliatti, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Stalin, finge caer de las nubes. El «giro», así lo quiere Stalin, debe parecer de su propia cosecha. Será suficiente para comprender que la URSS no está en contra. Paolo Spriano, en la *Storia del partito comunista italiano* aparecida en la década de 1960, acepta definitivamente la versión de Togliatti, que entra en la *vulgata* como un dogma. En ese momento el PCI basa su legitimización política y cultural en el mito ideológico de su autonomía respecto de la URSS.

Mediante los documentos soviéticos —desde el diario de Georgi Dimitrov hasta las actas del «Fondo Stalin»—, puede comprobarse que la táctica, la consigna y los tiempos de la estrategia de los partidos comunistas europeos no eran fruto de decisiones autónomas, sino de planes elaborados en Moscú. En primer término debía colocarse el interés internacional soviético. Por algo el «giro» tuvo mala acogida entre los combatientes del Norte y entre los militantes del Sur. Parece que directamente Velio Spano y Mauro Scoccimarro, comunistas de primera línea pero que todavía ignoraban el nuevo curso, el día antes del «giro» rechazaron entrar en el gobierno Badoglio. Al final todos obedecieron. El PCI de Togliatti fue siempre un partido estalinista, ni revolucionario ni reformista, una parte del sistema de poder mundial de la URSS.

¿La Resistencia fue traicionada?

La colaboración de Togliatti con los gobiernos De Gasperi, la depuración fallida, la amnistía equivocada, aun antes de la derrota electoral del Frente Popular en 1948, difundieron entre la gente de izquierdas la idea de que la Resistencia la hicieron los «rojos», pero la ganaron los «blancos». De esto se desprende una ulterior adquisición de la *vulgata* histórica de la Resistencia: «la Resistencia traicionada».

Es un tema político que aflora en toda su dramática consistencia en los días del atentado a Palmiro Togliatti, el 14 de julio de 1948, y en una línea de fuga que llega hasta los GAP de Giangiacomo Feltrinelli y a las BR (Brigadas Rojas) de Renato Curcio y Alberto Franceschini. El mito del combatiente que debió deponer las armas en nombre de la paz y de la democracia, pero por orden del partido, interrumpiendo así ese proceso revolucionario que debía transformar la guerra patriótica y la guerra civil en guerra de clase, se muestra vivo y fértil hasta 1968, en el apogeo de la revuelta estudiantil. Procede de esa zona del PCI revolucionario, internacionalista y filosoviético a ultranza que se siente traicionado por la línea «revisionista» de Palmiro Togliatti.

Por ejemplo: Pietro Secchia, que hasta 1968 era vicepresidente comunista del Senado, miembro de la dirección del partido, en 1969 publicó en la editorial de Giangiacomo Feltrinelli un opúsculo que suena como una declaración de intenciones, rico en «instrucciones de uso»: *La guerriglia in Italia* (de Mazzini a la Resistencia).

En relación con el mito de la Resistencia, los años del terrorismo hicieron emerger otro subproblema, decisivo para los destinos ideológicos de la extrema izquierda armada: en qué circunstancia y medida el

uso de la violencia, fuera de un marco institucional, podía legitimar la lucha política. ¿Por qué contra el fascismo de la República de Saló y no contra la Democracia Cristiana de Moro?

¿Dónde nace el mito de la «Resistencia fallida o traicionada»? De esas grandes aspiraciones que, en la práctica, están tan fuera de la realidad —no digo que idealmente fuesen absurdas— que históricamente no pueden proponerse. La gran utopía de la Resistencia como refundación del hombre nuevo, aspiración a una sociedad perfecta, estaba destinada al «descarrilamiento» frente a la realidad de la Italia posbélica. Tomemos otra presunta traición ideal: la «depuración fallida». Es verdad: la depuración tantas veces anunciada no se llevó a cabo. Fue el propio Palmiro Togliatti, ministro de Justicia del gobierno De Gasperi, el que firmó la amnistía, como signo de pacificación definitiva, sello final de los vencedores sobre la guerra civil... Esa depuración radical, que marcase una ruptura, una grieta insalvable con el pasado, no era posible, como tampoco lo fue en Alemania. Después de veinte años de fascismo, hubiera debido vaciar la administración pública sin la posibilidad de reemplazar lo viejo (millares de personas) por lo nuevo (inexistente). Desde cierto momento en adelante, inevitablemente, la depuración se convirtió en una broma. O más bien en una venganza.

¿La historia hubiera podido ser de otra manera?

La guerra fría llegó tan pronto que hizo perder toda confianza en las fuerzas democráticas menores en beneficio de la DC y del PCI. La URSS acepta la división del mundo en áreas de influencia: la Italia del PCI permanece geográficamente de la otra parte.

La opción occidental de De Gasperi envía para siempre a la oposición a Togliatti pero sin excluir su partido del poder. Nace el bipartidismo imperfecto, un esquema político destinado a durar casi medio siglo.

Todavía no es posible pensar en emitir un juicio definitivo sobre las opciones y las contradicciones de esta época. Queda mucho por estudiar. Pero hay algo que quiero decir: debe reconocérsele a De Gasperi el gran mérito histórico de haber trasladado esa idea de democracia que se estaba afirmando en la Italia del novecientos —*grosso modo* antes y después de la Gran Guerra—, y que el fascismo, con su revolución, primero había derrotado y luego pisoteado. En efecto, hubo un momento en el que el final de la guerra en Italia sólo representó la victoria del antifascismo, no la de la democracia.

Hay un párrafo, en el último libro de François Furet, *Il passato di un'illusione*, que evoca el espíritu de la época, en el que se traza el cuadro ideológico-cultural en el cual inscribir el caso italiano:

> En este sentido, la guerra de 1939 lleva a cabo la influencia de las grandes religiones políticas sobre la opinión pública europea que se había iniciado con la guerra de 1914. Pero la guerra ahoga una de estas religiones y ensalza otra, multiplicando su fuerza. El antifascismo, una vez victorioso, no perturba el terreno moral y político en el que creció. Agudiza la crisis de la idea democrática, fingiendo haberla resuelto. Es la gran ilusión de la época. Apenas acabamos de salir de ella, y más por fuerza mayor que por virtudes intelectuales.

EN AYUDA DE LOS VENCEDORES

La «cuestión militar»: ¿cuándo y por qué nació esa sutil aversión a los aliados en el movimiento partisano? ¿Cómo fue posible combatir juntos al mismo enemigo con fines tan contrapuestos? Desde el punto de vista de la historia ¿se puede sostener que los angloestadounidenses boicotearan a la Resistencia? ¿Cómo podía un ejército de bandas atribuirse una victoria que sólo tropas adecuadas y armamentos modernos tenían la fuerza de conseguir? ¿Puede explicarse o justificarse la competencia con los aliados a través de ese proceso de legitimización de la Resistencia que sólo podía llegarles de la participación en la guerra de Inglaterra y Estados Unidos contra Alemania?

En busca de la legitimidad perdida

Una creencia mítica de la *vulgata* de la Resistencia, un estereotipo del que la historia puede prescindir, es el supuesto deber de los aliados de ayudar al antifascismo. Una idea ingenua entonces, una leyenda instrumental después. Se puede seguir sosteniendo que el papel de la Resistencia fue importante en la guerra de Liberación del ocupante alemán, pero no puede olvidarse ni por un instante que el adjetivo *de-*

cisivo puede atribuirse exclusivamente al papel del ejército de Su Majestad británica y de los Estados Unidos de América. Históricamente es inadmisible acusar a las operaciones de los angloestadounidenses, atribuyéndoles la culpa de todas las incomprensiones, tensiones y contrastes con el movimiento partisano. Resulta ridículo hacer aparecer a los aliados casi como enemigos de la Resistencia y, por lo tanto, enemigos de la democracia italiana.

La segunda guerra mundial, en el aspecto moral, produjo un regreso colectivo a la barbarie; en el aspecto político y militar favoreció la afirmación de lógicas desprejuiciadas y despiadadas. El fin último que debía conseguirse trastocó todos los parámetros históricos: fue un choque por la supervivencia entre dos visiones del mundo, con la conciencia de los beligerantes de que, para los derrotados, ya no habría más historia.

¿Cómo podían los aliados atender a los problemas del antifascismo en un conflicto que había tomado las dimensiones del enfrentamiento mortal, definitivo e irreversible entre dos ideas contrapuestas de civilización? Imaginémonos qué tipo de colaboración podía existir entre un ejército vencedor, pero todavía no victorioso (ése era el estatus psicológico de los aliados en Italia) y la Resistencia en todas sus variedades políticas. La condición cobeligerante del ejército italiano del Sur no hacía olvidar que, hasta el 8 de septiembre, los italianos, junto con los alemanes y los japoneses, eran *el enemigo*. ¿Cómo podían, pues, los jefes de la Resistencia pretender explicar a los estadounidenses e ingleses qué era la democracia o bien cómo se debía combatir al invasor alemán, cuando otra considerable parte de los italianos no estaban dispuestos a empuñar las armas?

¿Gran ejército o movimiento de guerrilla?

¿Cuál era el problema que tanto angustiaba a la cumbre del movimiento partisano? Ver legitimada su función histórica combatiendo al lado de los aliados, contribuyendo a la victoria contra el enemigo común nazifascista. ¿Cómo? Éste fue su dilema: disponer de «un gran ejército partisano» o, por el contrario, contentarse con un «movimiento de guerrilla» para realizar acciones de hostigamiento en la retaguardia alemana, comprometerse en operaciones de sabotaje, organizar la contrainformación, preparar atentados y golpes de mano. Para estas tareas se bastaban pequeños grupos, fáciles de organizar y financiar, no un verdadero contraejército, costoso y difícil de abastecer. No debía ser tarea de los partisanos ocupar zonas enteras del país, movilizar a las poblaciones y liberar países y ciudades.

Era una cuestión muy complicada, no sólo en el aspecto militar, sino sobre todo en el aspecto político, económico y civil. Los comunistas lo deseaban porque, entre las diversas estrategias de lucha, tenían en cuenta también la posibilidad de tomar el poder al estilo de las «democracias populares», para lo cual era necesario un nutrido y fiable aparato militar. A los del Partido de Acción, que discutían lúcidamente pero sin llegar a una conclusión, les hubiera gustado ver realizada la utopía de un gran ejército democrático para acompañar a los aliados. En cambio, estadounidenses e ingleses sólo atribuían este papel, y más que nada de palabra, a la Italia legal del sur, a la monarquía y sus gobiernos, mejor si estaban capitaneados por Pietro Badoglio que por Ivanoe Bonomi, por el simple motivo de que ellos eran los garantes del armisticio, los que lo habían firmado y aceptado. La Resistencia no podía y no debía ser legitimada como parte.

Es verdad: fuimos tratados de inoportunos. Los ingleses, más que los estadounidenses, tenían una ojeriza especial a los italianos porque habían declarado la guerra en el peor momento para su gobierno y su ejército, porque Mussolini había cuestionado la hegemonía británica en el Mediterráneo y en Oriente Próximo. La cárcel o el exilio de los pocos antifascistas primero, la guerra de los partisanos contra los nazis y fascistas después, no exoneraba al pueblo italiano de la responsabilidad colectiva de una guerra empezada y perdida contra Gran Bretaña.

El estatus de cobeligerante, que Italia había obtenido gracias a la declaración de guerra contra Alemania el 13 de octubre de 1943, no cambiaba la esencia de los derechos adquiridos por los aliados en virtud del armisticio sin condiciones acordado con la Italia derrotada. Y además, resonaba como una condena perpetua la frase de Winston Churchill: «Cuando una nación consiente en someterse a un régimen tiránico, no puede ser absuelta de las culpas de las que ese régimen se ha hecho culpable.»

Hagamos la guerra, no la política

Hay una carta extraordinaria, editada pero no muy conocida, que describe, más que cualquier otro informe oficial o mejor que cualquier reconstrucción histórica, cuál era el estado de ánimo recíproco en las relaciones entre aliados y Resistencia. John McCaffery escribía esto a Ferruccio Parri en agosto de 1944:

> ¿Italia ha sufrido el fascismo? De acuerdo. ¿Italia entró en guerra contra nosotros? De acuerdo. A pesar de toda la buena voluntad de usted y de sus amigos,

> sabemos muy bien cuánto nos costó en hombres, materiales y esfuerzos esa entrada de Italia en la guerra. [...] Ahora han tenido la posibilidad de reencontrarnos y de terminar junto con aquellos a los que Italia causó tan graves daños. [...] Pero, ¡demonios!, no pretenderán dirigir las operaciones militares en vez de Eisenhower o Alexander.

McCaffery, jefe del servicio secreto inglés SOE (Allen Dulles dirigía el estadounidense OSS), está furioso porque ha comprendido que el problema es, sobre todo, político. En la carta, en efecto, reprocha a Parri no haber acatado sus órdenes, haber transformado las «bandas» en un ejército con el fin de «recomponer Italia». Y concluye, cansado de tener que defenderse de acusaciones que considera inadmisibles:

> Pero no atribuyan ningún error a nuestros generales si trabajan al menos esencialmente con criterios militares. Y sobre todo no intenten atribuirnos fines políticos porque estos criterios militares no se adecuan plenamente a los fines políticos de ustedes.

Y resueltamente, a manera de saludo, hay una advertencia final: «Un último consejo: tienen amigos, no los pierdan.»

Para la Resistencia era imposible romper con los aliados: hubiera representado la catástrofe económica (el mismo Parri en su *Memoriale sull'unità della Resistenza*, escrito en 1972, recuerda que la perspectiva era la de «cerrar la tienda»). Tampoco se podía renunciar al proyecto político que, aunque confuso, sufría todas las contradicciones: apuntar a la insurrección general, rescatar al país legitimando a Italia con la victoria sobre el nazifascismo, liberar las gran-

des ciudades y ocupar el gobierno de los ayuntamientos y territoriales antes de la llegada de los aliados. Por eso no es una casualidad si la *vulgata* sobre los fines de los aliados toma forma teórica con las requisitorias de Ferruccio Parri. Un *crescendo* iniciado con el primer discurso, después del 25 de abril, y que siguió sin solución de continuidad. Había disenso en todo: desde las consecuencias psicológicas de la «proclama Alexander» al fallido reconocimiento de los CLN, hasta haber firmado los Acuerdos de Roma en diciembre de 1944 en un estado de necesidad por haber tenido que soportar el nombramiento del general Cadorna.

La inacabable polémica con los aliados sobre el nombramiento del general Raffaele Cadorna en la cumbre del Comando militar de la Resistencia puede darnos idea de las tensiones, centrífugas y centrípetas, entre los diferentes matices políticos del movimiento partisano y de la heterogeneidad de sus fines. Parri y Longo sugirieron el nombramiento de Cadorna inventando el papel de «consejero militar». En cambio, liberales y demócratas quieren a Cadorna como comandante efectivo del Cuerpo de voluntarios por la libertad, con la tarea de reagrupar a todas las formaciones partisanas. Cadorna acepta, entra en el juego y reclama cada vez más autonomía. Se opone al nombramiento de un comisario político por razones de prestigio entre los combatientes, en nombre de una lógica militar y en contra de las distorsiones de la política.

Al embrollo se suma Edgardo Sogno, heroico comandante partisano de la Organización Franchi, monárquico liberal y denodado anticomunista, que pretende que Cadorna le designe no sólo para cumplir el deseo de los aliados y del gobierno de Roma, sino también para satisfacer las aspiraciones de las formaciones partisanas autónomas de origen militar.

La situación es más que paradigmática: nos desvela, como en un lapsus, los mecanismos más ocultos de los procedimientos ideológicos sobre los que se construyó y funcionó toda la estructura de la Resistencia. En noviembre de 1944 Cadorna asciende a comandante, aunque su papel en la práctica se asemeje más al de un coordinador de una federación militar, acompañado por dos vicecomandantes, Parri y Longo. En conclusión, son dos las filosofías que se enfrentan: por una parte los que piensan como Cadorna que es necesario «militarizar» (y no «politizar») el movimiento partisano, por la otra los jefes de las brigadas, que piensan reforzar sus bandas coordinando las operaciones militares. No debe sorprendernos que todas estas discusiones se produjeran mientras la reacción militar de los alemanes y de los fascistas castigaba duramente a las formaciones partisanas: la Resistencia era igualmente dura y fuerte.

Quien paga al músico decide la música

Estamos todavía en enero de 1945, pero en el fondo ya empieza a entreverse el futuro: la insurrección nacional, la liberación del nazifascismo, la victoria aliada. Es en este momento cuando la estrategia política empieza a prevalecer sobre la táctica militar.

Los aliados se dan cuenta de esto muy pronto, como lo indican los informes de los servicios secretos ingleses y estadounidenses. Hasta hay un plan para reducir las ayudas a las brigadas, sobre todo el material bélico, en las áreas de riesgo, en el noreste de Italia. A Londres, como a Washington, les preocupa la idea de que un ejército partisano aferrado al territorio pueda escapar al control de la política unitaria de los CLN, en el caso eventual de una ruptura de la

unidad entre los partidos que lo han creado. Para los ingleses, también está en juego la posibilidad, una vez terminada la guerra, de continuar con su política de potencia, reforzando, con el inevitable redimensionamiento de Italia, su influencia en el Mediterráneo.

El coronel del SOE, Cecil Roseberry, eminencia gris de los Acuerdos de Roma, para vencer al mismo tiempo las suspicacias de los aliados y desmontar las pretensiones de los partisanos, decidió condicionar la erogación de los nuevos fondos para la Resistencia a la aceptación de las cláusulas más indigeribles: junto con el reconocimiento del CLN se exigía, al final de los combates, la disolución inmediata del movimiento partisano, el desarme total de las bandas y la obediencia militar a los aliados. Ninguna «delegación de gobierno» como hubieran querido los partisanos de izquierda. Pajetta dirá luego que había firmado con la reserva mental de no acatar esos acuerdos. Parri veía en su propia firma, en filigrana, «la reticencia» del que se siente obligado. El hecho es que la treta funcionó a la perfección. Los Acuerdos de Roma aportaron a la Resistencia 160.000.000. Fue la salvación. Y Harold MacMillan, comisionado de la política inglesa en el Mediteráneo, pudo escribir en sus memorias el feroz y satisfecho comentario: «Quien paga al músico decide la música.»

¿QUIÉN ERA PIZZONI?

Un hecho ejemplar para comprender cómo la historia puede plegarse a las necesidades, sean tácticas o estratégicas, de la política: ¿quién instruyó la damnatio memoriae *del partisano Alfredo Pizzoni? ¿Cómo pudo suceder que el jefe de la Resistencia fuera marginado el mismo 25 de abril, sin contemplaciones? ¿Por ser obstinadamente apolítico, patrióticamente monárquico, o bien porque era demasiado amigo de los aliados? Y en un último análisis: ¿cómo pudo ser que la Resistencia no lograra surtir a Italia de una nueva clase dirigente?*

Burgués, *bersagliere* y partisano

Pocos recuerdan a Alfredo Pizzoni: fue presidente del Comité de Liberación Nacional en la alta Italia, jefe de la Resistencia desde el principio, durante dieciocho meses, pero su memoria se ha perdido. El día después de la Liberación fue marginado sin contemplaciones. Su lugar lo ocupó un socialista, Rodolfo Morandi, bien visto por los comunistas. Fue la izquierda de la Resistencia la que pidió la cabeza de Pizzoni: demasiado liberal, demasiado patriota, demasiado amigo de los aliados. Ferruccio Parri, obse-

sionado por la idea de que «la unidad de la Resistencia» debía salvaguardarse a cualquier precio, para que luego pudiese convertirse en el pivote de esa «revolución democrática» que Italia nunca había tenido, se mostraba cada vez más dispuesto a aceptar las imposiciones de los comunistas. Y a fuer de ser un poco malicioso, puede decirse que existía el riesgo fundado de que el primer gobierno de la nueva Italia le correspondiera a Pizzoni, y no a Parri, si le hubieran mantenido en su puesto.

Alfredo Pizzoni no era un hombre cualquiera: era, por encima de todo, un soldado. Hijo de un general de brigada de la Gran Guerra, había recorrido, siguiendo a su padre, las guarniciones de media Italia. Había combatido como *bersagliere*, había sido hecho prisionero, y al final de la primera guerra mundial se hallaba en Palestina. También había participado en la empresa de Fiume junto con Gabriele D'Annunzio. Pero era, ante todo, un hombre de finanzas: estudió en Oxford y en Londres e hizo carrera en el Crédito Italiano. Esto tendrá una importancia decisiva, al igual que sus sentimientos antifascistas. Fue vigilado por la Ovra (policía política del fascismo), pero en el clima de los «años del consenso» su mujer le convenció de que se afiliara al PNF (Partido Nacional Fascista). En una palabra: un patriota.

Aunque consciente de las consecuencias catastróficas de la alianza con Alemania en 1940, pidió ir a combatir. No sólo por un sentido de orgullo militar, sino también para prepararse para después y no dejar Italia en manos de quien la había llevado a la catástrofe. Y así fue como, el 22 de mayo de 1942, se encontró en la motonave *Victoria* hundida por dos torpedos ingleses mientras se dirigía a África. Pizzoni logró salvar a una parte de sus soldados con gran sentido de responsabilidad y desprecio ante el peligro. Se con-

virtió en un héroe, con varias medallas de bronce al valor militar. Sus gestas fueron representadas hasta en la serie heroica de los cromos Liebig: «... ejemplo imperecedero de granítica disciplina.»

Para comprender plenamente el papel de Pizzoni y la autoridad con que cumplió su función de jefe indiscutido de la Resistencia, bastaría con leer la carta que lord Patrick Gibson, comandante de la Special Force Number I, mandó a *Il Corriere della Sera* con ocasión del cuadragésimo aniversario de la Liberación. Gibson lamentaba la *damnatio memoriae* que, en la vida y en la muerte, marcó el destino de Alfredo Pizzoni. Sin embargo, había sido Pizzoni el que, con el solo crédito de su palabra, convenció a los grandes bancos para que financiaran la Resistencia permitiendo su supervivencia, con la promesa de devolver los préstamos al final de las hostilidades. Fue Pizzoni el único en condiciones de controlar las fuerzas centrífugas del movimiento partisano y al mismo tiempo inspirar confianza y seguridad a los aliados, desconfiados y molestos por las pretensiones de los italianos. Fue el apolítico Pizzoni, en virtud de su independencia, el verdadero fiel de la balanza entre los partidos del CLN. La carta de Gibson nunca llegó a publicarse.

El ostracismo empezó el día en que el CLNAI (Comité de Liberación Nacional Italiano) decidió proclamar la insurrección general. Pizzoni no estaba, se encontraba en misión al Sur. Una ausencia extraña. Y aún más extraño es el modo en que se organizó, entre mil dificultades, su regreso, y después, en seguida, su defenestración, el 27 de abril. Las conjeturas son muchas. Y entre éstas hay que incluir también cierto pragmatismo de los aliados, que no querían, en vista de que las cosas en el Norte iban por buen camino, crearse inútiles problemas con el CLN.

Veinte meses que conmocionaron Italia

En realidad, en esos días se concentran en torno a Pizzoni todas las contradicciones de los veinte meses que conmocionaron Italia. Después del 8 de septiembre había sido elegido «presidente por comodidad»: era un moderado, no pertenecía a ningún partido, estaba bien visto por los liberales y por los democristianos, sobre todo tranquilizaría a la burguesía del Norte... Además, también resultaba cómodo para los comunistas, que veían en él una alternativa a Parri, demasiado al descubierto en la tentativa de monopolizar las relaciones con los aliados. En una palabra, era el hombre ideal en un momento en el que se pensaba en un rápido avance angloestadounidense que subiría por la península, en el desembarco en las costas septentrionales del Tirreno y del Adriático para sorprender a los alemanes por la espalda, y, por lo tanto, en el final de la guerra en pocos meses, con la expulsión de los invasores del territorio italiano.

Todo sucedió de otra manera. El avance se hizo lento y se atascó en la línea Gótica. Los desembarcos no se produjeron. Los alemanes ocuparon buena parte de Italia. Y los partisanos sufrieron... En ese momento Pizzoni interpreta dos papeles fundamentales para la supervivencia del movimiento partisano: es «ministro del Tesoro», por sus relaciones con el mundo de las finanzas y la industria, donde es muy estimado, y al mismo tiempo «ministro de Exteriores», por el ascendiente que tiene entre los aliados, que le consideran, exagerando, una especie de De Gaulle italiano. En sus memorias, Harold McMillan, el primer ministro —por entonces jefe de la Comisión Aliada en Italia—, lo describe así: «Un hombre sensato, con fuertes sentimientos patrióticos... parece (aunque no del todo) un inglés.»

No le faltaba estilo, ni carácter. Y además el orgullo... En sus diarios aparece un fuerte resentimiento, generalizado en la política de entonces. Son terribles los juicios sobre Luigi Sturzo, Pietro Nenni y todos los llamados «emigrados políticos autorizados» a los que los aliados «en verdad, les consideraron siempre [...] hombres de segundo y tercer orden, y como a tales los trataron».

Es vivísimo el retrato psicológico-político de los otros jefes de la Resistencia:

> Cómo podía concebirse una verdadera armonía entre hombres como Ferruccio Parri, siempre cerrado, tenebroso y desconfiado; Luigi Longo, comunista, decidido sólo a lograr los fines revolucionarios e internacionales de partido, y Sandro Pertini, obsedido por un socialismo, en nuestro país desorganizado y en la lucha prácticamente inexistente y, además, preocupado por su situación personal en el partido y por la ineficacia de éste frente a la cada vez más organizada marea comunista...

Pizzoni se encontró entre dos visiones en conflicto: por una parte, los partidos de la Resistencia, que en su mayor parte apuntaban a la insurrección general y a hacer de los CLN los instrumentos de un poder nuevo «democrático» y «popular», y que por eso no querían «desarmarse» y someterse a los «moderados» del gobierno de Roma; por la otra, los aliados, que pretendían convertir a los CLN en órganos de un regular traspaso de poderes a la Administración central italiana, evitar una «intempestiva» insurrección —que habría distraído a las fuerzas partisanas de la tarea principal de acosar a los alemanes y favorecer el avance angloestadounidense— y, finalmente, desarmar y movilizar a los partisanos para conseguir un ordenado regreso a la normalidad.

De fondo, el miedo a que la guerra civil entre fascistas y antifascistas se transforme en guerra de clase entre comunistas y anticomunistas. Los aliados sabían que tenían en sus manos las mejores cartas: la fuerza militar y las ayudas económicas. Por ejemplo, podía agarrarse a la Resistencia por el cuello y reducirla a consejos más utópicos, amenazándola con cortarle las ayudas y subvenciones. Si a fines del 1943 para mantener a un partisano bastaban mil liras, a comienzos de 1945 costaba tres mil, y hasta ocho mil en las zonas de más dispendio.

O sea, que la cuestión económica se había vuelto política. Un ejército tan numeroso no podía autofinanciarse: las requisas, los impuestos forzados, los golpes de mano para abastecerse y, a saber, rapiñas, atracos y hurtos, estaban comprometiendo, en ese largo invierno de 1944, la imagen del movimiento en el territorio. Los resultados habrían sido catastróficos. Era necesario racionalizar el sistema de financiación más allá de las subvenciones de los industriales —que a medida que pasaba el tiempo temían más a los alemanes— y de las ayudas de los servicios secretos inglés y estadounidense. Ésa fue la obra maestra de Pizzoni. El dinero de los aliados llegaba a Milán desde el Sur pasando por Suiza.

La *damnatio memoriae*

De repente, todos esos méritos se tornaron deméritos. Comunistas y socialistas, a medida que la lucha contra los alemanes se recrudecía, imponían su punto de vista de clase a católicos y liberales. A los del Partido de Acción todo les parecía bien con tal de no sacrificar la unidad de los partidos de la Resistencia. Y aceptaron que Pizzoni fuese condenado al ostracis-

mo. Así, no sólo fue reemplazado como jefe, sino que también fue removido como miembro del CLNAI... Sólo le defendió el general Raffaele Cadorna. En su libro, *La riscossa*, a propósito de esa exclusión, escribió: «Por encima de todo, la liquidación de Pizzoni ocasionó un grave daño a la causa nacional.» Leo Valiani lo recuerda a menudo en sus memorias, *Tutte le strade portano a Roma*, y le concede el mérito de «gran tesorero», elogiándole por la «orientación imparcial» y por su ascendiente entre los aliados. Después del 25 de abril llegó el olvido. Valiani ya no volvió a hablar de Pizzoni.

La *damnatio memoriae* se perpetuó hasta hoy: cuando en 1993 Giulio Einaudi publicó las memorias que Pizzoni había legado a sus hijos, en edición especial a cargo del Crédito Italiano (Pizzoni fue su presidente desde 1945 hasta su muerte en 1958), a nadie se le ocurrió incluirlas en los circuitos normales de la cultura histórica.

Apareció un pequeño artículo de Leo Valiani en *Il Corrieri della Sera*, otro en el *Avvenire* y otro más en *La Stampa*. Pizzoni sentía resentimiento y, por lo tanto, interpreta las vicisitudes de la Resistencia de una manera totalmente autónoma respecto de la *vulgata* política. En mi introducción explico bien cómo y por qué... Muchas de las intrigas de entonces, corroboradas por documentos inéditos que he consultado en Inglaterra y en los Estados Unidos, nos ayudan a comprender qué está sucediendo en la actualidad: por qué el vínculo actual con los hechos de los que habla Pizzoni es más estrecho y directo de lo que pueda parecer.

Se necesitó medio siglo y el cincuentenario de la Resistencia para que se produjera la rehabilitación histórica de Pizzoni. En este momento, sus memorias forman, junto con *Guerra senza bandiere* de Edgardo

Sogno y *Tutte le strade portano a Roma* de Leo Valiani, un tríptico de la Resistencia en la editorial Il Mulino. Si bien este libro rescata a Alfredo Pizzoni de la *damnatio memoriae* no es seguro que consiga hacerlo entrar oficialmente entre los protagonistas de la historia de la Resistencia italiana. Para la *vulgata*, Pizzoni nunca existió y tal vez nunca llegue a existir. Los derrotados han legado a los vencedores un fruto envenenado: una mentalidad autoritaria que anula cualquier diversidad, que no se preocupa por respetar las vicisitudes de la historia.

¿POR QUÉ NO NOS PODEMOS LLAMAR PATRIOTAS?

¿Existe un nexo entre los males de la Italia actual y la tragedia histórica que se desarrolla entre 1940 y 1945? ¿Cómo se extravió la idea de patria? ¿Por qué la idea de nación ya no tiene curso político en nuestro país? ¿Puede reemplazarse el patriotismo de la Nación por el patriotismo de la Constitución? ¿Hubo un patriotismo de la Resistencia? Cincuenta años después, ¿se puede ser democrático sin ser antifascista?

Ideas vencedoras e ideas vencidas

En el recuento de las ideas que ganan y que pierden, la derrotada es la idea de nación. Hay algo profundo que afecta al ADN de un pueblo, que desfigura su autobiografía y transforma su patrimonio genético. Retrocedamos cincuenta años: la imagen feroz, pero eficaz, del alemán ocupante —fijada en la conciencia colectiva mundial como un estereotipo cinematográfico— en Italia remite a la facilidad con la que, tras el anuncio del armisticio, el aliado traicionado se transformó en invasor sin encontrar ninguna resistencia. Fue la «muerte de la patria», como reza una cita ya clásica en las investigaciones sobre el

8 de septiembre. Aconsejo leer íntegramente *De profundis*, extraordinario relato-verdad de Salvatore Satta, máximo jurista sardo y, *post mortem*, gran escritor italiano de este siglo. Dice Satta: «La visión desconsolada de la patria que muere» es el clímax trágico del drama histórico que conmovió a Italia en ese lustro, de 1940 a 1945.

Ya no tenemos anticuerpos: la mitología de la Nación creada por Mussolini, desmoronada definitivamente el 25 de julio, estaba socavada desde los orígenes por el monopolio fascista del patriotismo, que identificaba la primacía de la Nación con la primacía del régimen. Aunque la cultura de la elite fascista consideraba la idea del Estado nacional como un problema del siglo pasado en vías de superación, el régimen fascista era consciente de la poderosa carga emotiva del sentimiento de nación, instrumento ideal para acelerar la nacionalización de las masas, para homogeneizar la burguesía, para integrar en el Estado fascista las capas sociales que habían sido excluidas del Estado liberal y para alimentar el consenso en la paz y la movilización en la guerra.

La guerra al lado de Alemania cambió de golpe muchas cosas. Hay que tener en cuenta que en 1940 todavía hay algunos que están convencidos en clave patriótica (demos un nombre por todos: Benedetto Croce) de que Italia podía encuadrarse en el lado de Francia e Inglaterra, lo que dice mucho sobre el prestigio de que gozaba el Duce en Europa hasta 1939. Para Mussolini y su régimen, la guerra fue una imparable fuerza de deslegitimización. Se trató de una degradación en dos velocidades: más veloz para el fascismo y sus hombres más débiles, más lento para el Duce y su mito personal.

Es triste comprobarlo: en virtud del «realismo nacional», tanto para la mayor parte de la clase media

italiana como para las masas populares, la «guerra breve» se vivió como un juego cínico, redituable y necesario, en vez de como un drama histórico de profundidad abismal. La conciencia llegó después —digamos que con los primeros reveses del ejército italiano en territorio griego—, y lo hizo marcada por ese sentimiento de derrota que junto con el régimen de Mussolini deshizo también la idea de nación como valor unificador de todos los italianos.

¿Por qué hay que ser «anti»?

La *vulgata* histórica de los últimos cincuenta años se ha ocupado del resto. Ha ensombrecido el problema, impulsada por dos razones opuestas: por una parte por la necesidad de legitimar con la victoria antifascista el nuevo Estado, por la otra, para depurar del veneno del nacionalismo la política de posguerra y la reconstrucción democrática. Sólo había un modo de responder a estas necesidades «ideales»: fascistizar la guerra y ocultar la naturaleza fratricida del enfrentamiento entre RSI y Resistencia. A tal fin, se puso en acción un mecanismo de remoción política del que aún hoy tenemos que rendir cuentas.

A la oposición fascismo-antifascismo, la guerra fría agregó la dicotomía comunismo-anticomunismo. Por eso, en Italia, se cerró el desarrollo hacia una democracia cabal construida sobre la confrontación derecha e izquierda, sobre la alternancia entre moderados y progresistas, con el recambio de las clases dirigentes entre gobierno y oposición a través de la respuesta de las urnas. Una especie de guerra civil ideológica recorre como un hilo sutil la historia de la Italia unida: nunca hubo una alternativa democrática entre gobierno y oposición, siempre crisis de régi-

men. Sucedió tras la Gran Guerra. Sucedió con el final del fascismo. Está sucediendo, en la actualidad, con el final de la primera República bajo los golpes de Tangentópoli.

Para mí, ha habido, y todavía hay, una crisis de la democracia, no en el sentido de que los valores democráticos sean cuestionados, sino en el sentido de que esta democracia no resuelve todas las nuevas necesidades del país... Continúa siendo el único sistema válido, pero debe reformarse, porque no sigue el ritmo de la situación, del progreso tecnológico, del desarrollo económico, de la necesidad de rápidas decisiones y del tecnicismo de opciones eficaces.

En la primera línea de *Resistenza e postfascismo* (Il Mulino, 1995), Gian Enrico Rusconi se pregunta: «Hoy, en Italia, para ser democráticos, ¿todavía hemos de ser antifascistas?», y reconstruye, con la mentalidad del politólogo que no descuida las necesidades de la historia, el hilo de un debate centrado en el trinomio Democracia-Resistencia-Nación.

Quien se acerque a estas argumentaciones fuera del marco acrítico de la *vulgata* posterior a la Resistencia se arriesga a ser acusado de querer meter en el mismo saco a los mártires partisanos héroes de la lucha contra el nazifascismo y a los caídos en el bando de Saló, en nombre de una «común referencia a la idea de nación» italiana que preludia una «subrepticia legitimización histórica del fascismo».

Creo que se trata de un falso problema: la *pietas* por el que ha caído en el bando equivocado debería ser fuente de ulterior legitimización política e histórica si corresponde a la capacidad de «asumir el honor ético de declarar "civil" la guerra en la que ha combatido y vencido»: ¡así lo dice Rusconi!

¿Patriotismo de la Nación o de la Constitución?

Norberto Bobbio pone en duda —al comentar las tesis de Rusconi en la revista *Reset* a fines de 1994— que la unidad de la Nación haya entrado de veras en crisis el 8 de septiembre. Si la idea de nación sirve para crear un sentido de pertenencia a una comunidad —ése es el razonamiento de Bobbio—, esa idea en Italia fue reemplazada por el nacimiento de la república democrática basada en el «patriotismo de la Constitución», tal como se formuló en el debate en curso en la cultura alemana.

Para mí el patriotismo de la Nación y el patriotismo de la Constitución no son contradictorios. Sin la Nación no puede haber Constitución. Es como decir: los valores que dan cuerpo al patriotismo de la Constitución son los valores expresados por la historia, la cultura, las vicisitudes de un país no determinadas por una abstracción jurídica. En efecto, cuando se habla, en positivo o en negativo, de la «Constitución nacida de la Resistencia», nos referimos a un momento preciso de la historia italiana, a algo que se adecua sólo a los italianos, no a los ingleses o a los suecos...

Nunca creí en la posibilidad iluminista de un esperanto constitucional, ya que cada patriotismo debe tener su patria de referencia. Es verdad que el concepto de nación en términos abstractos es impreciso y carente de valor histórico. Es verdad que se trata de un proceso diferente de la formación y aceptación de los valores democráticos en una nación. Y también es verdad que no se sabe si la Nación es predominantemente un hecho cultural, natural o político. Pero todo esto no desmiente el hecho de que, en Italia, un fuerte sentimiento nacional habría favorecido el proceso de reconstrucción democrática de nuestro país.

El razonamiento debe hacerse a la vez, una parte se apoya en la otra, sin eliminar la premisa. Si se la elimina es porque en cierto momento la idea de nación fue iluminísticamente negada en nombre de la humanidad.

Rosario Romeo lo ha explicado bien: la segunda guerra mundial representa «el último y más trágico resultado de los principios y valores nacionales que habían sido el centro de la vida europea en los ciento cincuenta años que siguieron a la Revolución francesa». Es verdad que la idea de nación ha degenerado desde que Francia traicionó los principios de la revolución e invadió Italia con Napoleón... Y luego, desde Bismarck hasta Hitler, se remitió a la peste nacionalista cualquier atropello y conflicto internacional. Por lo tanto, no se trata de eliminar la idea de nación, porque el problema reside en colocar a la Nación en condiciones de no degenerar en el nacionalismo, sino de mantener ese nivel de funciones, acuerdo moral, cultural e histórico entre los ciudadanos que la componen.

Pero es mejor desbrozar el campo de otros equívocos: a golpes de verdades históricas no se quiere destruir el valor *mitopoiético* de la Resistencia o declarar su inutilidad junto con el régimen político que originó.

¿Para qué sirve la Resistencia?

La Resistencia es un momento fundamental. Pero dicho esto, hay que decir que se agota rápidamente. Nos deja la nueva Italia de la Constitución, en gran parte fruto de los compromisos del encuentro histórico entre las fuerzas políticas realizado en el CLN. La definición enfática «Constitución nacida de la Resis-

tencia», no sólo es una forma de expresión conmemorativa. Tampoco la exclusión del gobierno de las izquierdas, en 1947, resquebrajó el espíritu de la época. El marchamo de «patriotismo constitucional» funcionó, legitimando, con la misma fórmula ideológica, tanto el gobierno de los católicos como la oposición de los comunistas. El hecho de que los comunistas, a hurtadillas, pensaran que podían volver al gobierno, es la señal más verídica de toda la estrategia de Togliatti, que veía en la Constitución uno de los instrumentos para hacer avanzar a Italia por el camino del socialismo realizado, aunque a través de una fase transitoria de «democracia progresiva».

Nuestra Constitución podría ser parangonada con esa figura retórica que los lingüistas llaman *oxímoron*: abierta, pero también rígida; *grosso modo* progresista y de izquierda pero también profundamente respetuosa de las masas católicas y de los intereses de la Iglesia; popular en el tono pero sustancialmente garante de la libre iniciativa del individuo y de la propiedad privada. También hubiera podido funcionar bien —más allá de las polémicas sobre su completa aplicación: sobre la fórmula «Resistencia traicionada» se acuñó el eslogan «Constitución traicionada»— si la guerra fría no hubiese frenado su dinamizador empuje.

En efecto, la Constitución no tiene en sí los gérmenes de esa democracia bloqueada, con sus prácticas de reparto de cargos públicos y divisorias, que han esclerotizado la vida política italiana en los últimos cincuenta años. No estoy de acuerdo con quien pretende individualizar en la política de los constituyentes los productos degenerados de la ética política de la democracia italiana actual.

No creo que Tangentópoli sea un subproducto degradado de la asociación original. De haber un culpa-

ble, no lo es la Constitución, y sí el escaso patriotismo de los partidos italianos, desde entonces hasta hoy.

Por cierto que la Constitución es un producto de la época. El miedo a un nuevo *duce*, por ejemplo, impidió a la Constituyente otras claras posibilidades de garantizar la estabilidad del ejecutivo mediante la figura del presidente del Consejo o con una república presidencial. Es sintomática la oposición a las propuestas de Valiani, partidario de un presidencialismo a la italiana, traducción del modelo estadounidense, que era vivido como un peligro real. Todo presidente era imaginado con el fez en la cabeza: la angustia mussoliniana, que hoy nos resulta difícil de entender, había hecho subvalorar los problemas de funcionamiento del gobierno en favor de las prerrogativas del parlamento. Un rasgo psicológico de la época que también terminó por condicionar gravemente el hábito ideológico de toda una clase política.

Por miedo a los riesgos que podía correr la joven democracia italiana, el mismo Alcide De Gasperi, que había «hecho» la Constitución, evitó aplicarla de manera cabal, consciente de que debía gobernar con un sistema parlamentario basado en la navegación a la vista.

¿UNA REPÚBLICA NECESARIA?

La RSI es un «agujero negro», una «historia negada», un «capítulo innombrable» de la cultura italiana de posguerra: ¿quiere esto decir que la historia se ha dejado condicionar por la política? ¿Puede formularse un juicio histórico sobre la República Social sin caer en la trampa de la interpretación ideológica? ¿Por qué Mussolini dejó que Hitler le impusiera la creación de la República de Saló? ¿Qué habría sucedido en Italia si el Duce se hubiese negado a hacer renacer el fascismo republicano? ¿Sin Saló habría sido lo mismo la guerra civil? ¿Puede decirse que Mussolini tenía razón?

Una tragedia italiana

La formación de la República Social Italiana es el origen de la guerra civil que ensangrentó el Norte «ocupado» y condicionó la posterior historia de Italia. Sin Saló la Resistencia habría podido tener un carácter nacional, la guerra partisana hubiera sido una lucha de liberación de la ocupación extranjera, la insurrección general habría aparecido como una revuelta patriótica natural. El cuadro histórico hubiera sido diferente: los comunistas no habrían tenido la fuerza hegemónica de imponer al movimiento parti-

sano su esquema revolucionario, al identificar al enemigo político con el enemigo de clase. Su influencia, en la Resistencia y en la historia, habría sido menor, y hubiera dejado más campo al resto de fuerzas democráticas. Pero, sobre todo, hubiera sido menor esa laceración interna del pueblo italiano, con las consecuencias de sangrientas contraposiciones, cuyos efectos se hicieron sentir durante décadas, y que todavía perduran.

La vicisitud política y civil italiana es un *unicum* porque sólo Italia, entre los países occidentales, sufrió las devastaciones materiales y morales de una verdadera guerra civil en la fase más dramática de la segunda guerra mundial. Si el fascismo hubiera terminado el 25 de julio, sellando su historia con la derrota militar, todo hubiera sido diferente. Sé que los historiadores nunca deberían usar la partícula *si*. Sin embargo, en este caso el *si* es indispensable para formular un juicio «científico» sobre el papel de Mussolini en su faceta de *duce* republicano. Quien niega la existencia de un «caso Mussolini» y considera su regreso al poder un hecho obvio, no sólo se basa en los parámetros ideológico-políticos que soslayaron los resultados de la investigación histórica, sino que también infravalora el estado de ánimo de Mussolini en el período que transcurre entre el 25 de julio y el 8 de septiembre.

Cuando, cuatro días después del armisticio, el Duce fue liberado de la «prisión» de Campo Imperatore por el mayor Hans Mors, ejecutor de la Operación Eiche, ideada por el general Kurt Student (el famoso Otto Skorzeny, capitán de las SS, era sólo un «observador-huésped» que se transformó por ambición, y aprovechando las necesidades propagandísticas de Hitler, en «libertador de Mussolini»), nadie imaginaba que pudiera volver al poder a punta de

metralleta alemana. Tampoco él: «Hubiera preferido ser liberado por los italianos» —dijo en un susurro al mariscal carcelero Osvaldo Antichi—. Mientras tanto, Skorzeny le escoltaba hasta el avión «cigüeña» pilotado por un as de la aviación alemana, el capitán Heinrich Gerlach, que lo llevará abajo, a Pratica di mare.

Todos los que estuvieron con Mussolini en esas horas le recuerdan «enfermo», «sufriente», «fatigado», «abatido»: obsesionado por la idea de ser entregado a los ingleses después del armisticio, había intentado cortarse las venas. Hizo que su carcelero, que había conocido los campos de prisioneros ingleses en África, le prometiera entregarle su pistola para evitar esa infamia. Mussolini se autodefine como un «difunto». Escribió: «Hubiera sido preferible que mi destino se cumpliese el 25 de julio.»

La revancha de Hitler

Hitler es el que impone su inmediata resurrección política. Mussolini es consciente de esto desde el principio; de ahí que se muestre muy irritado cuando, al llegar a Pratica, le dicen que le esperan en Alemania, en Rastenburg. Imaginó cuál sería el curso futuro de los acontecimientos, pero era imposible negarse: a Hitler le debía la libertad y tal vez también la vida. Su estado de ánimo corresponde, en ese momento, al de la mayoría de los italianos, como si pesase sobre él la misma depresión colectiva que atenazaba a todo el país.

De esta manera se explica por qué, para la mayoría de los italianos, tuvieron un valor secundario tanto su liberación el día 12 y su primera orden del día —transmitida por los alemanes—, el día 15, como su primer discurso por radio el día 18. El tono del

discurso fue tan modesto, vacío de contenidos y disminuido de arrebato que incluso hubo quien sospechó de la autenticidad de su voz, emitida desde Munich.

Fueron poquísimos, si se excluyen pequeños grupos de antifascistas y fascistas, fuertemente motivados, los que comprendieron la gravedad de las consecuencias que tendría su regreso a la escena política y la necesaria e inevitable formación de un nuevo Estado fascista italiano.

En cambio, Hitler había comprendido cuán crucial sería una nueva república para los resultados inmediatos y futuros de la guerra: si su «maestro» hubiese renunciado, todo el mundo habría interpretado, con razón o sin ella, que también el «alumno» daba la batalla por perdida. El resultado hubiera sido catastrófico para la imagen del Führer, tanto entre los enemigos y los aliados europeos, como para la opinión pública interna. Sin considerar la temida posibilidad de que una defección del Duce ofreciese el pretexto a los japoneses para disolver el Tripartito. Por eso, Hitler acogió a Mussolini frente a todo el mundo, bajo los focos de los fotógrafos, el zumbido de las cámaras y las libretas de los periodistas. Y sonó a revancha.

El anuncio de la sustitución del Duce por Badoglio, el 25 de julio, había cogido por sorpresa a los alemanes y sumido en la zozobra a los jefes nazis. Para el Führer se trataba de un complot contra Alemania: la crisis habría sido fomentada por ingleses y estadounidenses, mientras Badoglio ya estaba tratando de desvincular a Italia... *Ergo*: era necesario castigar a los italianos, vengarse de los traidores, imponer de nuevo el fascismo: «Declaran que quieren seguir combatiendo, pero es una traición.» Goebbels es aún más categórico, y su juicio recuerda la condena de

Churchill: «Los italianos —escribe el ministro de Hitler en su diario—, por su infidelidad y su traición, han perdido todo derecho a un moderno estado nacional.»

¿Por qué Mussolini asintió?

Una pregunta sirve de premisa para este razonamiento: ¿Por qué Mussolini accedió a resucitar el fascismo y ser jefe del nuevo gobierno republicano? En la respuesta está la verdadera clave interpretativa que permite considerar Saló con una mirada diferente de la miope de la *vulgata*, que no permite distinguir entre italianos y alemanes, asesinos e idealistas, fascistas y nazis. Mussolini, guste o no, aceptó el proyecto de Hitler por patriotismo: un verdadero «sacrificio» en el altar de la defensa de Italia. No por el deseo de venganza, porque no era un dictador sanguinario como Stalin o Hitler. Ni por ambición política, la revancha moral: sabía de lo limitado que sería su poder bajo la tutela de Hitler. Y tampoco, en suma, por el deseo de volver al fascismo de los orígenes y desarrollarlo aunque sólo fuera «para la memoria futura», para dar un «sentido histórico» a su origen, a su vida; ya todo se había desvanecido. Mussolini volvió al poder para «ponerse al servicio de la patria», porque sólo así podía impedir que Hitler transformase Italia en una nueva Polonia; para hacer menos pesado y trágico el régimen de ocupación. Esperaba, al actuar así, evitar que los alemanes pudieran tener carta blanca en las regiones del norte del país, que serían denominadas «zonas de operaciones», impidiendo la posible anexión a Alemania de la zona prealpina y del litoral adriático. La RSI también tenía otra oportunidad, o mejor un compromiso ético que

cumplir: recuperar el honor nacional contribuyendo lealmente a la batalla del aliado. Y, finalmente, si el destino hubiera querido que Alemania, en ese momento en que todavía no parecía todo perdido, ganara la guerra, Italia hubiera podido resurgir del estado de inferioridad moral en que había caído con la «traición» del 8 de septiembre.

Para comprender qué sucedió de verdad habría que sufrir en directo cómo se expresó Adolf Hitler:

> La traición italiana, si los aliados hubiesen sabido explotarla, habría podido provocar el derrumbe instantáneo de Alemania. Tenía que dar en seguida un terrible y ejemplar castigo a todos aquellos, entre nuestros otros aliados, que intentasen imitar a Italia. Suspendí la ejecución de un plan ya preparado en todos sus detalles sólo porque estaba seguro de poderlo liberar [a Mussolini], e impedir de esa manera que fuese entregado a los angloestadounidenses según el proyecto de Badoglio. Pero si me desilusiona, tendré que ordenar que se cumpla el plan de castigo. [...] Italia septentrional envidiará la suerte de Polonia si no acepta revalorizar la alianza entre Alemania e Italia, poniéndose como jefe del Estado y del nuevo gobierno.

Por otra parte, hemos de creer que Mussolini era sincero cuando dijo que no creía en la resurrección del fascismo; muy sincero cuando explicó que quería dejar toda la responsabilidad histórica de la guerra civil a Badoglio y a Víctor Manuel; generoso y patético cuando trató de moverse entre la amenaza de una «destrucción total» de Milán, Génova y Turín y la promesa de nuevas «armas diabólicas», con la esperanza de convencer a su interlocutor apelando a todos sus recursos dialécticos. Pero Hitler no quiso atender a razones. Confía a su hijo Vittorio: «No hay

otra opción: es necesario salvar a Italia de mayores desastres.»

Una anárquica poliarquía: ¿quién manda en Saló?

Por increíble que pueda parecer, la RSI tenía algo bueno, desde un punto de vista de eficiencia organizativa, en el contexto de la segunda guerra mundial. De otra manera sería difícil explicar cómo se pudo llegar hasta el final en una situación no parangonable —sobre todo en lo que concierne a las condiciones de vida de la población— con la de los otros países ocupados por los alemanes. En Saló hubo un Estado, con su administración y sus burócratas, su ejército y su policía, su gobierno y sus ministros...

Considerar a la RSI como un todo, en el que no se distinguen asesinos como Pietro Koch de hombres de bien como Luigi Bolla; fanáticos como Giovanni Preziosi de hombres como Giovanni Gentile; facciosos extremistas como Guido Buffarini-Guidi o Alessandro Pavolini de conservadores moderados como Giorgio Pini o Concetto Pettinato, es el fruto amargo de la cultura de los vencedores. Una actitud cultural que encuentra su correlación también entre los vencidos y sus herederos, incapaces de considerar con mirada objetiva los hechos de la historia: una miopía historiográfica agravada por una presbicia ideológica, pero también política o, peor, partidista, que ha coaligado a derecha e izquierda durante los últimos cincuenta años. Considerar la Alemania de Hitler y de Goebbels, pero también la de Ribbentrop o de Himmler, de Speer o de Wolff, de Rommel o de Rahn, como la imagen monolítica del mal absoluto, impidió hasta ahora comprender cómo funcionó la ocupación alemana en Italia, cuáles fueron sus fines, cuáles sus relaciones de

poder con el aliado-ocupado, cuáles los efectos sobre las poblaciones. Sólo un libro, *L'occupazione tedesca in Italia* de Lutz Klinkhammer, editado en 1993 por Boringhieri, me parece que llega al núcleo del problema, sin estar condicionado por tesis preestablecidas. Sus observaciones sobre el «colaboracionismo» tampoco creo que hayan tenido gran curso en el debate cultural contemporáneo.

En Italia se estableció una especie de «poliarquía anárquica». Por un lado, tenemos el gobierno de Benito Mussolini con sus ministros (desde el general Rodolfo Graziani, que se ha hecho cargo de Defensa —como una revancha contra Badoglio y, probablemente, también contra Mussolini—, hasta Guido Buffarini-Guidi, que consiguió la cartera de Interior), sus prefectos, su ejército, su marina, su partido, no ya nacional sino republicano. Por el otro está el poder alemán, que ha sojuzgado Italia inmediatamente después de la capitulación... Hasta el 10 de septiembre —téngase en cuenta que Mussolini todavía está prisionero— Hitler organiza la ocupación y nombra a Rudolph Rahn embajador plenipotenciario civil, al mariscal de campo Albert Kesselring plenipotenciario militar, a Karl Wolff, general de las SS de Himmler, jefe de policía, y al general Rudolph Toussaint en el mando territorial.

Las órdenes de Hitler crearon una tupida red de poderes (Berlín, Roma, Milán, Verona, Saló...) que competían entre sí. El ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop, contra el ministro de Interior, Heinrich Himmler; el mariscal Wilhelm Keitel, jefe de la Wehrmacht, contra el ministro de Armamento Albert Speer...; Goebbels y Bormann están a favor de un gobierno fascista... Ribbentrop es consciente de que la independencia le dejaría las manos libres al aliado-ocupante... Por el contrario, la cúspide de la

Wehrmacht piensa, obviamente, que se trata sólo de problemas militares que resolverá con eficacia un régimen de ocupación... Speer se hace otorgar mediante una «orden del Führer» plenos poderes para la explotación de Italia septentrional dentro de la economía de guerra alemana.

Todos compitiendo entre sí, pero paradójicamente, por esto, más eficaces. El estilo teutónico sacaba ventaja de los conflictos entre poderes, bajo la fuerza propulsora del poder carismático de Hitler. Poco importa que a menudo estas órdenes fueran contradictorias: el objetivo efectivo, o sea, cumplir los deseos del Führer, los hacía automáticamente funcionales. De esta manera la «táctica elástica» elegida por el embajador Rahn, aunque saboteada por los demás poderes, que prefería la colaboración a la represión, la cooperación en lugar de la imposición, se adaptó perfectamente al sentimiento de la gente de difusa y perdurable pasividad política, y fue ventajosa para el ocupante. Fue precisamente Rahn quien se jactó de que, mientras los aliados desembarcaban en el sur de Francia y se combatía en la frontera de Italia, en Turín y Milán no se había perdido ni un día de trabajo. Sin la «táctica elástica» la opción antinazi se hubiera convertido en un estado de necesidad para todos los que habían optado por la «política de espera».

Así pues, ¿tenía razón Mussolini? La pregunta está mal planteada. No se trata de premiar la razón y condenar el error. Resume mejor las razones de su opción el título que puso a sus memorias un ministro de Saló, el viejo fascista moderado Piero Pisenti: *Una repubblica necessaria*. ¿Puede emitirse un juicio histórico sobre esa opción? Creo que la RSI alcanzó, en parte, los objetivos que se había prefijado Mussolini. Pero, en el balance de costos y beneficios, el precio pagado fue demasiado elevado.

EL FILÓSOFO Y EL SOLDADO

Los casos Gentile y Borghese: ¿cómo desencallar de la pasión nostálgica y del juicio político hechos que está bien que, cincuenta años después, pasen a la historia? ¿Por qué el filósofo no logró encabezar el partido de la conciliación nacional? ¿Le mataron por esto? ¿Por qué el soldado no logró continuar su tesis de la interpretación nacional de la RSI alineando la X Mas contra Tito? ¿En qué se equivocó? ¿Por qué se equivocó Borghese?

Las dos *vulgatas*

En la posguerra tuvo amplia difusión una *vulgata* política neofascista en muchos aspectos especular a la de la Resistencia, aunque menos conocida. Al igual que el mito unitario de la Resistencia encontró su trasaltar en el de la unidad de la RSI, la polémica sobre el *attendismo* militar en la izquierda encontró su correspondencia en la derecha, con la polémica de los fascistas intransigentes del ala «apolítica» y los sostenedores de la RSI como tentativa nacional-patriótica dirigida a «pacificar» a los italianos y a evitar fracturas irreversibles en el tejido moral nacional. De esto se desprende la necesidad de una revisión profunda,

para desencallar de la interpretación política hechos que, cincuenta años después, deben ser vistos con una perspectiva histórica. Operación nada fácil cuando nos movemos a oscuras, ya que nadie ha querido alguna vez aclarar verdaderamente la historia de Saló.

Ya oigo el clamor de las polémicas contra mis interpretaciones de los documentos, los desdenes moralistas, las exclamaciones periodísticas por la «rehabilitación» de Giovanni Gentile y hasta de Junio Valerio Borghese. No son dos nombres cogidos al azar: el filósofo de Mussolini y el soldado de Saló, aunque distantes uno del otro, por caminos diferentes y opuestas razones, se encuentran propugnando la idea del «factor patria» e intentando caminar hacia una pacificación nacional. Es obvio que nada les une. Sin embargo, son los dos indicios más evidentes de ese difundido malestar que enfrenta a fascistas viejos y nuevos, cumbres militares y partido, ejército y guardia nacional, intelectuales y agitadores... Una especie de guerra fría dentro de la gran guerra civil.

La pacificación nacional: una idea improbable como solución, en ese final del bienio trágico, e implanteable como objetivo. Pero alguien —no sólo entre los fascistas sino también entre los antifascistas— quiso, en cambio, creer en ella y la siguió hasta donde le fue posible. El objetivo era no romper el tejido moral del país y evitar o contener la guerra civil. Un objetivo difícil, como es fácil de imaginar, que tal vez, para el filósofo, fue la verdadera razón de su muerte: la eventualidad de que la idea de una pacificación nacional pudiese encontrar terreno abonado entre los jóvenes, tanto en el Norte como en el Sur, preocupaba en grado sumo a las cumbres de la Resistencia, sobre todo a los comunistas. Por eso: «Todos los que hoy invitan a la concordia son cómplices de los asesinos», escribía el latinista-estalinista Concetto Marchesi, en polémica

con una de las principales intervenciones «conciliadoras» de Gentile. El artículo «Reconstruire», aparecido en *Il Corriere della Sera* en los últimos días de 1943, concluía así: «Para los cómplices del alemán invasor y de sus sicarios fascistas, la justicia del pueblo ha dictado su sentencia: muerte.» Más o menos el mismo estado de ánimo se consolidaba en el bando de los «sicarios» y de los «cómplices», por lo cual Gentile chocaba con la hostilidad de los sectores más intransigentes del PFR (Partido Fascista Republicano).

Tanto los partisanos comunistas y los del Partido de Acción como el extremismo de Saló truncaron la posibilidad de un compromiso. Es sintomático que, como consecuencia de los rumores sobre la muerte de Gentile, Mussolini haya ordenado una investigación, ya que no excluía que esa ejecución pudiese provenir de las filas de los más enardecidos extremistas que sembraban el terror en la República de Saló. En particular la sospecha caía sobre los fascistas florentinos, dado que Gentile estaba a punto, cuando fue asesinado, de denunciar ante Mussolini las infamias del más célebre grupo de criminales fascistas en Florencia, la banda de Mario Carità.

¿Qué pretendía Gentile?

El filósofo fue el único que habló claro contra la práctica del terror, desde el momento en que aceptó la presidencia de la Academia de Italia de Saló, y exhortó a Mussolini a la «pacificación de los italianos» para preservar la unidad de espíritu y evitar que la guerra civil llegase a sus más extremas consecuencias. Un razonamiento que había empezado con el Discurso a los Italianos, el 23 de junio de 1943, a un mes de la caída del fascismo.

¿Por qué Gentile se adhiere a la RSI? ¿Es, de verdad, su sistema filosófico, su visión del mundo, el sentido de su pensamiento el que le empuja hacia el nuevo fascismo? Gentile gozaba de gran prestigio en toda la cultura nacional: su papel habría sido enorme si, entre fines de 1943 y los primeros días de 1944, hubiese logrado convertirse en símbolo de la «conciliación» nacional. Por eso eligió no asumir una actitud de total intransigencia hacia el gobierno Badoglio y los nuevos ministros del rey. Esos 45 días ya siempre se le reprocharán, tanto desde la derecha como desde la izquierda. Obligado a elegir entre dos bandos cuando el fascismo, haciéndose republicano, retomó el poder, su estructura moral y su coherencia intelectual le llevaron a privilegiar su relación personal con Mussolini. Una relación oscilante, sobre todo por parte del Duce, aunque el filósofo tenía un gran sentido de la lealtad y de respeto por el hombre.

En *Sentenza*, editado por Sellerio en 1985, la tesis reconstructiva de Luciano Canfora sólo roza la verdad sobre la muerte de Gentile. ¿Cuál es el punto esencial? Probablemente a Gentile lo mataron no por ser símbolo cultural del régimen, y tampoco porque no se hubiera distanciado del fascismo después del 8 de septiembre, sino porque habría podido convertirse en el más autorizado valedor del «partido de la conciliación» basado en la revaluación del «patriotismo nacional» de Saló, desarmando, de hecho, a amplios sectores potencialmente atraídos por el movimiento partisano, por una parte, y por la otra haciendo vana la tentativa de los intransigentes de Saló de apropiarse del «factor nacional». ¿Se logrará desenredar la maraña histórica que se ha urdido en torno al asesinato de Giovanni Gentile? Entre los del Partido de Acción de Florencia, muchos que habían

sido sus alumnos se desvincularon explícitamente de su ejecución, la cual, en cambio, no fue condenada por los del Norte. Fue defendida y compartida por los comunistas, con Togliatti a la cabeza.

La historiografía al uso señala un detalle: la muerte de Gentile estuvo precedida por una sucesión de furibundos ataques del coronel Stevens por Radio Londres. ¿La idea partió de fuera de Italia? Benedetto Gentile, el hijo, ha dado crédito desde entonces a la hipótesis de que el atentado lo sugirieron los servicios secretos ingleses. Eran épocas en las que bastaba una «palabrita» bien dicha... Fue un italiano, un oficial del ejército inglés, quien advirtió a los partisanos que si no querían que los estadounidenses les quitaran a Mussolini, debían prepararse a fusilarlo de inmediato. ¿El mismo esquema ya había sido experimentado con éxito para el atentado a Giovanni Gentile? La *vulgata* histórica de la Resistencia (salvo para el Partido de Acción de Florencia) nunca se sintió turbada por esa muerte. Pero habló mucho de ella y, así, autorizó la duda de que estuviese sobre todo preocupada por tener que afrontar el meollo de las razones ideales de la posición de Giovanni Gentile y, en especial, de su acción «nacional-patriótica».

¿Qué pretendía Borghese?

La vía de la «conciliación» contrasta con la práctica histórico-política que obliga al vencedor a transmitir una imagen monolítica del vencido: el enemigo nazifascista como representación del mal absoluto. En esa actitud no hay sitio para matices. El caso de Junio Valerio Borghese, el comandante de la X Mas, una de las figuras más sobresalientes de la RSI, constituye unos de estos «matices» que, si se analizan *sine*

ira et studio, terminan por resquebrajar la univocidad del cuadro de conjunto.

No se trata de efectuar revalorizaciones históricas sumarias: no se cuestiona la biografía de Borghese o su historia política. Y mucho menos se trata de negar las purgas y fusilamientos de la X, dedicada en el Friuli, Lombardía y sobre todo Piamonte, desde Canavese hasta Monferrato, a acciones de contraguerrilla. ¡Hay fotos de dramáticas ejecuciones! En cambio, es interesante comprender el papel de Borghese dentro de la historia de Saló. Ya que la X Mas no fue sólo una de las encrucijadas de todos los contrastes internos de la RSI, sino también el punto de referencia para aquellos que anteponían a la idea fascista la defensa del honor nacional y de las fronteras de la patria, contra todos los «enemigos» internos y externos de Italia.

Ahora, sólo el archivo Borghese, sus memorias inéditas, permiten abrir nuevas brechas en la historia de la RSI.

Es difícil considerar a Junio Valerio Borghese un fascista. Ni siquiera estaba afiliado al partido. Tenía el carné porque se lo habían concedido *ad honorem*, junto con la medalla de oro al valor militar, por sus hazañas guerreras contra la flota británica. Borghese era, esencialmente, un soldado que nada entendía de política. Tenía una visión ética y apolítica de la condición militar. Sobre todo patriótica. La razón que le llevó a Saló, al lado de Mussolini, en vez de a Pescara, al lado del rey, fue la defensa de la intangibilidad del territorio nacional y, sobre todo, la idea de restituir a Italia el honor nacional perdido con la «traición» del 8 de septiembre. El príncipe Borghese habría obedecido al rey, e incluso habría combatido contra los alemanes si Badoglio hubiese sacado a Italia de la guerra con la cabeza alta. Lo explica en sus memorias:

> A un pueblo la derrota militar le afecta sólo materialmente; pero perder con el desprecio del aliado traicionado y con el del vencedor, al que se suplica un acuerdo, afecta moralmente, y las secuelas permanecen durante siglos.

Contrariamente a la imagen corriente de «príncipe negro», sea de derecha o de izquierda, Borghese fue una verdadera espina clavada en el costado de los mandos políticos y militares de la RSI, que vieron en el apoliticismo y en el espíritu de iniciativa de la X algo ajeno a su cultura y práctica política, pero sobre todo un peligro para su hegemonía. El carácter nacional-patriótico que Borghese, sin esfuerzo, había logrado dar a la X, implicaba salidas de alguna manera «democráticas» (en el seno del espíritu de cuerpo: por ejemplo, el rancho era igual para todos) y explica el ascendiente que tenía entre los jóvenes y jovencísimos, que se enrolaron por millares como voluntarios en la marina, y las simpatías marcadamente inconformistas de Filippo Tommaso Marinetti y Ezra Pound.

Hubo, en realidad, una especie de ideología de la X Mas. Se trataba de una visión del mundo, de un tipo de mentalidad que puede resumirse en tres actitudes: la X lucha por el honor de la patria en una guerra apolítica contra el enemigo invasor que dividió a los italianos. No combate contra los italianos-partisanos si no es para vengar a sus muertos. Cualquier forma de clemencia dictada por oportunidad política equivale a traición; para los enemigos activos de la patria, los que matan a quien defiende su honor y su territorio, no puede haber piedad.

Se organizó contra Borghese una guerra civil fría hecha de calumnias e insinuaciones, pero también de sospechas y verdades, que tenían como fin inmediato

el desmembramiento «cautelar» de la X con la excusa de la represión antipartisana, y como objetivo final el desmantelamiento de la «anomalía Borghese». Los cargos contra él iban desde el de proyectar un golpe de Estado «reaccionario» hasta el de querer constituir un ejército personal paralelo y querer mantener estrechas relaciones secretas con el Sur.

El 13 de enero de 1944, Junio Valerio Borghese fue arrestado en Gargnano en la antesala de Mussolini. Había aceptado esa cita porque el almirante Ferruccio Ferrini, jefe de la Marina, y Renato Ricci, jefe de la Guardia nacional republicana, respaldados por Alessandro Pavolini, querían deshacer la X y redimensionar su poder. El golpe hubiera tenido éxito si la reacción de los marineros de Borghese no hubiese hecho temer que dos batallones de la X marcharan sobre Brescia para liberar al «comandante», limpiaran el lugar de mandos republicanos y «liberasen a Mussolini del fascismo», reservándole el papel —decía una descarada broma de los soldados— de «abuelo de la patria».

La guerra civil fría, dentro de la guerra civil caliente, hubiese podido degenerar en un choque armado. La RSI era tal sistema de agregaciones que, si se quitaba un ladrillo se corría el riesgo de que se desmoronara todo el edificio. Unas semanas antes, los cañones antiaéreos de la X apuntaban contra los blindados alemanes que, como medida preventiva, rodeaban el cuartel de Génova. A Borghese lo dejaron en libertad una semana después del arresto. Despechado por las dificultades políticas que le impedían realizar sus proyectos de autonomía, empezó a prestar oídos a los diferentes movimientos disidentes y de oposición al PFR.

El objetivo primario de su acción le venía a Borghese de su radical nacionalismo: la defensa de Vene-

cia Giulia. Hasta el último momento trató de desplazar la X Mas al Este para hacer frente a Tito mientras llegaban los angloestadounidenses. Sobre todo, a los ingleses les preocupaba la posibilidad de que los yugoslavos se desbordaran desde el Este con los rusos detrás. En los «Noticieros» cotidianos que el servicio político de la GNR enviaba a Mussolini, fuente de primordial importancia para comprender hoy la actitud de la población urbana en vísperas de la insurrección, leemos, desde Venecia: «Lo que más preocupa es el avance ruso en Austria y por lo tanto, eventualmente, hacia nuestras fronteras, en especial con la amenaza de la invasión bolchevique.»

¿Qué se proponía el gobierno del Sur?

¿Qué esperaba de Borghese el gobierno del Sur? Lo mismo: la defensa de Venecia Giulia. Los alemanes hicieron lo imposible para mantener la X alejada del frente y de las regiones orientales sustraídas a la administración de la RSI, precisamente esas tierras irredentas que tanta sangre italiana costaron durante la primera guerra mundial contra el imperio austríaco. Por eso el enemigo principal no podía ser *naturaliter* representado por otros italianos. Al Este, el verdadero enemigo era el movimiento partisano de Tito.

Hubo movimiento alrededor de la X Mas. Se debía al hecho de que se descubrió que la X, el 8 de septiembre, se hallaba: una parte en el Sur, otra parte en el Norte y otra más en el mar Negro. El espíritu de camaradería, el honor militar, la identidad patriótica hacían de los hombres de Borghese intermediarios naturales entre Norte y Sur. Lo cuentan los testimonios de la época: cuando la X del Norte apresaba a un soldado del Sur había fiesta a pesar de la

guerra civil en curso. Por lo tanto, era fácil establecer muchos contactos entre dos frentes que mantenían lazos tan estrechos.

El propio gobierno del Sur —desde el almirante De Courten hasta Bonomi— mantuvo contactos con Borghese, con el beneplácito, al menos en un primer momento, de los servicios secretos ingleses y estadounidenses. A tal fin estos últimos enviaron a James Angleton, que se convertiría en jefe de la CIA en Italia, para salvar a Borghese y trasladarlo a Roma, para que fuese «interrogado y procesado». En el proceso contra Borghese, el jefe de los servicios secretos de la marina del Sur, almirante Agostino Calosi, colmó de elogios al «soldado» Borghese, no sólo antes sino durante Saló. Los estadounidenses estaban interesados en la X Mas porque pensaban utilizar sus famosos torpedos en la guerra contra los japoneses. Los ingleses hicieron más: los torpedos de la X volaron un navío (tal vez fueron dos) que, terminadas las operaciones bélicas, transportaba de Yugoslavia armas para los judíos de Palestina.

La irrealidad de fondo de sus expectativas ideales, su insipidez política, la fama de torturadores de partisanos que acompañaba a la X, la ambigüedad de las relaciones con los servicios secretos del Norte y del Sur y sus convicciones reaccionarias, no deben hacer infravalorar el papel histórico de Borghese: un nacionalista que pensaba luchar apolíticamente en una guerra, casi personal, por el honor de la patria.

En la RSI hubo de todo y también todo lo contrario. Si no nos damos cuenta, se termina por no comprender nada y reducir el análisis histórico a una serie de estereotipos —más o menos interesantes, más o menos fruto de la ignorancia— que no explican la complejidad del momento ni la evolución de los que formaron parte de él.

LA NOVELA DE MUSSOLINI

¿De dónde nace la persistencia de la imagen del duce *del fascismo en la conciencia colectiva de la Italia republicana? ¿Cómo se construyó, como si se tratase de un condotiero de la antigüedad, la leyenda sobre su final? ¿A qué se debe que nadie pensara que políticamente podía ser más útil contar la verdad sobre la muerte de Mussolini? ¿Por qué, con sistemática franqueza, alrededor de sus cartas se urde una tupida trama de falsedades y desmentidos, sospechas y fraudes, delitos y procesos? Cincuenta años después, ¿se puede pensar en una revalorización de su imagen política? ¿Cuándo será posible entregar su biografía al juicio definitivo de la historia?*

El síndrome del Mussolini perdido

El problema de Mussolini, en la Italia actual, debería concernir sólo a los historiadores. Pero sucede lo contrario: los historiadores italianos siguen dándole vueltas al caso Mussolini, sin querer enfrentarse a él para resolverlo definitivamente. De esta manera el campo sigue abierto y expuesto a las incursiones de periodistas, coleccionistas, traficantes, anticuarios...

En treinta años de estudio he podido tener entre las manos tres versiones de los diarios de Mussolini

(uno lo tuve dos veces). El que el *Sunday Times*, hace unos treinta años, me pidió que examinara era, sin duda, el más interesante. Se trataba de las cuatro usuales agendas de cuero de la Cruz Roja... el creador debía de ser un falsificador inteligente, ya que puso poco de política y mucho de «humano». En seguida tuve la certeza de que era falso. Pero obviamente el editor, que había invertido mucho dinero, quería también la prueba material de mi intuición. No resulta sencillo demostrar de manera innegable la falsedad del papel o la imitación de la escritura. Si la falsificación está bien hecha, las pruebas científicas dejan siempre un margen de error. Más aún si no se tiene a mano el original, sino una copia fotográfica, como siempre me ha sucedido.

Pero existe la prueba de las pruebas: el error del falsario. El método de tratar de comprender dónde y cómo el falsificador se ha traicionado es casi infalible. Esta vez, a falta de otra cosa, hice una lista de todas las numerosas anotaciones meteorológicas, hasta las más casuales y marginales, hechas por el presunto Mussolini, y las confronté con los boletines meteorológicos conservados en los archivos de la Aeronáutica Militar. Cuando me presenté con la lista de los días y de las localidades que quería controlar me tomaron por loco. Imaginen mi satisfacción cuando comprendí que había acertado: el diario hablaba de «lluvia», mientras que en esa localidad, ese mismo día, a esa misma hora, los boletines hablaban de «sol», o viceversa, y esto se repetía demasiadas veces para pensar que las discordancias pudieran depender de especiales estados de ánimo. El error era evidente, por lo tanto la falsedad, patente.

El imaginario colectivo se ha acostumbrado de tal manera a la idea de que los diarios de Mussolini sólo pueden ser falsos que, si aparecen los verdaderos, se

necesitará un arduo trabajo para demostrar su autenticidad y desmentir su falsedad. También porque, con el paso del tiempo, algunas urgencias se desdibujan, el interés colectivo disminuye, se esfuman los contornos y cambia el contexto histórico. Quiero decir: si alguien los tiene de verdad que se apresure a darlos a conocer. De otra manera tengo miedo de que terminen por tener el mismo valor que tienen para nosotros las memorias de los generales que estaban con Napoleón en Santa Elena.

¿A quién beneficia la leyenda de los diarios?

Las leyendas en torno a este asunto son muchas. Relato la más emblemática. Vittorio Mussolini, hijo mayor del Duce, sostiene que los diarios fueron confiados a un sacerdote en los días de la fuga de Saló. Pero, cuando Vittorio fue a recuperarlos, le dijeron que se los habían llevado. Una variante de la misma historia narra que Mussolini habría confiado a Carlo Alberto Biggini diarios y otras cartas. Biggini, ministro de Saló, murió poco después del final de la República y lo legó todo a la basílica del Santo, de Padua. De allí, según deducción lógica, los manuscritos de Mussolini habrían tomado el camino del Vaticano. ¿Todavía están allí? No hay datos seguros. Más bien, la trama se complica según otra versión: un gran benefactor veneciano de la basílica del Santo, al encontrarse en una difícil situación política, nada más acabar la guerra, habría convencido a los buenos monjes que entregaran los diarios a personas que harían buen uso de ellos, y exculparían al «benefactor» de infamantes e inoportunas acusaciones políticas. Así lo hicieron los monjes y, desde ese momento, terminaron las preocupaciones de ese señor... ¿Quién era

el «benefactor»? No se sabe con precisión. Pero los rumores señalan al conde Vittorio Cini como el beneficiario de la operación.

Me parece improbable. Pero no es una historia que deba desdeñarse. Nos muestra a contraluz un capítulo que está por escribirse sobre el uso político que, en la posguerra, se hizo de los papeles de Mussolini. Mussolini produjo y dejó una gran cantidad de documentos. Es indiscutible que esos papeles se dispersaron como consecuencia de las vicisitudes de su vida después del 25 de julio. Es cierto que parte han sido comercializados (una anodina carta de Mussolini vale alrededor de 500.000 liras; una correspondencia llega al millón y 200.000 una parte). Lo que complica el juicio histórico es la consciencia de una subyacente trama sumergida: ¿cuántos fragmentos originales y documentos verdaderos se utilizaron para vehicular falsificaciones fabricadas a tal fin? No olvidemos que las famosas cartas, en parte auténticas, del caso que protagonizaron Ubaldo Camnasio y Ettore De Toma, contenían la carta falsa de Alcide De Gasperi que mandó a la cárcel a Giovannino Guareschi, culpable solamente de haberla publicado de buena fe en *Candido*.

Por eso pienso que debe volver a estudiarse el material, publicado por *Epoca* a fines del 1994, descartado por el director Enzo Biagi en 1956. Estos documentos falsos podrían haber conservado el eco de los originales. En la posguerra, la editorial Rizzoli, pero sobre todo la editorial Mondadori, fueron el nudo ferroviario de los tráficos editoriales y políticos que se desarrollaron en torno a las cartas de Mussolini. Arnoldo fue un gran jefe de estación. Mondadori fue la primera que, antes de publicarlos, estudió y desenmascaró la falsificación de las Panvini, las famosas Rosetta Panvini Rosati y su hija Amalia, llamada Mimí...

Creo que esas páginas que Oscar Ronza, un dirigente del Movimiento Social, llevó directamente a Arnoldo Mondadori, contenían junto con las falsificaciones —como los diarios—, también material realmente autógrafo, fruto de la dispersión de buena parte de los archivos de Saló en abril de 1945. El grueso de los documentos auténticos en la actualidad se conserva en el Archivo del Estado. De todo este material hay mucho todavía dando tumbos y yo he recuperado mucho (me lo regalaron, pero a veces lo compré). Luego, una parte la cedí al Archivo central del Estado, donde faltan algunos fragmentos de una serie de autógrafos, artículos también rarísimos, de Mussolini...

La falsificación de autor

En cuanto a los diarios, o seudodiarios que circulan estos últimos tiempos, por ejemplo los publicados en Inglaterra por el *Sunday Telegraph* y en Italia por *Il Corriere della Sera*, en el verano de 1994, más allá del *scoop* periodístico, me pregunto para qué pueden servir. Aunque fuesen verdaderos, nada decisivo agregarían al juicio histórico sobre el personaje, y menos sobre el período. Para demostrar su autenticidad, el periodista inglés Nicholas Farrel y el historiador estadounidense Brian R. Sullivan debieron recurrir a una extraordinaria estratagema lógica: sostener que se trataba de copias falsas, pero autógrafas. ¡O sea que Mussolini se habría falsificado él mismo reescribiendo adrede sus diarios! Ésta me parece la esencia del razonamiento histórico, tal como lo leí en *Il Corriere della Sera*. Entre lo verdadero y lo falso, Farrel y Sullivan inventaron una tercera categoría: la falsificación de autor. ¿Es posible? ¿Y cuándo? Por los frag-

mentos publicados, todavía no acierto a comprender cómo pudo hacerlo.

Si Mussolini reescribió su diario para cambiar el juicio sobre su política antes de la guerra, entonces hay que pensar que lo hizo después, durante los años de guerra. No digo que sea un trabajo enorme, pero no logro ver a ese Mussolini que reescribe. Al examinar toda la documentación de su secretaría, nada encontramos que nos autorice a pensar en márgenes de factibilidad de un trabajo de este tipo, ni en el palacio Venezia, ni mucho menos en su casa —donde, por otra parte, en ese período estaba muy poco, salvo cuando se sentía enfermo—. Se dice que podrían haber sido escritos en Saló, como una especie de autodefensa. Es otra hipótesis. En efecto, en Gargnano siempre dispuso de un poco más de tiempo que en el palacio Venezia. Pero en Saló, Mussolini no podía ni pensar sin que los alemanes lo supiesen. Y no hay comunicación alguna, ni un trozo de papel, que, leído de la manera que se quiera, pueda hacer sospechar que fuese presa del sagrado furor de volver a escribirlos. Y yo, francamente, no lo creo, sobre todo por otra razón.

¡Cuánto camino ha recorrido el barón Hidaka!

Resumamos: a medida que Mussolini escribía sus diarios, se los confiaba a su hermana Edvige. Se conservaron en su casa hasta 1944. En ese momento los retiró y los puso a buen recaudo en Suiza por medio del embajador japonés en Roma (que había seguido a Mussolini a Saló), el barón Hidaka. ¿Qué diario envía? Creo que el verdadero, y no el falso. ¿Pero qué sentido tiene mandar el verdadero cuando el que debía convertirse en documento histórico tenía que ser la falsifi-

cación de autor? En todo caso, al capitular Japón todos los papeles de la legación de Berna fueron destruidos. Incluidos los cuadernos de piel de Mussolini. Eso creí hasta hace poco. Luego empecé a tener algunas dudas.

Estaba mal informado sobre las vicisitudes de Shinrokuro Hidaka. Este señor fue procesado por los aliados como criminal de guerra (por delitos que concernían a China) pero fue absuelto. Los japoneses, rigurosísimos en la depuración, hicieron una excepción con Hidaka y lo rehabilitaron con importantes cargos diplomáticos en los Estados Unidos. Poco importa, pues, que según lo establecido por el reglamento diplomático nipón en el caso de capitulación, los diarios hayan sido destruidos con el resto de papeles secretos de la legación. Pero no se puede descartar, en efecto, que antes no se hubiesen hecho copias. Me he preguntado si el precio pagado por Hidaka por su salvación política no fueron las fotografías de los diarios de Mussolini. ¿A quién se habría pagado ese precio? Probablemente a los estadounidenses en 1945. Y de manera subordinada a los ingleses. No a los rusos, por cierto.

Puede ser que los diarios hayan terminado en algún archivo secreto de los Estados Unidos. Pero no puede excluirse que hubiera más de una copia. Si no hechas directamente por Hidaka, es posible que fueran obra del responsable de la legación japonesa en Suiza. En este caso habrían sido entregadas a los alemanes, o sea que podrían haber terminado en manos de los rusos al caer el aparato estatal alemán. Establecer, más allá de lo que sabemos en la actualidad (y es cierto que no sabemos mucho), el contenido de los preacuerdos, los canales y los intermediarios para que la Unión Soviética saliera de la guerra a fines de 1941 y principios de 1942, puede acercarnos a nuevas

verdades históricas. Es lo único que hubiera podido molestar a los soviéticos. El asunto pasó, en buena parte, por Suecia, pero también por Bulgaria, muy probablemente a través de los buenos oficios del rey Boris, que se había casado con una hija de Víctor Manuel III.

¿Qué quería Roosevelt de Mussolini?

El interés de los aliados por los diarios ocultaba intenciones políticas inconfesables. Los estadounidenses querían a Mussolini vivo. Ya entonces pensaban en algo que luego se concretó en el proceso de Nuremberg, y proyectaban llevar también al Duce al tribunal, sin importarles lo que hubiera podido declarar. Franklin Delano Roosevelt no quería limitar la condena sólo a los alemanes, porque veía en Mussolini al padre de todos los fascismos. Por algo, en el texto del llamado «armisticio largo», el secreto, entregado a Badoglio, el artículo más elaborado, escrito y vuelto a escribir, fue justamente el relativo a la entrega del Duce. En cambio, los ingleses, que formalmente perseguían los mismos fines que los estadounidenses, no querían a Mussolini en Nuremberg. Hubiera podido crearles muchas molestias. No es casualidad que en la famosa bolsa «defensiva» que llevaba consigo en el momento de la captura, hubiera puesto una meditada selección de su correspondencia con Winston Churchill.

En su mayor parte, la verdadera historia de la República de Saló todavía se desconoce, porque también es la historia de los servicios secretos que operaron en Italia durante la guerra... Estaban implicados hasta los suizos, además de los ingleses, alemanes y estadounidenses... Estos últimos, un poco más cha-

puceros que los demás, tenían dos grupos secretos alrededor de Mussolini. Cada uno ignoraba la existencia del otro y tenían tareas diferentes. Uno de los dos, después de la guerra, redactó un informe secreto de quinientas páginas, todavía inéditas, que contiene muchas nuevas verdades.

Para los ingleses fue mucho más fácil evitar —en especial porque mientras tanto había muerto Roosevelt— que los estadounidenses se hicieran con el Duce. Lo hicieron todo los partisanos. Pero quien exhortó a hacerlo rápido, a bloquear rápidamente la partida de Mussolini, fue un agente de los servicios secretos ingleses, de origen italiano. Fue como decir: «Miren, si los aliados llegan a tiempo, les quitan a Mussolini, como establece el armisticio.»

Lo digo sin ironía: comparto la idea —expresada en una entrevista en *L'Espresso* en febrero de 1995— del historiador inglés Denis Mack Smith: «Menos mal que el próximo volumen de la biografía de Mussolini es también el último. ¡Si es laborioso leerlo, imagínense lo que me costó escribirlo!»

Es fácil prever que un capítulo se titule justamente «La muerte de Mussolini». Es un hecho sobre el cual, en los últimos cincuenta años, se ha hecho una novela de la novela. Una verdadera saga que ya nada tiene que ver con la historia. Saber cómo sucedió, en sus menores detalles, me parece una cuestión equivocada: descubrir si el gatillo lo apretó *fulano* o *mengano*, si fue fusilado delante de la famosa verja de Mezzegra o si le mataron en la casa De Maria —muchos se asombrarían— poco me importa. ¡La muerte no ha sido lo más importante de la vida de Mussolini! Aunque, después de años de silencio oficial y de susurros a media voz —«qué Valerio, el artífice de todo fue...»—, hoy los que mataron a Mussolini llenan los periódicos, suplementos y editoriales y ofrecen «tres

por uno» testimonios y revelaciones a primera vista absurdos. Esta aura de misterio e intriga nació de ese vicio connatural del movimiento partisano de querer representarse a sí mismo en su total pureza y transparencia. En cambio, se sabe cuánto horror puede llevar consigo una guerra civil, cuánto de trágico e indescriptible. Nunca nadie se ha atrevido a contar qué sucedió verdaderamente entre el 27 y el 28 de abril en Saló y en Giulino di Mezzegra. No se habría tratado de una confesión sino de la toma de conciencia de la dimensión trágica de la historia. Pero todo ha permanecido en la sombra, a merced de las más terribles búsquedas de designios ocultos.

La muerte de Mussolini debe contemplarse dentro de un marco de lucha y competencia entre las fuerzas públicas italianas y los servicios secretos extranjeros que hicieron de ese acontecimiento el punto de convergencia de una serie de maniobras cuyos efectos se dejan sentir todavía hoy. Sólo así pudieron aparecer infinidad de los más dispares tráficos editoriales. Hablo por experiencia.

Un día, hace tiempo, en el período en que me ocupaba de la historia del fascismo, me llamó el escritor y periodista Sergio Zavoli para decirme que estuviera preparado. Después de cierto misterio y reticencias, me explicó que tenía que ver, con gran urgencia, la filmación del fusilamiento del Duce. Naturalmente nada pasó. El vendedor se esfumó. Desde entonces, también la historia de la cinta filmada por los partisanos y conservada por los comunistas me ha parecido otra de las fábulas con las que se entreteje la «novela de Mussolini».

De algo estoy convencido: el diario puede ser un documento importante, pero en absoluto definitivo para los investigadores. Nunca se ha dicho que todo lo escrito en un diario se corresponda siempre con la

verdad —y no por una intencionada falsificación, sino por la subjetiva racionalización e interpretación de los acontecimientos—. En cambio, la correspondencia con Churchill podría depararnos alguna sorpresa... Por otra parte, que nadie se escandalice. Esta sucesión de revelaciones sobre la muerte y sobre los diarios siempre suena a lo mismo, aunque tocada con instrumentos diferentes, y cada vez peor. Sería mucho más interesante recuperar algunos legajos que Mussolini llevaba consigo en Dongo y que llegaron de Roma, llevados a la presidencia del Consejo por un enviado del CLNAI (existe el recibo de su entrega) y luego... desaparecidos, tal vez «restituidos» a los ingleses, pero, quisiera confiar en que antes fueron fotocopiados.

LA VERGÜENZA DE LA RAZA

Con la Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo *(editada por Einaudi en 1961) se inicia la polémica historiográfica sobre la obra de Renzo De Felice: ¿por qué recordar las acciones de la represión racial durante el fascismo todavía implica tocar una fibra sensible de nuestra historia? ¿A quién perturba y escandaliza el análisis, con los instrumentos de la historia, de la diversidad entre nazismo y fascismo, de las diferencias entre el racismo italiano y el antisemitismo alemán, entre Mussolini y Hitler en relación con el tema judío? ¿Quién se avergüenza todavía de la mentira de la raza? ¿De verdad falta valor hoy para mirar de frente el antisemitismo de ayer?*

Para una correcta interpretación histórica

He sido el primer investigador del antisemitismo fascista; nadie, hasta ese momento, se había animado a abordar las vicisitudes del judaísmo italiano durante los veinte años del fascismo, haciendo hablar a los archivos y acallando emociones, prejuicios, convicciones ideológicas y políticas, indignación moral y consideraciones éticas para establecer la verdad de los hechos y aclarar sus motivaciones. Y si alguien lo

había intentado, se había limitado a esbozar un cuadro trágico-grotesco, que poco o nada tenía que ver con la verdadera reconstrucción histórica, o bien había tenido que desistir, al llegar a cierto punto, para no ser acusado de perseguir oscuros fines políticos o de no darse cuenta del perjuicio que podía significar para la democracia el destapar una olla que, en definitiva, era mejor que permaneciese tapada. Porque eran muy pocos los «colas de paja» en circulación dispuestos a reconocer honestamente sus propios errores y dar razón de los mismos.

Nada más aparecer, mi *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* fue denostada por la derecha y la izquierda, por católicos y laicos, con los argumentos más dispares y contradictorios. Y hasta originó un minicaso político, hoy olvidado pero que por aquel entonces tuvo resonancia durante un tiempo: ver disputar, unos contra otros, a importantes políticos, determinó una escisión en las filas de un partido y desembocó en un proceso muy pronto desestimado, cuando el conocimiento de nuevos documentos dieron al «difamado» la certeza de que lo perdería. Me refiero al llamado «caso» de Leopoldo Piccardi.

Cuando un estudio se encuentra frente a realidades tan complejas y dramáticas como el racismo y el antisemitismo —esto es válido también para otras realidades, empezando por el fascismo y el antifascismo— debe tener el valor de escapar a la elección del bando y de la toma de posiciones emotivas: los rechazos morales carecen de sentido y eficacia. Rabia y resentimiento, indignación y condena, son sentimientos que, al igual que la militancia, deforman la correcta interpretación histórica, prohíben la reconstrucción de los hechos, impiden identificar las motivaciones que subyacen bajo hechos tan monstruosos que parecen inconcebibles. Al escribir mi *Storia degli*

ebrei... era consciente de ello y había tratado de adaptarme a esa conciencia. A pesar de ello, hubo quien me reprochó haber cedido demasiado a la condena moral y al *animus* polémico en vez de basarme en la fría fuerza de los documentos. Pero muchos otros —los más— me acusaron de lo contrario y casi insinuaron que el hecho de remitirme a la documentación fascista respondía a un intento justificatorio.

Hacer inteligible un fenómeno histórico, considerándolo en su complejidad, no quiere decir justificarlo o absolverlo. Esta idea todavía encuentra resistencias en ciertos temas, en especial para quien no pretende, con intención «pedagógica», aceptarla. El racismo y el antisemitismo —que, nunca dejaré de decirlo, son fenómenos históricamente diferentes— se estudian, como todos los demás, indagando en sus orígenes y siguiendo sus transformaciones, confrontando los testimonios con los datos disponibles, pensando las intenciones en relación con las situaciones. Fórmulas como «mal absoluto» o «locura histórica», hoy tan de moda, ni explican ni tienen ninguna función pedagógica. Creer que una sociedad más justa pueda poner fin a las aberraciones humanas es una ingenua utopía. Hay manifestaciones de racismo y de antisemitismo —y a veces más— en los regímenes democráticos cabales que en las minorías antidemocráticas. La democracia no es una varita mágica y mucho menos un comodín para la justicia. Es un método imperfecto, pero también el único perfectible. Al contrario del totalitarismo, que no tolera antitotalitarios, la democracia debe tolerar antidemocráticos. También debe garantizar la libertad de pensamiento a sus enemigos, y medirse con ellos en el terreno de lo racional.

¿Racismo o antisemitismo?

A fines del 1993, cuando se publicó en edición económica mi *Storia degli ebrei...*, Nicola Tranfaglia y Luciano Canfora me acusaron de querer negar el carácter antisemita del fascismo, de enfatizar la distinción «impropia» entre racismo y antisemitismo, de minimizar el significado de las manifestaciones antijudías de Mussolini desde su juventud. Como prueba histórica, Canfora ha citado un artículo antijudío de 1908, cuando el futuro *duce* del fascismo tenía 25 años y era socialista. Es cierto. Pero ese artículo nacía, basta leerlo para saberlo, bajo la influencia de Nietzsche y Bakunin, era típico de la cultura elemental de la izquierda europea en el cambio del siglo. Pero también de la cultura de los socialistas franceses, de los que más cerca se sentía Mussolini, tan mechada de antisemitismo que en un primer momento, en gran parte, fue antidreyfusiana.

De ahí a decir que el joven Mussolini era antisemita hay un trecho, a menos que queramos enrolar bajo las banderas antijudías también a otros personajes de la época que no tenían nada que ver con el verdadero antisemitismo. No fue antisemita ni lo sería después, al menos en el sentido alemán. ¿Se imaginan a Hitler manteniendo relaciones con una judía? En cambio, Mussolini tuvo dos amantes judías. Y se trató de mujeres del nivel de Angelica Balabanov y Margherita Sarfatti. Porque su actitud hacia los judíos fue siempre esencialmente política, no ideológico-instrumental, y estrechamente relacionada con las que fue considerando necesidades prioritarias de su política.

En cuanto a la acusación de no haber comprendido que el fascismo fue antisemita desde el principio, me parece que los hechos hablan claro. Por un lado

están todos los judíos que fueron fascistas y muchos que estuvieron cerca de Mussolini, y por el otro lado los pocos —y durante años escasamente influyentes— exponentes antisemitas del régimen. *In primis* el famoso Giovanni Preziosi, convencido antisemita director de *Vita Italiana* durante los veinte años de fascismo (no por casualidad ex sacerdote), que luego trató de ser el ideólogo de las leyes racistas de la República Social.

Las antisemitas son posiciones que, hasta las leyes de 1938, no tuvieron una significativa presencia en la política y cultura fascistas. El fascismo trató, más bien, de usar a los judíos para extender su propia influencia por el Mediterráneo y crear dificultades a los ingleses. A lo sumo, las ideas antisemitas tuvieron una circulación «periodística» que reflejaba —tampoco esto debe ser olvidado— motivos más cercanos al antisemitismo francés que al alemán. Es típico el caso del director de *Tevere*, Telesio Interlandi, un periodista literario que encontró en el antisemitismo su razón de ser existencial y material. Y no debe de ser sólo por casualidad o por exceso malintencionado que en el *Corriere padano* de Italo Balbo se insinuara, a propósito del *Tevere* y de *Oro del Reno*, que Interlandi estaba al servicio de Hitler. El director Nello Quilici, en 1934, escribía: «En Italia la cuestión judía no existe. El *Tevere* quiere hacerla nacer a la fuerza.»

Hasta la conquista de Etiopía hablar de antisemitismo fascista está fuera de lugar: los judíos no eran más que una carta en la baraja de Mussolini, que podía jugarse en varias mesas según las circunstancias. Con el imperio, el Duce toma, por motivos de política colonial e interior, el camino del racismo, y recorre también el del antisemitismo de Estado. Quien tuviese la paciencia de controlar las primeras ediciones de *Storia degli ebrei...* encontraría, en el

capítulo en que se habla del arranque del racismo fascista, muchos argumentos, excepto uno: la estrechísima relación entre la legislación racial y la conquista del imperio. Al principio, no comprendí lo más importante. Lo descubrí al avanzar en mis investigaciones para la biografía de Mussolini.

A Mussolini le asustaba la idea de tener que rendir cuentas de una especie de «mestizaje» italiano, como les había sucedido a los franceses en sus colonias. Se había dado cuenta de que el colonizador italiano no tenía la «estatura» del inglés; los informes oficiales de Etiopía señalaban «frecuentaciones» demasiado estrechas entre italianos y naturales del país. Farinacci, que no era estúpido, se mostraba proclive a la política de la raza sólo porque era el creador de la alianza con Alemania; para presionar a un inseguro Mussolini, había hecho llegar a Roma desde Addis Abeba un informe sobre las «frecuentaciones» —incluso de las mujeres italianas— con la población autóctona. La idea de los colonos que no saben gobernar, que nunca tendrán el estilo de los ingleses, que se dejan dominar por el maléfico *genius loci* de los territorios conquistados, favorece la opción del racismo como antídoto. Al racismo colonial se une el antisemitismo.

No es verdad que las leyes de 1938 las impusiera Alemania; fueron una libre elección de Mussolini, cuya génesis he tratado de explicar en mi *Storia degli ebrei...*

Entre las motivaciones que subyacen bajo la promulgación de las leyes raciales, está la convicción de que éstas habrían dinamizado el fascismo, una convicción que merece ser subrayada, dado que sirve para explicar en buena parte también el desarrollo del antisemitismo (no de tipo nazi) en muchos jóvenes de Saló. En otras palabras, Mussolini pensaba

atraer a los jóvenes fascistas desilusionados, nacidos y crecidos en el régimen (la famosa quinta Mussolini), que atribuían el fallo de la «revolución fascista» a la falta de una «consciencia racial», que en el antisemitismo encontraban la justificación de los fracasos sufridos por el fascismo, de sus quebrantos, de sus vicios morales, de las batallas fallidas y de las virtudes perdidas...

¿Quién inventó el nazifascismo?

La introducción, en 1938-1939, de la legislación racial no autoriza a sacar la conclusión de que fascismo y nazismo constituían un solo fenómeno. Ambas legislaciones tienen algunos puntos en común. Pero el espíritu y la cultura que las anima y los desarrollos prácticos de las dos políticas antisemitas son bastante diferentes. No tenerlos en cuenta, por un lado, hace imposible comprender por qué, mientras estuvo en el poder, el régimen italiano actuó respecto de los hebreos de manera diferente al alemán (hasta en el comportamiento de la RSI, aunque tuviese estrechísimos márgenes de maniobra respecto de los alemanes, se encuentran diferencias que no son insignificantes). Por otro lado, impide cualquier posibilidad de comprender las motivaciones de fondo de los regímenes antidemocráticos que han marcado, directa e indirectamente, gran parte de la historia política y moral de Europa entre las dos guerras y, por lo tanto, condena a los estudiosos a dar infructuosas vueltas alrededor del «fenómeno fascista» o del «fenómeno totalitario». Dos seudofenómenos cuyo origen e instrumentalidad política ya han quedado claros pero que, desde el punto de vista de la historia, impiden una efectiva comprensión de esos años. La

categoría del nazifascismo la inventó la propaganda política para derrotar al enemigo común. Fue una invención de los aliados, en los años de la guerra, tomada de las consignas de la Resistencia; de allí pasó al lenguaje común y llegó hasta nosotros. Como categoría política, el nazifascismo tiene sentido parcialmente sólo si se refiere a la República Social. En cambio, como categoría histórica no existe. Durante mucho tiempo, la tesis de la diferencia entre nazismo y fascismo también la compartieron los investigadores judíos del antisemitismo: Leon Poliakov, en su fundamental *La condition des juifs en France sous l'occupation italienne*, muestra un diferente enfoque italiano y alemán en el modo de considerar en concreto el «problema judío», y refiere una incompatibilidad profunda, en este sentido, entre los dos compañeros del Eje.

No puede afirmarse, hasta la caída del régimen fascista el 25 de julio, que Berlín haya formalmente puesto a Roma al corriente de los tiempos y modos con que Alemania practicaba la «política de la raza» y mucho menos de la «solución final». No es que Mussolini lo desconociese. Sabía de las purgas y fusilamientos en masa, guetos y migraciones forzadas... A Alberto Pirelli, después de un viaje a París, Bruselas y Berlín, le explicaba los «excesos inhumanos contra los judíos y las forzadas migraciones de masas», cínico y amargo: «¡Les hacen emigrar... a otro mundo!»

Mussolini, recordémoslo, temía que las persecuciones violentas contra los judíos comprometieran su imagen y resquebrajaran su popularidad, ya dañada por los fracasos bélicos. Otra razón de estrategia política empujaba a Mussolini a ser blando en la aplicación de las leyes raciales: pensaba que, al diferenciar su política racista y antijudía de la alemana, lograría hacer de Italia un punto de referencia para esos pue-

blos, naciones y territorios que temían la supremacía alemana —en esa época el Eje parecía victorioso— en la amenazante guerra.

Italianos, buena gente...

En Berlín se sentían engañados los alemanes, hasta 1941, habían presionado para que Italia mostrara una mayor dureza. Inútilmente. Fue muy larga la polémica en torno a la repatriación de Alemania de los judíos italianos, empezada en 1941 y concluida en 1943 con un *aut aut* alemán: repatriación o deportación. Todavía más elocuente es la «guerra» entre aliados por la entrega de los judíos refugiados en las zonas ocupadas por los italianos en Yugoslavia. Mussolini lo intentó todo para no ceder a las presiones alemanas. Primero, con un subterfugio burocrático hizo inútil su consentimiento. Luego, trató de postergar todo hasta las calendas griegas, con la excusa de un censo —un truco para impedir la deportación de la mayoría de los censados— que verificase la «pertenencia» de los judíos a las zonas anexionadas por Italia. Finalmente, se les concentró en la isla de Arbe para evitar discutidas modificaciones de las zonas de ocupación en favor de Alemania.

Los alemanes comprendieron al instante y prepararon un plan para trasladarlos por mar a Trieste y de allí a Alemania. Roma hizo saber que no disponía en la zona de las naves necesarias para el transporte. El doble juego irritó tanto a los alemanes que Mussolini, para no llegar a un enfrentamiento directo con Hitler, aceptó la imposición del aliado: los judíos de Arbe serían entregados. Pero poco después —hablando con el general Mario Robotti— le confesó su contrariedad:

> He estado en Roma tres días y el ministro Ribbentrop me ha fastidiado de todas las maneras posibles; quiere, a toda costa, la entrega de los judíos yugoslavos. Le he eludido, pero como no se decidía a irse, para sacármelo de encima debí consentir. [...] Pero ustedes invéntense todas las excusas que quieran para no entregar ni un judío.

Recursos a la italiana, moralmente escuálidos pero que, hasta el 8 de septiembre, habían salvado la vida a miles de hombres, mujeres y niños. En cambio el 8 de septiembre fue funesto para los judíos que se encontraban en la zona de Francia ocupada por Italia. Después del 25 de julio se había pensado en hacerlos pasar a Italia, poco a poco. Una empresa difícil. El *deus ex machina* era Angelo Donati (un judío de Módena residente en Francia, donde, entre otras cosas, había fundado el banco franco-italiano), que se encargó de poner a punto el plan con el acuerdo de Badoglio y del Vaticano. Hubiese debido iniciarse justo el 8 de septiembre. Y, en cambio, mientras los judíos se iban agrupando en la costa, se anunció el armisticio y se desencadenó la crueldad nazi. Cuenta Leon Poliakov: «La "caza del hombre" en la Costa Azul en el otoño de 1943, superó en horror y ferocidad todo lo conocido hasta entonces, al menos en Europa occidental.»

¿Italianos, buena gente? El estereotipo sirve para todo. Pero no basta para poder sostener que el rasgo embrollón de nuestro pueblo redujo a algo poco serio una trágica verdad: Italia tuvo una legislación racial. Al revisar la historia, duele tener que repetirlo, no se quiere borrar una página negra de este siglo en Italia. Existió discriminación y, después, persecución. Se empezó con formas burocráticas y administrativas, excluyendo a los judíos del Estado y del partido fas-

cista, y se continuó con la creación de campos de trabajo y el proyecto de campos de concentración...

Pero esa herida, desde el punto de vista del consenso al fascismo, fue menos profunda de lo que nos parece según un criterio posterior. Las leyes raciales fueron, sobre todo, un toque de atención que despertó a las conciencias más sensibles, a veces decidió su paso al antifascismo y, muy a menudo, favoreció el distanciamiento ideológico del régimen. Para los demás, la paralizante realidad, moral y material, de la relación sociedad-masas-régimen y la comprobación de que, en la práctica cotidiana, la política racial se mostraba menos terrible que en la teoría y en la propaganda, el trauma inicial se tornó un íntimo malestar. En una palabra, algo grave, pero no tanto como para transformar el descontento y la crítica en abierta oposición. Mientras tanto, la gente más humilde lamentaba que los hijos de los judíos fuesen eximidos del servicio militar, cuando a los de ellos les tocaba ir a morir en la guerra.

Por lo tanto, si bien es verdad que sonó la alarma por los destinos de Italia, también es verdad que no todos la escucharon. Aunque es verdad que sería una falsedad decir que, durante la República Social, el antisemitismo —en especial entre los muy jóvenes— no ganó nuevos prosélitos, tampoco se puede generalizar este dato. También, en 1943-1945, se dieron casos de ayuda a judíos individuales por parte de los que pertenecían a la República.

NOTA

de Pasquale Chessa

Renzo De Felice construye su relato como en las novelas de Conrad, los diálogos de Platón y en *La recherche...* de Marcel Proust: con prismáticos, pero al revés. Las diferentes premisas de su razonamiento encajan una en otra, desde la mayor a la menor, de la general a la particular, con milimétrica precisión. Procede a descripciones sucesivas de los acontecimientos, reúne pruebas y documentos, aborda minuciosamente los hechos, indaga sobre las motivaciones colectivas, analiza los estados de ánimo... No impone una interpretación prefabricada, no dispensa visiones del mundo sobre el pasado y el presente, sino que recorre los pasajes de su investigación profundizando en cada detalle con puntillosa pasión. Y cuando llega al final, justo en el momento en que se tiene la sensación de haber perdido el hilo del discurso, de haber quedado aplastado como los cartógrafos del emperador de Jorge Luis Borges, el cuadro de conjunto, de repente, se aclara, nítido y preciso como en un mapa militar.

La retórica de la entrevista tiene en sí el estigma de la «falsificación». Para reproducir el pensamiento del entrevistado, expresado oralmente, es necesario recurrir a una serie de artificios que restituyan la propia verdad por escrito. En este caso, el responsable del artificio ha sido el entrevistador: para no interrumpir el

proceso del razonamiento histórico, he eliminado del texto todas mis preguntas. Éstas, en cambio, aparecen sintetizadas, como si fuesen una invitación a la lectura, al comienzo de cada capítulo. O sea que las cosas no sucedieron como aparecen en las páginas. El texto final es el fruto de una larga serie de superposiciones de materiales, coloquios y discusiones, comentarios y hasta muchas y agradabilísimas charlas.

A Renzo De Felice le gusta mucho hablar de política y, sin embargo —como habrá comprendido también el lector que haya tenido deseos de llegar hasta aquí—, es imposible atribuirle una etiqueta ideológica. La primacía de la historia, además de una profunda convicción moral, es para él un hábito cotidiano. Por eso, lo que piensa se comprende por sus lapsus, por las reacciones inmediatas más que por sus razonamientos explícitos. Un episodio sintomático: cuando Gianfranco Fini le dijo a Alberto Statera —para *La Stampa* del 30 de marzo de 1994— que consideraba a Mussolini «el mayor estadista del siglo», el profesor me miró y me dijo:

> ¡Qué trivialidad! Yo prefiero a Winston Churchill. Hablemos claro: si el nazismo fue derrotado, si la Unión Soviética no fue devorada por Hitler, si los aliados ganaron la guerra, se debe a la resistencia política de Churchill. Una fuerza moral construida sobre la inteligencia de los valores culturales, históricos y nacionales propios [...].

Creo que la cultura italiana debe empezar una seria revisión del juicio histórico sobre la obra de Renzo De Felice. *Rojo y Negro*, aun hablando del pasado, nos dice más sobre el presente que cualquier otro libro de actualidad; también ha sido escrito para eso.

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

Renzo De Felice —Rieti, 1929-Roma, 1996—, máximo historiador italiano, permitió que el periodista Pasquale Chessa entrase en su laboratorio historiográfico, naciendo así el presente libro, con dos enfoques: de la entrevista periodística tiene el valor de la síntesis y las tensiones de la actualidad; del ensayo histórico, la profundidad de los temas y la fuerza de los documentos, a menudo inéditos. El objetivo es uno: explicar la crisis de la época actual redescubriendo todas las verdades del pasado, incluso las más dolorosas, con el fin de responder a la pregunta clave: ¿por qué, después de cincuenta años, la cultura italiana no ha logrado y, en suma, no quiere saldar las cuentas con su historia?

De Felice emplea materiales que son la base de un volumen final de la biografía de Mussolini y consigue aportar una reconstrucción crítica de una coyuntura histórica específica, 1943-1945, que incide directamente en la comprensión de la Italia actual, permitiendo valorar la raíz de su profunda crisis política e institucional.

El libro ofrece, en definitiva, una lección práctica de hasta qué punto es preciso alejar la reflexión histórica de la estricta y cerrada ideología, a la vez que ilumina sobre las posturas que, tarde o temprano, deberán adoptarse para afrontar episodios cruciales en la historia contemporánea española.

CC CREATIVE COMMONS

937829-2
00
9 788434 465855

Ariel Historia